

# ESTALLIDO Z LA CURA



Jonas Cobos



# Indice

[Edición](#)  
[Revelaciones](#)  
[Sangre de las Estrellas](#)  
[La Búsqueda](#)  
[La Cura](#)  
[El Refugio](#)  
[Bangor](#)  
[El Hijo de Jane](#)  
[La Cura Universal.](#)  
[Epílogo](#)  
[Estallido Z - Origenes I](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Autor](#)

Copyright © 2016 Jonas Cobos.  
1ª Edición Digital 2016

Ediciones J.C. ISLA

Registro en SAFE CREATIVE:

Fotografía original: ©  
[SazoriDreamstime.com](http://SazoriDreamstime.com)

Diseño portada: Jonas Cobos

Todos los hechos, personajes y lugares aparecidos en este libro son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

## REVELACIONES

Jane Clayface descendió los escalones del autobús sosteniendo la escopeta en su mano derecha. La calle donde habían parado parecía estar libre de zombies. No obstante, decidió no fiarse. Sabía que las manadas eran capaces de acorralar a sus presas en cuestión de segundos. Mientras tanto, a las orillas del lugar se encontraba el edificio de los laboratorios Green Pharma Labs, lugar que en un pasado se irguió como un templo que rendía culto al “orgullo humano”, y del que hoy no quedaba nada.

Jane sabía que los únicos humanos sobrevivientes a la *Plaga Z* eran los seis que permanecían en el interior del autobús, seis a los que logró “rescatar” gracias a la cura creada por Ellis y completada por Vlad Draco, su padre. Cura que además había sido posible gracias al sacrificio de Ricardo Rey, el verdadero sobreviviente de la *Plaga Z*. Quién hubiera dicho que todos esos promotores del antídoto serían exterminados por una misma persona: el portador de la máscara antigás.

Jane, a diario, recapitulaba el terrible momento en que ese individuo, junto a su manada de zombies, asaltó el laboratorio donde ella y su padre desarrollaban una versión más eficiente de la cura. Por desgracia, esta aún tenía un proceso que seguía siendo lento y necesariamente debía ser inyectado en el infectado. Con ese procedimiento nunca lograrían curar a todos los seres humanos. Y se corría el riesgo de que, tarde o temprano, alguna de las manadas de zombies acabara por atraparlos y ponerle fin a dicha esperanza.

A su derecha, en la oscuridad de un callejón, se oyó el ruido de los pasos vacilantes de un zombie. No dudó ni un instante; inmediatamente tiró hacia atrás del cargador y se encaró al ser putrefacto. Jane le disparó una sola vez, directo a la cabeza, que al instante estalló como una calabaza.

Dos segundos más tarde comprendió la fatalidad de aquel acto. Varios gruñidos sonaron a su alrededor. Gruñidos guturales que aumentaban cada segundo que pasaba. Su reacción instintiva fue enfrentarse a ellos tirando del cargador de nuevo.

—¡Jane, tenemos que irnos, son demasiados! —gritó Mike desde el volante del vehículo— ¡Sube ahora mismo!

A regañadientes, Jane retrocedió sobre sus pasos sin quitar la vista de los zombies que iban surgiendo del callejón. Decenas de ellos venían acercándose en grupos, cada vez más rápidamente. Su espalda de pronto chocó con la fría forma del autobús. Al darse la vuelta, las puertas ya habían sido abiertas; logró entrar de inmediato y con un chasquido las puertas se volvieron a cerrar tras ella.

Absolutamente perturbado, Mike pisó a fondo el acelerador llevándose por delante a tres zombies que se interpusieron en su camino, salpicando el parabrisas con un reguero de líquido negro.

Si no lograban encontrar un laboratorio que no estuviera bajo el bloqueo de las manadas de zombies, nada de lo que estaban haciendo importaría. Los oscuros y vacíos edificios de la Quinta Avenida, mientras tanto, no dejaban de desfilarse frente a sus ojos. Una vez más se dejaba llevar por el recuerdo de su padre, Vladimir Draco, el primero de su especie y el único capaz de sacrificarse por el bien de ambas especies, llegando incluso a renunciar y a convertirse de nuevo en humano. Jane se vio arrebatada por la imperiosa necesidad de llorar. El descontrol, de pronto, se apoderó de ella. Recordaba el sonido de la manada asaltando el laboratorio de PharmaCare, en donde su padre y los doce recuperados se habían refugiado. Era un sonido que regresaba con frecuencia, acompañado de un arrollador sentimiento de culpa.

—¡Jane, tienes que controlarte! Si sigues llorando de ese modo vas a consumir tus

reservas de sangre y no puedo suministrarte más hasta dentro de unos días. Tienes que asumir de una vez que no había otra solución, y que de no haber seguido el plan de tu padre ahora mismo estaríamos todos zombificados.

La reprimenda de Mike le sirvió de ancla para atajar el lloriqueo. De inmediato, extendió su temblorosa mano y limpió el rastro rojizo de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

\*\*\*

Mike tendió la bolsa de sangre a Jane. Al principio ésta la rechazó estoicamente, mas ante la insistencia de su compañero la vampiresa acabó cediendo. Mike le respondió sonriendo, al tiempo que se colocaba una bola de algodón en el antebrazo, a fin de que bloquease el fluir de la sangre por la punción.

—Así me gusta, que seas buena chica —dijo irónico. Jane le respondió con una mirada fulminante. En teoría, Mike con sus casi cincuenta años, era un jovencito en relación con la edad real de ella.

Jane relajó su semblante, estirando sus finos labios para esbozar una sonrisa y sorber del tubo de la bolsa de sangre.

—¿Ha habido algún avance?

Mike negó con la cabeza.

—En realidad estamos dando palos de ciego. Ninguno de nosotros es biólogo o genetista, y algunos de los pasos son realmente delicados.

—Lo sé, pero las notas de Ellis son muy detalladas.

—Y gracias a ellas hemos curado a doce humanos; pero de ahí a desarrollar una cura universal y rápida, existe un gran abismo de conocimiento que ignoramos —señaló Mike—. Jane, tienes que aceptar que nunca podremos salvar a la humanidad con una cura que hay que inyectársela a los zombies uno a uno. Eso es una tarea imposible.

El ruido de golpes provenientes del piso superior los alarmó. Durante unos segundos permanecieron en silencio. El ruido se repitió aunque con menos intensidad. Mike tomó la escopeta de cañones recortados y se la pasó a Jane, a la vez que tomaba otra para él. Moviéndose sigilosamente, cruzaron el apartamento que habían convertido en un refugio provisional. Mike iba a la cabeza, pero Jane lo obligó a dejarla pasar. Su condición de *Nocturna* “no convertida” le confería unas condiciones físicas que superaban incluso a los *Nocturnos* restantes.

Las posibilidades de que se tratara de un ataque sorpresa de alguna manada de zombies quedó descartada ya que el ruido provenía de la planta superior del bloque de apartamentos. Si bien los zombies, al agruparse en manadas, eran capaces de desarrollar cierta inteligencia colectiva como la de las hormigas o las abejas, llegando incluso a ser capaces de planear emboscadas, en otros aspectos eran muy torpes. Jane y Mike habían bloqueado la entrada al edificio desde la calle, por tanto, el único acceso era desde el tejado. Así que un ataque colectivo quedaba descartado llevándolos a una sola posibilidad. Tenía que tratarse de un vampiro.

Ascendieron por la escalera sumida en la penumbra. El ruido era más fuerte a medida que se aproximaban a la fuente del mismo. A Mike le recordó los espasmos agonizantes de un perro con el que se cruzó en una de sus incursiones en busca de provisiones. No pudo soportar verlo morir de hambre. Entristecido, el hombre le ahorró el sufrimiento al pobre animal. En otras condiciones se lo hubiese llevado consigo, mas la situación del grupo de “curados” era cada vez más precaria y los alimentos estaban escaseando cada vez más. Sin gente en las fábricas, ya nadie producía nuevos alimentos y sin electricidad la comida terminaba por estropearse.

Al cruzar el umbral hallaron un cuerpo esquelético, presa de convulsiones. Tenía la piel tan arrugada que parecía un papel a punto de partirse. Jane no fue capaz de reconocer de quién se trataba, pero no le quedó ninguna duda de que se trataba de un *Nocturno*

agonizante.

—Jane... por fin te encuentro... viene a por nosotros... siempre fuimos su objetivo —farfulló el desconocido entre convulsiones.

Sin detenerse a pensar, Jane sacó el puñal de su cinto de armas y se cortó la palma de la mano ofreciendo de inmediato su sangre al desconocido.

—¡Jane, no lo hagas! ¡Apenas tienes sangre para sostenerte a ti misma! ¡Estás poniendo en riesgo tu vida! —le recriminó Mike.

—¡Deja de preocuparte! ¡Ya deberías saber que soy más fuerte de lo que crees! —replicó Jane poniendo su sangrante herida en los labios del agonizante vampiro quien, al instante, se aferró a ella como una sanguijuela.

\*\*\*

—No podemos permitirnos ese lujo —gritó Mike completamente alterado—. Estás poniendo en riesgo la misión.

Jane negó con la cabeza, pensativa. A pesar de su empatía hacia el *Nocturno*, Mike estaba en lo cierto. De pronto se alejó de él con una idea en mente, no deseaba compartir la decisión que acababa de tomar. Así que abandonó el cuarto sin decir ni una palabra. Entró en la habitación que habían asignado al recién llegado. Este permanecía tumbado en la cama. A pesar de que ya presentaba un aspecto más saludable, aún no estaba completamente repuesto. A fin de cuentas, había estado al borde de la muerte por inanición.

—Hola, Dante. —Saludó al vampiro, quien en respuesta se esforzó por esbozar una breve sonrisa— Tenemos que hablar.

El interpelado no se mostró sorprendido. En realidad había esperado ese momento desde su llegada la noche anterior.

—Jane, hay cosas que desconoces, es importante... —un repentino ataque de tos le interrumpió.

—Tómalo con calma. Lo primero es encontrar el modo de que recuperes tus fuerzas

—Jane se sentó en el borde de la cama y tomó las manos del vampiro entre las suyas.

Con los párpados pesándole, Dante alzó la vista buscando los ojos de su amiga. En realidad no fue necesario que ella dijera nada, el *Nocturno* sabía perfectamente cuál era el problema.

—No hay suficiente sangre para dos vampiros... —Dante sonrió intentando ocultar su aprensión.

Jane no desvió la mirada. De haberlo hecho habría sido una falta de consideración hacia él.

—Así es, y aunque existe una solución... es arriesgado debido a tu salud...

—¿Cuál es? Sea lo que sea será mejor que morir de sed —argumentó Dante tratando de restarle importancia.

—Ellis desarrolló una cura para el *Virus Z*. Esta se basa en el uso de las células madre humanas... pero, también encontró el modo de convertir a los *Nocturnos* de nuevo en humanos.

Dante no supo si le estaba tomando el pelo. Al cabo de unos segundos, tuvo la certeza de la veracidad de las palabras de Jane y un sentimiento de agobio le sobrevino de golpe.

—En tu condición de vampiro nunca te curarás. Al final siempre te irás debilitando y necesitarás más sangre para recuperarte. El *Virus Z* se comporta como un Caballo de Troya. Existe otro virus escondido dentro del virus, el cual solo afecta a los *Nocturnos*. Nos debilita, mermando nuestras fuerzas. El verdadero objetivo somos nosotros. Sea quien sea el que está detrás de esta plaga lo hizo para exterminarnos —haciendo una pausa, Jane prosiguió con su explicación—. Yo misma intenté convertirme en humana, pero no ha funcionado. Quizás sea debido a que yo ya nací siendo *Nocturna*.

Dante apretó la mano de Jane y se imaginó a sí mismo volviendo a ser humano después de tantos años. Descartó el pensamiento. Ahora había llegado el momento adecuado para que le contase todo lo que él sabía.

—Jane, ¿sabías que tu padre no era el único *Nocturno* primigenio? —le preguntó sin ambages.

Jane se mostró sorprendida. Siempre había creído que Vlad Draco había sido el “padre” de todos los *Nocturnos*.

—Hace tiempo oí rumores de humanos víctimas de un esquivo depredador. Todos los casos habían sucedido en las frías montañas del norte. Lo llamaban Wendigo o el “Diablo de las montañas”. Cierta vez fui en su búsqueda y descubrí a uno de los nuestros. Era tan rápido y poderoso como lo era tu padre. Eso solo podía significar que también había bebido de *La Sangre de las Estrellas*, tal y como lo hizo Vlad. Pero eso no fue lo único que descubrí. Ese *Nocturno* de las montañas de vez en cuando se movía entre los humanos usando el nombre de Pietro Stromfeld. Ya luego logré rastrear su origen.

—¿Stromfeld? ¿Él es el causante de todo esto? —interrogó Jane Clayface.

—No lo sé. Aunque lo que descubrí al investigar su origen me llevó hasta Egipto. En Saqqara descubrí el templo donde se transformó, y en las inscripciones se habla de la caída de tres estrellas. Estas contenían la preciada sangre que transformó a tu padre y a Stromfeld en vampiros.

—¿Estás diciendo que existe un tercer vampiro primigenio? —Jane fue incapaz de ocultar su aturdimiento ante la información que acababa de proporcionarle Dante.

\*\*\*

—¿Estás seguro de querer seguir adelante? —preguntó por última vez. Jane sostenía la jeringuilla en alto a la espera de una respuesta.

Dante ni siquiera parpadeó. Al vampiro no le quedaba otra opción. Si quería sobrevivir tenía que volverse humano. La idea de que el suero hubiese sido creado por Ellis, le trajo a la memoria el día de su transformación.

Dante estaba muy colocado aquella lejana noche del 16 de agosto de 1969. Las notas de “Proud Mary” sonaban de fondo. La multitud a su alrededor se movía extasiada al son de los acordes de los Creedence Clearwater Revival, aunque para él era como visualizar un extenso campo de trigo agitándose por el viento. Fue cuando, de pronto, en medio de esa ola *hippie* logró percibir la retorcida figura de una mujer que parecía desprender fuego de todos sus poros. Dante fue a su encuentro disfrutando de cada segundo que pasaba, sumido en aquel delirio. Pensó que bien habían valido los dieciocho dólares de la entrada al concierto. A su llegada, el día anterior, varios desconocidos no tardaron en brindarle drogas y sexo. Obviamente, en ninguno de los casos se negó a dichos ofrecimientos. Con esto estaba logrando salir de la sombra de su adolescencia en New Hampton, un pueblecito perdido a las afueras de Nueva York, en el que reinaba el más estricto ambiente puritano heredado de sus fundadores.

Los brazos de la mujer se cerraron en torno a su nuca, y Dante sonrió apretándola contra su cuerpo con la intención de que sintiera el bulto que crecía en su entrepierna. La reacción no se hizo esperar. Una mano fugaz se deslizó hasta allí acariciándolo con suavidad. Una pícara sonrisa se dibujó en los labios de ella.

—¿Te gustaría vivir para siempre? —le susurró ella al oído.

Dante rio, asintiendo al ritmo de la música. La desconocida le tomó de la mano y lo condujo entre la extasiada marea de *hippies*. Nadie se fijó en ellos. Aquella escena tan solo era una más de las que se producían desde el inicio de los conciertos. Detrás de un granero hallaron una zona despejada. Allí los amantes furtivos se enzarzaron en un vaivén de caricias y besos, que se transformó en sexo de la forma más primaria. En pleno éxtasis, la mujer volvió a repetir su pregunta:

—¿Te gustaría vivir para siempre?

—Sí, sí, sí —respondió Dante, al borde del orgasmo.

En el instante en que los colmillos atravesaron su cuello, Dante se estremeció, embriagado de placer. No hubo dolor, solo placer. De repente una marea de gozo saturó su cuerpo irradiando desde su pene hasta su cuello. La desconocida se había hecho un corte en la palma y se la ofrecía a él. Dante se dejó llevar y aceptó con gusto beber de la sangre que manaba de la mano herida. De ese modo el intercambio de fluidos fue más allá de las secreciones sexuales.

Habían transcurrido cuarenta y siete años desde entonces, y Dante no había envejecido ni un ápice. La misteriosa desconocida resultó ser Ellis Malferndot, ex-amante del gran Vladimir Draco, el *padre* de todos los *Nocturnos*. Con el tiempo descubrió que el número de convertidos era mayor de lo que había pensado y que seguía creciendo cada año que transcurría. Con la idea de detener aquel crecimiento descontrolado, Dante y Ellis crearon un grupo que acogía e instruía a los recién convertidos, mostrándoles que si no había control acabarían por destruir la fuente de su alimento. Se llamaron a sí mismos los *Alfa*. No todos, sin embargo, estuvieron de acuerdo con las propuestas de los *Alfa*, creándose otra formación: los *Omega*. Estos últimos consideraban a los humanos su ganado y creían que los *Nocturnos* debían gobernar el mundo en vez de ocultarse en las sombras, tal como ordenaban los *Alfas*.

Las palabras de Jane Clayface lo obligaron a regresar al presente.

—¿Estás preparado? ¿Seguro que quieres hacerlo? —insistía Jane.

\*\*\*

Mike entró abruptamente en la habitación.

—¡Nos han encontrado!

Jane lo miró incrédula sosteniendo la jeringuilla en alto.

—No puede ser. ¿Cómo demonios han dado con nosotros? —dijo irguiéndose y dejando la jeringuilla sobre la mesa— ¿Cuán lejos están?

Mike negó con la cabeza.

—Los tenemos encima. Hay que largarse ahora mismo —insistió observando de reojo a Dante que los miraba interrogante.

Jane tragó saliva, se volvió hacia el *Nocturno* con el rostro transformado en una mueca de preocupación.

—Las manadas de zombies parecen actuar coordinadas con el único objetivo de cazarnos. La última vez casi lograron atraparnos en una emboscada. Ya no es solo una manada controlada por el hombre de la máscara antigás, son varias; y vienen a por nosotros.

Mike depositó una mano sobre el hombro de Jane en un intento de transmitirle fuerzas. Jane respondió tomándola entre las suyas, pero por mucho que lo intentó no se sintió con fuerzas de aceptar esa carga.

—No podemos dejarlo aquí. Se viene con nosotros —afirmó intentando que su voz sonase tan autoritaria como pudo.

—Sabes que nos retrasará, apenas puede sostenerse en pie y no tenemos sangre suficiente como para alimentarnos a los dos —Mike se opuso con firmeza, aunque tenía asumido que al final la última palabra la tendría ella.

—No voy a dejarle a merced de los zombies. Se viene con nosotros. Dile a Fran que improvise una camilla. En cuanto encontremos un lugar seguro le daremos el suero, así que la sangre no será un problema —ordenó la vampiresa sin mirar a Mike. Este respondió retirando su mano y abandonando de inmediato la habitación.

—Jane, Mike tiene razón. En mi estado no seré más que una carga inútil —convino el debilitado *Nocturno*.

Jane Clayface se pasó la mano por la mejilla. Si Mike veía que estaba llorando de

nuevo la discusión no habría terminado ahí.

—¡Abandoné a mi padre! ¡Y no pienso dejar atrás a nadie más! Te vienes con nosotros.

—Salió de la habitación enfurecida consigo misma. El recuerdo de ver a su padre acorralado por los muertos vivientes no la iba a dejar tranquila, por lo que no estaba dispuesta a repetir el mismo error.

Bajó la escalera del bloque de pisos hasta la planta inferior, pues en uno de los apartamentos habían improvisado una armería. Cogió un rifle con mira telescópica y regresó al instante a la escalera. Con grandes zancadas ascendió hasta la terraza. Allí saludó a Jamie Luther, este respondió con un leve gesto de su cabeza. Sus ojos estaban fijos en un punto ubicado varias calles más abajo.

—¿A qué distancia se encuentran?

Jamie no modificó ni un ápice el semblante serio de su rostro afroamericano, solo alzó uno de sus gruesos dedos señalando un punto a tres manzanas de distancia.

—Demasiado cerca. Apenas nos queda tiempo para recogerlo todo —afirmó Jamie—. Cada manada tiene un zombie-líder, pero no hay rastro del hombre de la máscara antigás que mencionaste.

Jane se apostó a su lado y dirigió la escopeta al punto que Jamie le había señalado. Luego activó la visión nocturna de la mirilla y a través de ella observó el avance de los zombies.

—¿Y si matamos a los líderes? —inquirió sin dejar de mirar por la mirilla.

—Durante unos minutos estarán desorientados, pero al final otro ocupará el lugar del zombie-líder y proseguirán su avance —explicó Luther.

—Bueno, si lo hacemos con rapidez podemos abatir a los líderes de todas estas manadas y lograremos retrasar su avance el tiempo que necesitan Fran y los demás para preparar nuestra huida, ¿no?

Jamie Luther sonrió y movió su rifle guiándose con la mira telescópica hasta tener a la vista su objetivo.

—Allá vamos —anunció apretando el gatillo del rifle. El sonido a su derecha le confirmó que Jane también había abatido a otro de los líderes.

\*\*\*

Mike se asomó a la terraza por la puerta. En la pared, frente a él, Jane y Luther estaban en posición, con sus rifles, derribando a los zombies-líderes de las manadas.

—¡Vamos, ya está todo list...! —no había terminado la frase cuando un golpe lateral lo lanzó contra el suelo. Aturdido intentó darse la vuelta y ver a su atacante. No consiguió verlo. Un nuevo golpe lo arrojó contra sus compañeros.

Jane se dio la vuelta al recibir el golpe de su compañero lanzado contra ellos. Su corazón estalló de rabia y consternación al ver que su agresor no era otro que el hombre de la máscara antigás. ¿Cómo demonios había llegado hasta allí?

—Se acabaron los juegos. ¿Dónde está *La Sangre de las Estrellas* de tu padre? —dijo mientras avanzaba amenazante en dirección a Jane. Su voz sonaba ronca y atenuada por efecto de la máscara.

Jane levantó el rifle dispuesta a dispararle justo en la frente. No resultó.

El desconocido se movió como un relámpago para luego golpearla repetidas veces en el pecho y en la cabeza. La pared del edificio impedía cualquier intento de escapatoria. La lluvia de golpes era incesante. Sin pensarlo más, Jamie Luther se lanzó contra su atacante enarbolando el rifle a modo de porra, dispuesto a asestar un certero golpe en la nuca del desconocido. Sin embargo, en pleno salto Jamie fue repelido por un rechazo que no vio llegar, y que lo arrojó varios metros lejos de la escena de batalla. Completamente aturdida, Jane necesitó unos minutos para comprender lo que estaba ocurriendo. Su atacante era tan rápido y fuerte como lo había sido su padre antes de la *Plaga Z*. La idea de que este personaje se trataba de ese tercer *Nocturno* primigenio

le llegó a la mente. Pero, ¿por qué ese vampiro no estaba debilitado por el *Virus V*? Tal vez la máscara que llevaba puesta respondía a su pregunta. Era comprensible, ya que el virus se transmitía solo por el aire. No tuvo tiempo de pensar en nada más. Un poderoso brazo la cogió por el cuello y la alzó en vilo.

—No lo preguntaré una tercera vez: ¿dónde está *La Sangre de las Estrellas*? —dijo, levantando la mano izquierda y formando una cuña con sus dedos que apuntaban al corazón de Jane. Al instante se detuvo en seco— ¡Vaya esto sí que es una sorpresa!

De inmediato un nuevo golpe se ensartó en la cabeza de Jane. Necesitaba que la *Nocturna* no fuera capaz de ofrecer ningún tipo de resistencia. Se elevó levitando, llevándose consigo a Jane Clayface. A sus pies, Jamie y Mike recobraban el conocimiento justo a tiempo para ver cómo su agresor se alejaba secuestrando a su compañera.

—¡Jane! —Gritó Jamie Luther alzando sus brazos con gesto de impotencia.

Desde la calle se arremolinaron los gruñidos y gorjeos de las manadas. A eso le siguió el ruido de cristales y puertas que estaban siendo derribados. Mike se asomó por la pared y el espectáculo que vio ante sus ojos lo llenó de terror. El autobús, con los demás supervivientes, estaba completamente rodeado de zombies. A pesar de que las puertas estaban cerradas, los muertos vivientes no tardarían en destrozar el vehículo ante los golpes que daban, uno tras otro. El resto de las manadas ya estaban subiendo a trompicones por la escalera del edificio. No tenían ninguna escapatoria, ni ellos ni los que estaban dentro del autobús. Mike se volvió hacia Jamie y con tristeza bajó la cabeza. El haber sido curados les hacía inmunes al *Virus Z*, pero quizás fuera peor así. Iban a ser conscientes de cada mordisco que desgarrase su carne.

Con el cuerpo temblándole de terror, Mike recogió su pistola para luego apoyar el cañón en su barbilla. De ningún modo iba a permitir que lo sometieran a la terrible agonía de ser comido vivo.

## SANGRE DE LAS ESTRELLAS

Una nueva embestida provocó que el autobús cediera ante su propio peso. Las ruedas izquierdas, poco a poco, se elevaron hasta un punto en que el vehículo permaneció por unos cuantos segundos en equilibrio. Su vuelco era algo inevitable. Las ventanas inferiores estallaron en una lluvia de afilados cristales que salpicaron a los que se encontraban refugiados en el interior.

Dante recibió un fuerte impacto en sus costillas al golpearse con los asientos del vehículo. Lo que al comienzo eran gritos, se había convertido ahora en alaridos que se combinaban con los gruñidos de los zombies que, esta vez, embestían el parabrisas del vehículo. En un instante el parabrisas se desencajó, para luego caer sobre un chico de diecisiete años quien, paralizado por el miedo, no fue capaz de apartarse del escombros. A continuación, el tropel de zombies entró en el vehículo aplastándolo bajo el agrietado cristal.

Una pareja intentó en vano escapar hacia la parte posterior. La avalancha de muertos frenó de inmediato su huida. A unos metros, una mujer retrocedió arrastrándose, sin dejar de mirar por encima de su hombro la invasión de los monstruosos cadáveres caníbales. De inmediato, los brazos de Dante fueron a auxiliarla.

Al parecer no había alternativa para la escapatoria. A espaldas de los sobrevivientes se encontraba la luneta posterior, aún intacta a pesar de la ruda volcadura del vehículo. De igual forma, las ventanas que se hallaban sobre sus cabezas también permanecían selladas. Mientras tanto, Dante no estaba dispuesto a dejarse atrapar por las bestias. Sin dejar pasar un segundo más, el vampiro clavó sus colmillos en el cuello de la mujer que todavía se encontraba recostada en sus brazos. Al principio la víctima trató de resistirse, pero de inmediato comprendió que aquella muerte iba a ser menos dolorosa que la que estaban sufriendo los demás sobrevivientes.

Dante se apuró a sorber hasta el último segundo posible. Necesitaría de toda la energía que pudiera obtener si quería salir con vida de esa ratonera. A medida que la sangre de su víctima entraba en su sistema, su cuerpo se fue regenerando hasta recuperar sus fuerzas. Alzó el cuerpo sin vida de la mujer y, usándolo a modo de escudo, empujó al primer zombie obligándolo a retroceder. Con ambas manos cogió el asidero atornillado al techo y empezó a tirar mientras se apoyaba en el suelo del autobús. Recién al tercer intento logró arrancar la barra metálica, pasando a usarla como arma defensiva contra los zombies que se amontonaban cada vez más en la parte delantera.

El vampiro asestó varios golpes a los zombies que intentaban aproximarsele. A pesar de su arrojó, Dante notaba cómo, a cada golpe, sus fuerzas iban menguando a causa del *Virus V*. No podría resistir mucho tiempo. Fue así que decidió cruzar la barra entre los asientos delanteros a modo de barrera y ganar unos minutos de ventaja. Finalmente, retrocedió hasta la altura de la puerta lateral que quedó sobre su cabeza, saltó alzando los brazos e introduciendo sus dedos entre la goma de las puertas. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para mantener el esfuerzo hasta lograr que las puertas se abriesen.

Durante los primeros segundos la puertezuela no parecía ceder ni un milímetro. De pronto, un repentino chasquido resonó en alguna parte del mecanismo, y se abrió de par en par. De inmediato, Dante logró escurrirse por la nueva salida levitando y usando la poca energía que le quedaba, mientras los zombies se abalanzaban tratando de atraparlo de las piernas. Ya afuera, el vampiro se posó sobre el costado del autobús, lejos del alcance de los muertos vivientes. Agotado, miró a su alrededor. Un mar de

muertos vivientes rodeaba una zona que abarcaba hasta cuatro manzanas de extensión. Dante no tenía fuerzas para intentar levitar lejos de la putrefacta marea. Tan solo podía sentarse allí y esperar a que la luz del amanecer acabase con su sufrimiento.

\*\*\*

En el interior del autobús, los zombies pugnaban por transitar la misma abertura por donde había escapado Dante, pero se atropellaban y pisoteaban entre sí, impidiéndose la salida. Muy a su pesar, seguramente alcanzarían la abertura antes de que amaneciera. La muerte por la acción de los rayos solares era dolorosa, aunque mucho más rápida que caer bajo las interminables mordeduras y dentelladas de los muertos vivientes. Era precisamente eso lo que sucedería si Dante no se levantaba y hacía algo al respecto. El *Nocturno* no se sentía con fuerzas suficientes como para intentar sortear la impresionante aglomeración de zombies que abarrotaba toda la zona. Pensó que quizás podría intentar regresar al edificio frente a él, el mismo lugar en donde Jane Clayface y los refugiados habían montado un improvisado cuartel de descanso.

Se aproximó hasta el borde más cercano al bloque de pisos. Cerca de la orilla, cientos de pútridas manos se alzaban intentando alcanzarlo. Uno de ellos lo miró fijamente y lanzó rabiosas dentelladas. La rabia del zombie fue tal que empujó a otro muerto haciéndolo caer, y de inmediato se subió encima de este, tratando de alcanzar un punto de apoyo para coger al desesperado vampiro.

Dante trató de elevarse, aunque apenas logró despegarse unos centímetros por encima del vehículo. Era completamente inútil. Sus fuerzas estaban casi agotadas y no había forma de salir de ahí. Preso de la frustración, se derrumbó sobre el autobús una vez más. En poco tiempo, el montón de zombies pisoteados por los furiosos líderes de la manada lo alcanzarían.

De pronto, como si se tratase de una visión, los ojos del vampiro se posaron en el pomo negro.

*“¡El maletero!”*

Esa era la solución. Si lograba abrir la compuerta y meterse dentro, estaría a salvo de los zombies y de la luz solar. Con un poco de suerte podría aguantar allí dentro hasta que acabasen por retirarse. De un salto, se levantó, agarró la manilla y la giró. Para su sorpresa, esta no ofreció ningún tipo de resistencia. Tiró con las pocas fuerzas que le quedaban y elevó la compuerta. Sin perder ni un segundo, se lanzó en el oscuro cubículo de metal tirando de la puerta para que se cerrase con su propio peso.

Los constantes golpes de los zombies, intentando subirse al autobús, se incrementaron durante los minutos siguientes. Tuvo que pasar mucho tiempo para que el ruido, gradualmente, fuera menguando. En la oscuridad del maletero, Dante contuvo el aliento, esperando y deseando que los zombies cesaran su intento de entrar y cazarlo.

*“Bebe.”*

Repentinamente sonó una sinuosa voz. Dante retrocedió asustado creyendo que había alguien más escondido. Nervioso, el vampiro escudriñó el lugar. Sus ojos eran capaces de percibir su entorno en la oscuridad, pero lo único que logró ver fue una nevera portátil volcada sobre un lateral, además de varias cajas que contenían provisiones y armas.

*“Bebe”*, escuchó el vampiro por segunda vez. Ahora el *Nocturno* tuvo la certeza de que esa voz provenía del interior de la nevera. Se arrastró hasta ella y la abrió. Le dominaba un estado de ansiedad como nunca antes había experimentado en su vida.

*“Bebe.”*

Una vez más resonó la voz. Al apartar la cubierta de la nevera, sus ojos se posaron en un frasco que contenía una sustancia rojiza y tuvo la convicción de que ese frasco era el origen de aquella ineludible orden que taladraba su mente.

—¡Sangre de las Estrellas! —exclamó, para luego tomar el tarro y abrir la tapa. Inmediatamente, en sus labios se formó una sonrisa llena de euforia.

\*\*\*

Jamie Luther se lanzó contra Mike, derribándolo antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo. De una patada Jamie alejó la pistola y, sin dejarle ni un segundo de descanso, cogió a Mike por los hombros zarandeándolo.

—¿Somos la última esperanza para la humanidad y a la primera de cambio te rindes? —exclamó con gran enojo Luther, para luego propinarle un puñetazo en la cara.

—No tenemos escapatoria. ¡Mira cuántos son! —respondió Mike.

Mientras tanto, Jamie se apartó corriendo hasta la puerta de acceso a la terraza.

—Ayúdame a bloquear la puerta —dijo, mientras la empujaba con fuerza, antes de que llegasen los primeros zombies.

Mike permaneció por unos instantes aturdido. Segundos después, recogió el rifle de Jane, cruzó la terraza y deslizó el rifle entre el pestillo y un asidero de la pared. El ruido, al otro lado de la puerta, iba en aumento cada segundo que transcurría.

—No sé cuánto aguantaré, pero al menos nos dará unos minutos para buscar el modo de salir de aquí — dijo Mike.

De inmediato, todos corrieron al lado opuesto en busca de una vía de escape. Descartaron usar las escaleras contra incendios ya que estas descendían hasta una callejuela repleta de cadáveres andantes.

De repente, un golpe en seco resonó del otro lado del edificio y estalló como el eco de una campana. Al golpe le siguieron detonaciones producidas por armas de fuego. Mike y Jamie se miraron sorprendidos. Los dos hombres corrieron hacia el origen de los disparos sin prestar atención a los crecientes golpes que recibía la puerta de acceso a la terraza.

Al asomarse por la pared, ambos lograron ver una figura encima de un autobús volcado que disparaba a troche y moche contra cualquier zombie que se le acercase.

—¿Dante? —dijo Mike quien no salía de su asombro. La última vez que había visto al vampiro, este se encontraba tendido en una camilla sin fuerzas.

Como si hubiese oído su nombre, el *Nocturno* alzó la mirada hacia donde se encontraba Mike. Dante no esperó el llamado para usar su poder de levitación y elevarse con rapidez, hasta llegar a la terraza.

—¿Cómo te has recuperado tan deprisa? —interrogó Mike, aunque ya sabía la respuesta a esa pregunta.

—Ahora no tenemos tiempo para explicaciones. Tenemos que irnos ahora mismo —dijo con prisa el *Nocturno*—. ¿Dónde está Jane?

Jamie Luther desvió la mirada hacia la puerta, los golpes eran cada vez más numerosos e insistentes.

—El hombre de la máscara se la llevó volando...

Dante no disimuló su angustia ante la noticia.

—¿Volando? ¿Te refieres a que vino levitando?

—Primero la golpeó hasta dejarla inconsciente. Nosotros no pudimos hacer nada para impedirlo —reconoció, con gran culpa, Luther.

—¡Tan solo un *Nocturno* primigenio no infectado lograría vencerlo! —aclaró Dante.

La puerta de la terraza acabó por ceder el pestillo para después salir disparada al soltarse de los tornillos de sujeción. Un tropel de zombies salió de inmediato, a empujones, para luego lanzarse contra ellos con gran rapidez. El primero en reaccionar fue el propio Dante, quien alzó la escopeta y descargó repetidos disparos abatiendo a los que estaban más próximos. A esto le siguió un interminable torrente de muertos vivientes. Ni los disparos de Mike y Jamie ayudaron a reducir el número de zombies que se aproximaban ansiosos para comérselos.

Dante cerró los ojos. No estaba seguro de poder lograr su objetivo. Tiró de sus compañeros hacia él y los rodeó con sus brazos. Respiró con calma, mientras Mike y Jamie no dejaban de abatir a los zombies más cercanos. En un primer intento logró elevarse unos centímetros. En el segundo intento logró elevarse varios metros por encima del edificio, arrastrando consigo a los dos humanos. La tensión era desgarradora, sin embargo, el vampiro centró su voluntad en desplazarse hasta la terraza del otro edificio. Su cabeza palpitaba como si fuera a estallar de un momento a otro.

\*\*\*

Desde la terraza del edificio, los hombres contemplaban la lenta dispersión de la marea de zombies. Dante, mientras tanto, permanecía sentado en el suelo, producto del agotamiento. Pronto amanecería y, aunque había ingerido la Sangre de las Estrellas, hecho que había aumentado su capacidad de curarse y su fuerza, no sabía hasta qué punto podría protegerse de la exposición a los rayos solares.

—¿Crees que habrá quedado algo de la cura, que pueda recuperarse? —preguntó Mike a Jamie sin dejar de mirar a los zombies a lo lejos.

—Eso espero. Por lo que sabemos nosotros tres somos la última esperanza de poder recuperar a la humanidad —afirmó Jamie.

Dante apartó la vista y buscó con la mirada algún acceso a unas escaleras que pudieran descender a la planta inferior.

—Necesito descansar, y vosotros también. Mañana intentaremos acercarnos al autobús y ver si podemos recuperar algo —sugirió el vampiro girando el pomo de la puerta que había localizado.

El lugar no era lo que había esperado. Era más bien un viejo trastero sin acceso al resto del edificio. Lo bueno era que al carecer de ventanas, les serviría como refugio perfecto. Dante miró a sus compañeros y estos lo despidieron con un leve gesto de despreocupación. El *Nocturno* comprendió que aún no se fiaban de él. Simplemente lo aceptó y se retiró al interior de la buhardilla.

Jamie Luther se pasó la mano por su rizada melena negra; su rostro reflejaba perplejidad. En cuestión de horas habían pasado de una situación más o menos prometedora a estar desbandados y sin cura. A esto se le sumaba que tampoco ahora tenían los medios para volver a producir más dosis. Qué decir además del secuestro de Jane por parte del desconocido de la máscara antigás. A pesar de que Jamie sabía que Jane era incluso más fuerte que cualquiera de ellos, no podía evitar preocuparse por ella. En los últimos meses había surgido un vínculo entre ellos dos, que iba más allá de la mera amistad.

—La encontraremos —resonó la voz de Mike obligando a Jamie a abandonar esa línea de pensamiento.

—¿Cómo?

—Jane llevaba un GPS. En cuanto podamos regresar allí, recuperaré el dispositivo de seguimiento—dijo Mike mientras señalaba el edificio del que habían huido.

—¿Cómo? ¡Si no hay electricidad! —replicó Luther, incrédulo ante la aparente tranquilidad de su compañero.

—Ese es un pequeño proyecto en el que estuve trabajando con Jane. Pensamos que podíamos reutilizar los teléfonos móviles como sistema de posicionamiento. Ella llevaba uno con el GPS permanentemente activado y usábamos los generadores del último laboratorio para cargar la batería del teléfono, y ya que los satélites funcionan con energía solar, estos siguen en funcionamiento —Mike cambió su expresión de esperanzado a algo más preocupado. Al cabo de un rato agregó:

—Apenas habíamos hecho algunas pruebas, pero ahora mismo es nuestra única posibilidad.

Jamie se volvió hacia el edificio. En las calles, la multitud de zombies seguía dispersándose. Cerca del autobús un grupo de muertos andantes se reagrupaba moviéndose más rápido que el resto. No había dudas de que se estaba formando una nueva manada. Ese proceso se fue repitiendo y con suerte eso aceleraría la desbandada. No sabían cómo lo hacía, pero al parecer el hombre de la máscara había hallado el modo de controlar y dirigir a los zombies líderes convirtiéndolos en sus mascotas de caza.

—No importa dónde estés. Te encontraré —murmuró Jamie a la luz del amanecer—. No descansaré hasta que vuelvas a estar a mi lado.

Mike oyó las palabras que su compañero murmuraba y, aunque no intervino, fue consciente de una realidad que hacía tiempo había empezado a sospechar. Él no era el único que sentía afecto por Jane, un afecto que también cruzaba la delgada línea de la amistad. La diferencia era que Jamie había obtenido de ella la respuesta que el propio Mike no había obtenido.

\*\*\*

El aturdimiento por los golpes recibidos fue aflojando su intensidad. Jane sentía cada una de las contusiones como corazones pulsantes. Ni siquiera su padre, Vlad, había demostrado tener la rapidez y la fuerza que poseía el hombre de la máscara antigás. Jane intentó girar su cabeza, pero una punzada de dolor se lo impidió. En la habitación donde se encontraba, las tenues luces del techo apenas alumbraban el interior de la sala.

—Bienvenida de vuelta —pronunció un hombre que la observaba sonriente, a distancia. Jane hizo el ademán de incorporarse, aunque no lo consiguió. Se encontraba atada de manos y pies, cosa que de hecho no la sorprendió.

El desconocido, de facciones asiáticas, la observaba con curiosidad. Se había aproximado hasta la camilla y la examinaba como si estuviera estudiando a algún ejemplar de una especie extinguida.

—En el último recuento logramos contabilizar un total de dos centenares de vampiros sobrevivientes de la plaga —explicó mientras retiraba la liviana bata que envolvía a Jane para luego posar su mano en el vientre de ella y sonreírle—. Te lo preguntaré una vez más: ¿qué hiciste con la Sangre de las Estrellas?

Inútilmente Jane trató de liberarse de las correas. Su cuerpo se arqueaba tensando todos sus músculos.

—Deberías tener cuidado. No querrás dañar a tu hijo, ¿verdad? —le espetó el desconocido.

—¿Hijo? ¿De qué estás hablando?

—¿No lo notas? Está creciendo en tu interior. El primero de su especie. —dijo el extraño. A continuación, el desconocido se alejó de la camilla, recogió una hoja de papel y le mostró a la vampiresa la imagen impresa en ella— ¡Vas a ser madre! A cada minuto su desarrollo se acelera y su gestación llegará a su culminación en la mitad de tiempo. ¿Sabe su padre que vas a tener un híbrido, mitad *Nocturno* y mitad humano? —dijo irónico — Pero no nos desviemos del tema que no nos atañe. ¿Dónde escondiste la *Sangre de las Estrellas*? Responde o despídete de tu hijo nonato.

Jane luchó una vez más contra sus ataduras. Sus fuerzas sin embargo estaban al tope. Su cuerpo, de esta forma, terminó por derrumbarse a medida que de sus ojos brotaban lágrimas escarlatas.

—¿Por qué nos estás haciendo esto? ¿Qué es lo que quieres? ¿Quién demonios eres? —estalló Jane entre sollozos.

El extraño se aproximó y, sin perder la maquiavélica sonrisa, extendió los brazos como si tratase de abarcar toda la habitación.

—¿Qué es lo que quiero? Quiero arreglar el caos que tu padre generó. Quiero poner

orden en el mundo —dijo, abriendo la boca a medida que exhibía sus colmillos y las uñas de sus dedos crecían hasta convertirse en afiladas garras—. Yo soy el gran Kang, y gobernaré sobre la tierra en cuanto muera el último *Nocturno*. Ni tan siquiera tú, que naciste siendo vampiresa, tienes la fuerza para detenerme. Por mis venas corre el doble de Sangre de las Estrellas que el que tenía tu padre. Y ahora solo necesito recuperar la sangre que dejó él para ser invencible. Eliminaré a la plaga de vampiros que tu padre desató y gobernaré sobre los humanos.

—¿Tú eres el tercer *Nocturno* primigenio? ¿El de la máscara antigás? ¡TÚ MATASTE A MI PADRE! —exclamó Jane mientras la rabia se apoderaba de sus ojos.

Kang se acercó a la camilla y le propinó un puñetazo en el rostro a Jane.

—Ya conquisté gran parte del mundo y lo volveré a hacer. —Kang se detuvo un segundo apoyando su mano sobre su oreja, atento al sonido del pequeño auricular escondido en esta—Me acaban de informar que han localizado a tres de tus amigos. Uno de ellos es un *Nocturno* con las habilidades de un primigenio. Supongo que ya sé dónde está lo que busco.

Jane Clayface gimió de impotencia.

—Por cierto, se me acaba de ocurrir que tu hijo podría ocupar un puesto importante en mis planes. Su ADN lo convierte en un ser realmente especial.

—¿Qué planes? Ya no quedan humanos —entonó casi burlándose Jane, a la vez que intentaba ocultar su impotencia.

—¡Oh, vamos! No necesitas esas tretas para averiguarlo. Te lo diré sin tapujos ni palabras veladas. Yo creé el *Virus Z*, así como el *Virus V*, y por supuesto tengo la cura de ambos —dijo sonriendo divertido por el ingenuo comentario de Jane.

Kang abandonó la habitación y las luces se apagaron sumiéndola en la oscuridad.

\*\*\*

A pesar de su recuperación, ya habían transcurrido tres días desde el asalto de las manadas de zombies y Dante no se había alimentado desde entonces. Su fuerza se había debilitado considerablemente; ni siquiera intentó llevar a sus compañeros levitando hasta el autobús. De haber podido hacerlo habrían logrado esquivar a los zombies errantes que aún quedaban por la zona. Mike, incluso, estuvo a punto de caer en una emboscada de tres muertos vivientes.

—Coge la nevera. En su interior tiene que estar la cura —dijo Luther desde lo alto del vehículo.

En el interior del maletero, Mike rebuscó por lo bajo de las cajas de provisiones. En una esquina, por fin vio la nevera portátil, luego la abrió para verificar su contenido. Un suspiro de alivio brotó de sus labios. Los viales estaban intactos. Cogió una bolsa roja y se la tendió a Dante.

—Toma. Esto calmará la sed —enseguida el *Nocturno* cogió la bolsa de sangre y bebió de ella, al borde de la ansiedad.

Mike cerró la nevera y se la entregó a Jamie Luther, y este, a su vez, le extendió las mochilas.

—Cargad tantas provisiones como podáis. No sabemos cuánto tardaremos en encontrar nuevos suministros —sugirió Luther.

Mike asintió llenando la suya, y en cuanto Dante terminó de alimentarse le tendió la otra mochila.

—Hay unos laboratorios cerca de Central Park. Quizás podamos establecer un campamento allí y reactivar las instalaciones. —explicó Mike entregando la mochila a Jamie para luego mirar al *Nocturno*, que estaba terminando de llenar la otra— Me vendría bien una mano para salir de este agujero.

Dante asintió, cerró la mochila y la lanzó por encima de su compañero. Jamie la cogió al vuelo depositándola junto a la otra. El vampiro se acercó a Mike, lo cogió de los

tobillos para luego levantarlo a pulso hasta que este alcanzara el borde del maletero. Repentinamente, un grupo de zombies se había agolpado en torno al autobús volcado. Sin cruzar palabra, Jamie lanzó la escopeta a Dante y le tendió la pistola a Mike. Inmediatamente, recogió la suya y comprobó la munición.

—¿Por qué prefieres la escopeta? —preguntó Mike dirigiéndose a Dante.

El vampiro cargó la escopeta con seis cartuchos y sonrió.

—Por su impacto de dispersión. Si los zombies están muy cerca, de un solo disparo puedo abatir a dos —luego apuntó al cadáver andante más cercano—. ¿Y dices que el laboratorio está cerca de Central Park?

—Así es. Una vez allí, podré cargar las baterías del localizador por GPS y sabremos a dónde han llevado a Jane —respondió Mike.

—Es un largo camino desde aquí —intervino Jamie. Ninguno de ellos había apretado el gatillo. Solo se limitaban a apuntar a los muertos con sus armas—. Necesitaremos un vehículo.

Como una respuesta a ello, el ruido del motor de un Jeep interrumpió la charla. En paralelo, una ráfaga de proyectiles empezó a llover entorno a ellos. En la parte trasera del Jeep una ametralladora disparaba sin cesar.

—¡Mierda! —exclamó Mike lanzándose de nuevo al interior del maletero.

Jamie logró visualizar a un soldado ataviado con una máscara antigás, disparando el arma sin una mira fija. Jamie no dudó en refugiarse también, junto a su compañero, al interior del vehículo.

—¿Y Dante? —interrogó Mike.

Ambos alzaron su cabeza, pero no vieron señal alguna del *Nocturno*. Mientras tanto, el golpeteo de las balas era incesante. Sin darse cuenta, los hombres se habían refugiado en un lugar sin salida.

## LA BÚSQUEDA

Un estallido de dolor sacudió el hombro de Dante. A su alrededor zumbaban los proyectiles, que pasaban disparados en distintas direcciones. El Jeep, cargado con una ametralladora, estaba estacionado en mitad de la calle. Sin perder más tiempo, el vampiro se lanzó contra sus atacantes con toda la rapidez que le permitieron sus regenerados músculos. Un nuevo impacto de dolor se descargó en su antebrazo derecho; no obstante, Dante continuaba su rabioso avance. El dolor era como una pulsación intermitente que finalmente desaparecía, a medida que las heridas se cerraban hasta desaparecer. Saltó por encima del vehículo, extendió el brazo y agarró al soldado por el cuello para luego lanzarlo lejos de la ametralladora.

—¿Dónde está Jane? —le interrogó, arrancándole la máscara de un zarpazo.

El soldado le devolvió la mirada sin abandonar su actitud desafiante. De repente, en los alrededores empezó a aumentar el ruido de pasos erráticos atraídos por el fragor de las balas.

—¿No piensas hablar? Allá tú —aseveró Dante. Seguía con la cabeza del soldado en la mano, obligándolo a inclinarla hacia un lado—. Es tu última oportunidad.

Ante el persistente silencio del militar, el vampiro clavó sus colmillos en él, bebió y se deleitó con la sangre de su presa, quien no tuvo ninguna posibilidad de liberarse de las férreas manos de su agresor, que lo inmovilizaban. Extasiado por el festín, estuvo a punto de drenarle toda la sangre; sin embargo los zombies ya se le venían encima. Dante miró al debilitado soldado que a duras penas seguía con vida.

—Esta sí que es tu última oportunidad: ¿dónde está Jane Clayface?

El enjuto rostro del soldado esbozó una parodia de mueca desafiante, a la que Dante respondió con un leve encogimiento de hombros.

—Está bien, ya buscaremos otros medios para encontrarla —dijo el vampiro, para después coger a su víctima por su uniforme, a la altura del pecho—. Espero que disfrutes de tu nueva vida.

De un impulso, Dante lanzó el cuerpo casi sin vida del militar contra la horda de zombies, quienes ya venían entrando por la bocacalle. De inmediato, los muertos se abalanzaron por los aires ante el sujeto que parecía caer en cámara lenta.

El *Nocturno* se volvió y cruzó a la carrera los metros que lo separaban del autobús; de un salto se plantó sobre el vehículo en busca de sus compañeros, a los que descubrió en el interior del maletero.

—¿Estáis bien? —les preguntó al verlos.

Mike y Jamie asintieron al unísono, al tiempo que recuperaban las mochilas en donde tenían las provisiones.

—Tenemos que marcharnos. Una nueva horda de zombies está entrando por la bocacalle y no tardarán mucho en llegar hasta aquí —les dijo el vampiro.

Dante lanzó la nevera portátil al interior del maletero y descendió. Recogió su escopeta y se la ajustó en la funda de la espalda. Mientras tanto, Luther abrió la nevera comprobando una vez más el estado de los viales con la cura y las anotaciones de Ellis. Los bloques refrigerantes aún mantenían un nivel adecuado de frío. Cerró la nevera y ajustó de inmediato las correas para poder colgársela a la espalda.

Mike pasó una de las mochilas a Dante, y este se la colocó por encima de la funda de la escopeta.

—En cuanto estéis listos nos podemos marchar —anunció el vampiro reasegurando la tensión de las correas.

En el exterior, los zombies ya se habían aproximado al vehículo. Un par de ellos se

adentró en el parabrisas roto, indagando el interior en busca de un pedazo de carne al cual poder hincarle los dientes. Con gemidos, los cadáveres vivientes avanzaron entre los asientos, pisando restos de los que hasta hace algunas horas eran humanos.

Mike y Jamie se acercaron a Dante. Este los abrazó por debajo de las axilas y —a su vez— cerró los ojos concentrando toda su voluntad en elevarse fuera del vehículo. Los cuerpos despegaron a varios metros del piso. En ese instante, a Dante le resultaba fácil volar gracias a la sangre del soldado con la que se había alimentado; mas el *Virus V* seguía activo y en poco tiempo su cuerpo se degeneraría de nuevo.

\*\*\*

El Sedán negro se detuvo en la esquina del Manhattan Boulevard con la Calle 110 Oeste. En el interior del vehículo, los tres sobrevivientes inspeccionaron las calles a través de las ventanillas. Al volante del coche, Mike decidió no parar el motor del vehículo en el caso de que tuvieran que salir de allí pitando ante la presencia de cualquier manada de zombies.

—Ahí es —dijo Mike señalando el viejo edificio de seis plantas en la esquina opuesta al Morningside Park.

—¿Estás seguro de que el laboratorio está ahí? —mencionó Jamie Luther.

El aludido asintió. Luego giró el volante, acercando el vehículo a la puerta de la entrada al edificio.

—Aunque la fachada está algo descuidada, en la segunda planta se encuentra instalado uno de los laboratorios de investigaciones médicas más avanzado de Nueva York —aclaró Mike—. Antes de la plaga mi hermano trabajaba ahí. El otro beneficio es que sus instalaciones funcionan a través de las placas solares que se hallan en el techo.

A orillas de la bocacalle de la 109 Oeste, surgieron algunos zombies erráticos. Al verlos, Dante se lo indicó a sus compañeros.

—Será mejor que entremos cuanto antes —apremió el vampiro.

Salieron del Sedán y al momento formaron un círculo, cubriéndose las espaldas unos a otros. Dante daba cara a los muertos vivientes sin perderlos de vista.

La puerta del edificio colgaba sobre sus goznes. Mike la apartó mirando al interior, la penumbra del atardecer no le permitió atisbar si estaban libres de peligros. Sacó la linterna LED y alumbró el pasillo. No logró divisar nada sospechoso.

—Hay que darse prisa. La luz los está atrayendo hacia aquí —advirtió el *Nocturno*.

Los tres se escabulleron por el pasillo accediendo a las escaleras. Sus pasos eran rápidos sin dejar de ser sigilosos. En su camino, se encontraron con un zombie al que le faltaba la mitad inferior del cuerpo: se arrastraba grotescamente, impulsándose con sus manos.

—¡Dios! —exclamó Luther, totalmente horrorizado a medida que descargaba el puñal de caza contra el putrefacto cráneo.

Cuando por fin llegaron a su destino, no les resultó difícil acceder al laboratorio. Los últimos que habían usado aquellas instalaciones al parecer no se preocuparon de cerrar las puertas de acceso. Daba la impresión de que se marcharon precipitadamente.

Una vez en el interior, Luther y Dante arrastraron dos mesas con las que bloquearon la puerta de entrada. Mike, mientras tanto, inspeccionaba las instalaciones. Aunque no lo expresó en voz alta, en realidad tenía la esperanza de encontrar alguna pista que le pudiera revelar si su hermano aún se encontraba vivo. Hasta hacía unas horas no hubiera creído que existiera esa posibilidad; sin embargo, el encuentro con el soldado de la máscara antigás les reveló que no eran los únicos supervivientes a la *Plaga Z*. Y aunque aquel soldado parecía estar a las órdenes del vampiro que había secuestrado a Jane, quizás en alguna parte existía un lugar en donde se hallarían refugiados otros

sobrevivientes.

—La puerta ya está asegurada. De momento estamos a salvo —anunció Luther.

Mike regresó junto a sus compañeros, a la vez que trataba de centrarse en lo más urgente.

—La instalación eléctrica no parece dañada. En teoría, tiene que ser posible activar los circuitos de emergencia, aunque para ello se necesitará unas cuantas horas de luz solar para recargar las baterías de todo el complejo. He intentado encender unas cuantas luces pero no han funcionado —dijo Mike señalando las estrellas que empezaban a brillar en el cielo nocturno—. De momento tan solo podemos esperar hasta el amanecer.

—Yo haré la primera guardia, vosotros intentad dormir —dijo Dante—. Además, aprovecharé para buscarme un refugio para cuando amanezca.

Mike y Luther estuvieron de acuerdo con el vampiro. En una de las habitaciones, que una vez fueron despachos, improvisaron unas pocas camas mullidas con un par de viejas mantas y unas raídas almohadas. Era lo suficiente como para que pudieran descansar algunas horas.

\*\*\*

El mapa de Manhattan parpadeó varias veces en la pantalla del dispositivo de localización. Mike lo sacudió y la imagen desapareció unos segundos para regresar de nuevo. Los parpadeos no volvieron a producirse. A continuación, ingresó al menú del aparato y lo configuró para localizar el GPS del teléfono de Jane. Un círculo gris apareció acompañado del mensaje "*Ubicación desconocida*".

—¿Ha habido suerte? —resonó la voz de Dante.

—Aún no. El localizador tardará unos minutos en triangular la posición del GPS del *Smartphone* —respondió Mike.

Dante se llevó la mano a la frente. Un repentino mareo lo obligó a detenerse. Mike, al verlo, dejó el dispositivo sobre la mesa y le tendió al vampiro una bolsa de sangre, ante lo cual el *Nocturno* reaccionó sorprendido:

—Pensé que no quedaba ninguna bolsa —dijo, mientras la tomaba intentando controlar sus ansias.

—Y así era, pero en la nevera guardamos algunas bolsas vacías. Jamie ha llenado una de ellas con su sangre, y luego yo llenaré la otra con la mía. De este modo al menos tendrás para alimentarte hasta que encontremos el modo de conseguir más sangre.

El vampiro sorbía sediento mientras escuchaba las explicaciones de Mike.

—¿Crees que algún día los humanos y los vampiros podrán convivir pacíficamente?

—consultó la gruesa voz de Jamie.

Dante sonrió nervioso. La pregunta implicaba un concepto que para algunos vampiros podía ser difícil de concebir, incluso para alguien como él, que siempre había hecho gala de no haber olvidado que una vez fue humano. Jamie comprendió la incomodidad del *Nocturno* y le devolvió la sonrisa dando por zanjado el tema.

—Las placas solares están aguantando sin problema. Creo que no tendremos ninguna dificultad en mantener el suministro eléctrico necesario para usar las máquinas del laboratorio —mencionó aliviado Mike mientras le extendía a su compañero unas cuantas latas de albóndigas—. He preparado una trampa, no creo que tardemos mucho en atrapar un zombie, al cual podremos inyectar la cura.

El vampiro devolvió a Mike la bolsa de transfusiones vacía.

—Jane dijo que tenía un suero que podía convertir a un vampiro en humano... ¿Aún lo tenemos? —preguntó Dante.

—Sí, tenemos un par de viales de ese suero. En caso de que quieras usarlo, solo tienes que pedirlo.

—Si llega el momento, podéis estar seguros de que lo usaré. Pero si lo hago, vosotros

os tendréis que encargar de recoger la “*Sangre de las Estrellas*” cuando sea expulsada de mi cuerpo.

Mike y Jamie se miraron y asintieron al unísono. Jane les había relatado todo lo ocurrido durante la transformación de Vlad en humano.

Un pitido intermitente emergió del localizador.

—¡La ha encontrado! —anunció excitado Mike, regresando a toda prisa a la mesa.

Jamie y Dante se unieron a él, expectantes, mirando el desplazamiento del mapa. En el visor se podía ver cómo un puntero se movía de forma intermitente. De un momento a otro, el punto gris marcó la posición exacta del teléfono móvil.

—¡Está al otro lado de Central Park! ¡En la Calle 42 Oeste, esquina con la Octava Avenida! —la tensión emocional de Mike se transfirió a sus compañeros quienes, exultantes, celebraron la buena noticia.

Jamie Luther observó el mapa y señaló la entrada al metro cercano al punto marcado por el GPS.

—¡Esa es la entrada a la estación de metro de la Calle 42! Creo recordar que existía una plataforma inferior que dejó de usarse en 1981.

—Bueno, si quieres aislarte del Apocalipsis Zombie, qué mejor opción que construir un refugio en una estación de metro abandonada —reflexionó Mike.

—¿Creéis que el tipo de la máscara se oculta ahí? —interrogó Dante.

—Eso parece. En el suelo de la plataforma superior tiene que haber una compuerta amarilla. Ese es el único acceso que queda a la plataforma abandonada. Creo que deberíamos acercarnos e investigar —propuso Jamie Luther.

\*\*\*

El túnel de la estación se prolongaba hasta perderse en la oscuridad. Las paredes estaban repletas de grafitis llenos de obscenidad y mugre. En algunas partes el techo se había desprendido, y los restos se hallaban esparcidos por las vías y el andén. Dante iba a la cabeza, su capacidad de ver en la oscuridad era la mejor opción para no delatar su presencia.

—¡Mierda! —exclamó Mike en un susurro contenido—. ¡La señal ha desaparecido!

Dante se detuvo en seco, volviéndose hacia sus compañeros:

—¿Cómo que ha desaparecido? —intervino Jamie con el corazón en un puño. De inmediato arrebató el localizador que Mike le tendía.

—Hace unos momentos la señal indicaba que se hallaba en un nivel inferior, a unos kilómetros desde aquí, pero ahora se ha desvanecido —dijo Mike con un tono de preocupación.

El eco de una piedra cayendo resonó en la oscuridad del túnel, a sus espaldas. El vampiro avanzó unos pasos en dirección del ruido, intentando en vano escrutar su origen.

—¿En qué dirección marcaba? —dijo Jamie Luther, mostrándose cada vez más inquieto. Su preocupación por el bienestar de Jane iba en aumento.

Mike revisó el registro de la última actualización de la posición del GPS e inmediatamente señaló un túnel frente a ellos.

—Es por aquí. En alguna parte tiene que haber un acceso al nivel inferior.

—¿Dante? —Luther tocó el hombro del vampiro que permanecía ausente, mirando fijamente a la oscuridad del otro lado del túnel.

Este no respondió. Segundos después, el vampiro pareció despertar de un trance y asintió abriendo la marcha por el túnel. El ruido se repitió de nuevo, pero en esta ocasión sonó mucho más cerca.

Alertado, el *Nocturno* apartó a sus compañeros y repentinamente su rostro se transformó en una mueca de terror al mirar en dirección al punto de origen de los ruidos. Retrocedió unos pasos, como prediciendo la proximidad de un gran peligro.

—¡Deprisa! ¡Corred! —les gritó el vampiro, empujándolos por el otro lado—. ¡Los tenemos encima! ¡Corred!

Mike y Luther se sorprendieron, tardando unos segundos en comprender la repentina urgencia del vampiro. La incertidumbre cambió para cuando un zombie surgió de la penumbra al otro extremo de la estación. Su andar no era torpe: se movía con rapidez. Los humanos enseguida comprendieron que eso solo podía deberse a que formaba parte de una manada. En la oscuridad brotaron gruñidos y pasos acelerados. Una decena de zombies venía en dirección a ellos. No esperaron ni un segundo. Los dos entraron en el túnel, seguidos por el vampiro.

El ruido tras ellos fue en aumento como el de una marabunta que crecía sin cesar, arrasando todo cuanto encontraba a su paso. Los tres sobrevivientes corrían desesperados, buscando un lugar donde refugiarse de la marea de muertos vivientes que los perseguía. Tanto Mike como Jamie encendieron sus linternas. Ya no había razón de intentar ocultar su presencia allí. Los haces azulados iban y venían temblorosamente, apenas les ayudaban para correr sin caerse de bruces. Esto hizo que Dante apretara el paso adelantándolos. Si alguien podía encontrar un lugar donde refugiarse, ese era él.

Por desgracia las paredes embaldosadas del túnel seguían cientos de metros por delante de ellos sin mostrar ninguna abertura o compuerta. No parecía haber ningún tipo de acceso que les permitiera descender a algún nivel inferior. Fue entonces cuando el vampiro se detuvo en seco. El túnel y las vías del metro se interrumpían de golpe por una pared, la que además convertía al túnel en un callejón sin salida. Jamie Luther se detuvo al lado de Dante mirando aturdido la pared.

—¡Joder! ¡No puede ser! ¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¡Antes de la plaga habían iniciado las obras de la Línea 7! —dijo Jamie, reprendiéndose, por no haberlo recordado antes.

El ensordecedor ruido de la descomunal manada de zombies se aproximaba con escalofriante rapidez. En pocos minutos caerían sobre ellos.

\*\*\*

Los tres observaron confundidos la pared por espacio de unos interminables segundos. ¡No había escapatoria! En pocos minutos la enloquecida marea de muertos vivientes los alcanzaría y no podrían sobrevivir a ese enfrentamiento. Dante se volvió, avanzando unos metros en dirección a la única salida que había. Sabía que no sobreviviría, pero estaba dispuesto a intentar ofrecerles un tiempo extra a sus compañeros. Quizás ellos encontrasen el modo de salir de allí.

Mike sacó una navaja del bolsillo de su chaqueta y, con una mueca de dolor, la usó para cortarse la palma de la mano.

—¡Dante! —de inmediato Mike tendió su mano sangrante en dirección al vampiro. Este al ver el rojizo líquido goteando entre sus dedos regresó sobre sus pasos y sorbió. A pesar de sus deseos en saciar su sed, no deseaba debilitar demasiado a su compañero.

La energía del vampiro crecía a medida que su cuerpo asimilaba el alimento. Jamie le quitó la navaja a Mike y lo imitó, cortándose la palma y ofreciéndosela al vampiro.

Los primeros zombies estaban a pocos metros de ellos.

—¡Elévanos! —gritó Jamie sin retirar su palma de la boca del vampiro.

Dante no necesitó que se lo repitieran. Rodeó con sus brazos a sus compañeros, alzándose por los aires segundos antes de que uno de los zombies se lanzara sobre el lugar en donde ellos habían estado. El vampiro, con sus dos compañeros, remontó por el túnel levitando por encima de las pútridas cabezas de la manada. El *Nocturno*, a pesar de haberse alimentado, no pudo mantener por mucho tiempo el esfuerzo de levitar a los tres a la vez, viéndose obligado a descender sobre el abandonado andén

de la estación. La marea de zombies continuaba su avance en dirección al túnel. Por unos minutos ninguno de ellos parecía prestarles atención, siguiendo su camino por las vías.

Jamie y Mike envolvieron sus manos con una improvisada venda, al tiempo que buscaban un lugar donde recuperar el aliento.

Dante observaba la destartalada estación en busca de algún modo que les permitiera descender a la plataforma inferior, lugar en el que habían registrado la última posición del GPS de Jane Clayface. De pronto, una fisura en las mugrientas baldosas blancas proyectó un reflejo metálico que no escapó de la vista del vampiro. Moviéndose tan silenciosamente como pudo entre los cascotes que abarrotaban el andén, Dante se aproximó a la pared. Examinó la brecha, no cabía ninguna duda. Además del metal, un rayo de luz se filtraba por un diminuto agujero. El *Nocturno* introdujo sus dedos de la mano derecha arrancando un trozo de la destartalada pared.

Mike se volvió hacia las vías. Mientras tanto, uno de los zombies atraído por el ruido, intentó subir al andén. En pocos segundos se le sumaron unos cinco más.

—¿Qué demonios estás haciendo? —interrogó Mike al vampiro.

Dante se limitó a señalarle la pared metálica que se veía por el agujero abierto entre las baldosas. Sin decir nada, el vampiro cogió una piedra del tamaño de un melón y con ella golpeó con todas sus fuerzas la pared metálica, que se abolló sin llegar a romperse. El golpe, sin embargo, fue suficiente como para revelar que apenas tenía unos milímetros de grosor.

El número de muertos vivientes intentando subirse al andén se había triplicado. Dos de ellos, pisoteando a los que iban por delante, lograron subirse a la plataforma y se abalanzaron hacia ellos. Mike fue el primero en reaccionar. Sacó su Glock descerrajando un tiro en la cabeza del más cercano. De inmediato, la detonación atrajo a más cadáveres andantes que fueron a sumarse a los que intentaban subir al andén.

Evitar cualquier ruido ya era inútil. Los propios gruñidos de los zombies agrupados frente a ellos estaban atrayendo al resto de la manada. Jamie disparó al otro zombie, mientras Dante la emprendía a golpes contra la lámina de metal.

\*\*\*

—Tu hijo está creciendo con rapidez —dijo Kang mientras mostraba orgulloso la ecografía a Jane quien permanecía inmovilizada en la plataforma de metal.

El vampiro primigenio se acercó a su rehén y comenzó a acariciarle la barriga cada vez más prominente.

—Un ejemplar único. Que además es inmune al *Virus V* con el que estás infectada —pronunció el vampiro, mirando directamente a su víctima.

Jane intentó protestar, aunque no tuvo éxito. Un grueso tubo entraba en su boca hasta la garganta obligándola a tragarse la sangre que le suministraba una bolsa de transfusión.

—Sus huesos están creciendo fuertes y sanos, tanto que voy a extraerle médula ósea del hueso pélvico —La fría mirada de Kang provocó un escalofrío en Jane, que una vez más trató de liberarse de las correas que la mantenían fija en la mesa de acero.

El *Nocturno* recogió una gruesa jeringuilla en cuyo extremo ajustó una aguja de unos cuarenta centímetros de largo dejándola en el carrito de instrumental. Acercó el sensor de la ecografía a la hinchada barriga de Jane y la fijó a una altura adecuada, ajustando el brazo metálico del aparato. Luego observó la pantalla en la que se proyectaba la imagen del niño.

—Eso es. El punto es este de aquí —anunció recogiendo la jeringuilla, y sin dilación clavó la aguja en el punto marcado.

Jane vio y sintió el inexorable avance de la aguja que comenzó a ingresar por lo que sería la espalda de niño. Los miembros del indefenso nonato se contrajeron de

inmediato, simulando una reacción de dolor. Hervía de impotencia en su interior, al ser incapaz de impedir que el despiadado Kang dañase a su hijo. La impotencia se transformó en lágrimas que resbalaban por su rostro. La rabia iba en aumento en paralelo con su juramento de que no descansaría hasta matar a Kang con sus propias manos.

—Puede que pienses que tus amigos vendrán a rescatarte. Pero lo cierto es que en estos momentos la mayor manada de zombies que puedas imaginar los tiene acorralados en un túnel sin salida. Así que olvídate de una vez de ellos; nadie vendrá a rescatarte —dijo el vampiro, riéndose mientras tiraba del émbolo en donde se encontraba la muestra de médula ósea del bebé.

Una vez que tuvo la jeringuilla llena, la retiró, depositando su contenido en un vial que cerró y guardó en un contenedor refrigerado con nitrógeno líquido. Lo marcó con la etiqueta X-1, y acto seguido lo entregó al soldado apostado en el exterior de la habitación.

—Llévalo al laboratorio 3 y que lo guarden en la cámara de seguridad —ordenó Kang. Jane trató nuevamente de liberarse, pero de inmediato cesaron sus intentos debido a una repentina punzada de dolor. Tuvo la impresión de que se la estaban comiendo por dentro. Horrorizada, imaginó que su hijo estaba haciendo lo mismo que ella le hizo a su madre poco antes de nacer; beberse toda su sangre. Con mucho temor, miró el monitor de la máquina de ecografía esperando estar equivocada. La imagen le mostraba cómo su hijo aumentaba su tamaño a un ritmo más rápido que el de hacía un rato, obligando a que el interior de la vampiresa se adaptase para poder albergarlo. La criatura tendió una de sus manos, empujando la pared interior del útero. Sus dedos se perfilaron en el exterior y una nueva punzada de dolor sacudió a la temerosa madre. Si seguía empujando de aquel modo, acabaría por desgarrar el tejido, perforándole el útero.

“Por favor, detente” —suplicó Jane, enviando ese pensamiento hacia su hijo— “Vas a matarme. Detente.”

Kang observaba maravillado todo el proceso. Sin duda aquel niño sería una buena base desde la que experimentar. Un híbrido de vampiro puro con humano.

La pantalla de la máquina mostró cómo el niño retiraba la mano y se daba la vuelta poniéndose cabeza abajo. Había llegado la hora de nacer.

## LA CURA

Kan, el gran conquistador y unificador de los pueblos asiáticos, vagaba sin rumbo fijo por las estepas, esperando que su vida llegara a su fin. Lo sentía en sus huesos gastados y en su debilitado corazón. A sus sesenta y cinco años dejaba a sus espaldas un legado de conquistas y batallas como nadie había logrado jamás en dicho continente. Su agotamiento, sin embargo, hacía más difícil poder controlar la ambición y el ansia de poder de algunos de sus jóvenes generales. Fingir su muerte era, entonces, la única opción viable. Quitarse de en medio.

*“Ojalá pudiera recuperar mi juventud”.*

Con ese pensamiento brillando en su mente, vagó por el desierto. En una colina, Kan descubrió la entrada a una cueva. Esta no era la tumba que merecía un emperador; pero en ese momento, esa fue su elección. Mejor desaparecer cuando aún conservaba un poco de majestuosidad, antes de que sus seguidores lo vieran sucumbir hasta convertirse en alguien que no podía valerse por sí mismo. De ese modo, el mundo lo recordaría como el gran guerrero que había sido hasta entonces.

Su demacrado cuerpo ya se disponía a entrar en las entrañas de la caverna, cuando de pronto una voz surgió del interior de la cueva:

*“Bebe”.*

Era como una voz irreal. Una voz que parecía venir de afuera, pero también desde dentro de su cabeza. Sin dudar, Kan se adentró al recinto que parecía abandonado. Si aquella tenía que ser su última batalla, que así fuera. Ese no era momento para salir corriendo ante lo desconocido, o ante cualquier desafío que lo aguardase en el interior de la cueva.

*“Bebe”* repitió la voz.

A medida que avanzaba, el calor del lugar aumentaba obligándolo a desprenderse de la coraza de cuero endurecido, además de todos sus ropajes. Varios metros después de dejar atrás la entrada, vio una fogata ardiendo a lo lejos. En medio de sus llamas, una piedra de forma esférica resplandecía con una luz propia, más brillante que la llamada.

La voz repitió con insistencia la orden. Kan metió la mano derecha en la fogata y, mientras las llamas devoraban su piel, cogió la piedra a pesar del dolor provocado por las quemaduras. La esfera parecía palpitar en su mano. Finalmente se partió, mostrando su rojizo contenido.

*“¡Sangre de las Estrellas!”.*

El pensamiento se abrió paso en su mente. A continuación, una fuerza inexplicable que se apoderó de sus pensamientos y su mente se abrió de tal forma que su nuevo ser parecía haber hallado la verdad absoluta de todas las cosas. No comprendía cómo era posible, pero asumía que esa roca parecía provenir de la mismísima bóveda celestial, tallada tal vez por los antiguos dioses. Era el saber mítico convertido en realidad: ¡y todo encerrado en esa pequeña piedra!

*“Bebe”*

Kan obedeció sin dilación. Aunque con los años había perdido la fe en los dioses de antaño, en ese momento estaba dispuesto a aceptar cualquiera que fuera el regalo que estos le hicieran. En cuanto el rojizo líquido descendió por su garganta, el conquistador sintió como si todo su ser se quebrara cual frágil vidrio para después sentir cómo se reconstruía, uniéndose cada pedazo a fin de regenerar su cuerpo. Al borde del desmayo, Kan gritó con todas sus fuerzas, sacudiendo con su quebrada voz las paredes de la caverna.

Ese día, Genghis Kan murió para renacer como Kang, el vampiro primigenio. Desde ese momento, supo que el tiempo de las conquistas por las armas había terminado. En su interior creció el conocimiento de la verdad acerca de su auténtica naturaleza. Para ello debería aprender a conquistar desde las sombras, hasta que llegase el momento de resurgir de nuevo y reclamar su puesto como emperador absoluto del mundo entero. Ese mismo día, al anochecer, salió de la cueva en busca de la primera víctima de la cual alimentarse.

\*\*\*

Mike apretó repetidas veces el gatillo de su pistola derribando a tres zombies que se aproximaban.

—¡Dante, cada vez son más numerosos! —gritó Jamie Luther.

El *Nocturno* arremetió con la piedra contra la plancha de metal. A pesar de que sus insistentes golpes la deformaban, no lograba abrir una brecha que les permitiera cruzar al otro lado de la pared.

Desde el andén vieron cómo toda la manada ya se arremolinaba en las viejas vías, intentando subir a la plataforma donde estaban ellos. Un crujido se oyó por encima de los incesantes gemidos y gruñidos de los zombies. Dante había logrado perforar la plancha. Con los siguientes golpes, la brecha fue creciendo hasta expandirse lo suficiente como para permitirles salir de su encierro.

—¡Vía libre! —exclamó el vampiro, lanzando la roca contra uno de los zombies que los estaba acorralando contra la abertura.

Jamie le hizo un gesto a Mike para que se colase por la abertura. Dante, por su lado, se puso a su vera disparando contra los zombies con la escopeta. Mike miró a sus compañeros, unos segundos antes de adentrarse en el interior de la brecha. En el otro lado, un pasillo de paredes metálicas lo recibió sumido en la penumbra.

—¡Despejado! —confirmó Mike tras unos segundos; el tiempo necesario para que sus ojos se habituaran a la tenue luz.

Jamie y Dante le siguieron los pasos. El pasillo se prolongaba en ambos sentidos hasta girar en sendos recovecos. El aspecto del lugar no tenía nada que ver con la abandonada estación de metro. Todo parecía indicar que aquellas instalaciones aún estaban en uso.

Mike consultó el registro del localizador GPS. Aunque la señal había cesado en el aparato, estaba registrada la última posición recibida.

—Creo que es por ahí —dijo Mike, señalando el pasillo que se abría frente a ellos.

De la brecha surgieron varias manos intentando alcanzarlos. Los tres supervivientes se echaron a correr de inmediato por el pasillo, en la dirección que Mike había indicado. Los gruñidos a sus espaldas iban en aumento. Los movimientos de los cadáveres andantes iban acelerándose cada vez más.

De repente un zumbido llenó el pasillo y, a su vez, la penumbra dio paso a una destellante luz roja. Por altavoces ocultos en el techo sonó una alarma.

—*¡Emergencia! ¡Detectada brecha vírica! ¡Emergencia! ¡Detectada brecha vírica!*  
—proclamó una voz metalizada.

Dante, Mike y Jamie hicieron caso omiso de la advertencia. Continuaron corriendo. Al final del pasillo encontraron varias puertas. La que se hallaba al final de todas era la única que estaba bloqueada por una cerradura controlada por un panel numérico. Los fugitivos optaron por entrar en la primera puerta a su izquierda. Lo importante era dejar atrás a la manada de zombies.

Cerraron la puerta justo a tiempo para impedir la entrada de uno de los muertos vivientes. El empeño de este por entrar tras ellos no se detuvo, emprendiéndola a golpes con la puerta. Mike y Dante empujaron un estante, volcándolo contra la entrada. La sala parecía un lugar preparado para reuniones: había una gran mesa ovalada

circundada por sillas y se veía —además— la pantalla de un monitor que cubría casi toda la pared.

—Parece que hemos dado con la guarida donde se ha estado escondiendo la comadreja de la máscara antigás —exclamó Jamie Luther con cierta satisfacción.

\*\*\*

La sangre salpicaba los instrumentales médicos de la mesita de metal. Kang tomó al bebé recién nacido y lo examinó con cierto interés. El modo en que se había desarrollado no dejaba de ser asombroso. Mediante el uso de un utensilio, el vampiro le obligó a abrir la boca. El infante ya manifestaba los primeros dientes, aunque ninguno era afilado ni puntiagudo.

—¡Observa qué ejemplar más espectacular habéis creado tú y el humano Luther! Por el color de su piel, no se puede negar que él es su padre —dijo Kang mientras reía a medida que acercaba su rostro al bebé, ante la impotente mirada de Jane—. ¡No tiene colmillos! Si no recuerdo mal, cuando tú naciste ya tenías colmillos. De hecho los usaste para alimentarte con la sangre de tu madre.

—¿Cómo puedes saber eso? Ni mi padre ni yo se lo contamos a nadie —replicó Jane sin apartar los ojos de su hijo.

Kang se volvió y entregó al recién nacido a uno de los soldados que montaba guardia en la sala.

—Llévalo al centro de aislamiento. Dile a Kingsfield que le saque muestras de sangre y tejido. De ella me encargo yo —dijo Kang sin dar muestras de verse afectado por los insultos y los desesperados gritos de la madre, que intentaba liberarse para recuperar a su hijo.

El soldado salió, seguido de su compañero que transportaba un contenedor con los restos de la placenta y el cordón umbilical.

Kang cerró la puerta tras ellos y volvió su atención hacia Jane. Sus dedos activaron una máquina que contenía un depósito conectado a una bomba. De pronto, las luces del aparato parpadearon hasta quedar encendidas. El vampiro cogió un fino tubo transparente que terminaba en una aguja hipodérmica; a continuación la clavó en el brazo izquierdo de Jane.

—Verás, durante mucho tiempo os seguí de cerca a ti y a tu padre. Presencé tu nacimiento escondido entre las sombras. A decir verdad, me considero como si fuera tu tío. Pero por desgracia llega un momento en la vida en que uno ha de romper con los lazos familiares, de otro modo estos no me hubieran permitido evolucionar y planear toda esta conquista —dijo Kang para después pulsar un interruptor de la máquina y activar la bomba. Al instante, el tubo se tiñó de rojo.

Al principio las primeras gotas de sangre cayeron perezosamente en el depósito. Segundos después el flujo aumentó.

—¿Qué me estás haciendo? ¿A dónde has llevado a mi hijo? ¿Qué le vas a hacer?

—la angustia perforaba el corazón de Jane, como un puñal incandescente. Había jurado que vengaría la muerte de su padre y la de Ellis, pero en ese momento sentía que las fuerzas se le desvanecían y tuvo la certeza de que nunca cumpliría ese juramento, además tampoco podría proteger a su hijo recién nacido.

—En pocos minutos no quedará ni una sola gota de sangre en tu cuerpo. Para suerte tuya, antes de quedarte seca, tu cerebro ya se habrá apagado y yo tendré la sangre de la única *Nocturna* no convertida. Tan solo necesitaré limpiarla del *Virus V*. Quién sabe qué logros podré conseguir con ella —dijo, presuntuoso, Kang.

Un zumbido llenó la sala y se dispararon las alarmas. Las luces del laboratorio cambiaran a un rojo parpadeante.

—*¡Emergencia! ¡Detectada brecha vírica! ¡Emergencia! ¡Detectada brecha vírica!*

—Sonó por los altavoces.

—Vaya, parece que tus amigos han encontrado un modo de entrar. No importa, el bebé ya está lejos de aquí y a ti ya no te queda sangre —Kang miró el depósito de la máquina que marcaba el nivel de sangre extraída. Este apuntaba seis litros. Satisfecho, apretó el botón de apagado.

Se acercó al cuerpo inerte de Jane y sonrió. Luego, se volvió a la mesita de instrumentos médicos y cogió la sierra circular eléctrica. No estaba dispuesto a dejar ninguna posibilidad de que lograsen revivirla, sobre todo sabiendo que Dante había bebido la “*Sangre de las Estrellas*”. Accionó el gatillo de la sierra, que giró sobre su eje con un suave zumbido, y acercó la afilada hoja al cuello de Jane.

\*\*\*

Jack Crichton se quedó paralizado en cuanto las luces del pasillo cambiaron a rojo parpadeante. De pronto sus piernas le temblaron ante la idea de que una horda de zombies estuviera invadiendo las instalaciones subterráneas.

—¡Están aquí! ¡Maldita sea, vamos a morir todos! —gritó al borde del colapso nervioso. Sin pensarlo, echó a correr por el pasillo. Al principio no se preocupó en pensar hacia qué dirección lo guiaba el miedo. Tan solo un pensamiento acudía a su mente: “Hijo de puta. Me dijo que este sería el único lugar en donde no podrían llegar. Que si le obedecía me convertiría en un vampiro y viviría para siempre en su nuevo mundo. Tengo que salir de aquí cuanto antes”.

El día que Kang se presentó ante él, Jack no era más que un matón a sueldo que trabajaba para un mafioso en los suburbios de Queens. La promesa de poder, riqueza y vida eterna fue un incentivo más que suficiente para que aceptara abandonar su antiguo trabajo, al punto que él mismo se encargó de empujar a su exjefe lanzándolo directo a una horda de zombies.

Se detuvo en seco. Su mente racional le recordó que huir sin control no le ayudaría a sobrevivir. Conocía una ruta alterna por donde podría escapar. Aunque a decir verdad, si bien no conocía el alcance de la invasión no estaba dispuesto a averiguarlo. Giró a la derecha en el cruce, casi al final del pasillo. Allí encontró la puerta que le llevaría a la ruta de escape. Introdujo el código numérico de abertura. Al instante, los émbolos hidráulicos desbloquearon la puerta. En cuanto la abrió, no tuvo tiempo de reaccionar. La manada de zombies se lanzó hacia él impidiéndole volver a cerrar la puerta. A duras penas logró alejarse de las pestilentes garras que pugnaban por atraparlo.

Dio media vuelta y salió corriendo por donde había venido. No se entretuvo en tratar de detenerlos pues no llevaba suficientes balas como para tener éxito en un enfrentamiento directo. Su única esperanza era seguir huyendo hasta encontrar un lugar donde esconderse. Con suerte, los muertos vivientes pasarían de largo.

Los oía a sus espaldas gruñendo, chasqueando los dientes, avanzando cada vez más deprisa. De alguna forma macabra, a Jack eso le hizo recordar el murmullo de un enjambre de avispas asesinas —como los que se podía ver en los ya desaparecidos reportajes de *National Geographic*—, que furiosamente se abalanzaban sobre las abejas hasta exterminar el nido entero. Y eso, en parte, era lo que estaba ocurriendo: los zombies habían logrado entrar y no se detendrían hasta haberlos matado a todos.

Giró en un pasillo a su izquierda, no lejos de la esquina había una puerta; sin perder un segundo se coló por ahí.

Segundos después de cerrar la puerta, oyó varios gruñidos acercándose. Crichton apoyó su espalda contra la puerta y buscó con la mirada algo en el pequeño almacén en el que se hallaba, que pudiera servirle para bloquearla. Los gruñidos se iban haciendo cada vez más cercanos. Los zombies parecían moverse lentamente por el pasillo, todos habían dejado de correr sin control. Jack sudaba a mares, su corazón latía desbocado. Lleno de terror, apenas se atrevía a respirar. La manada lo estaba buscando.

\*\*\*

La sala de reuniones no tenía otra salida más que la puerta por la que habían entrado. —¿Se están marchando? —interrogó Mike completamente incrédulo a lo que sus oídos parecían estar percibiendo.

Dante y Jamie apartaron con cuidado el estante a fin de no hacer ningún ruido. El *Nocturno* tomó la iniciativa y con sumo cuidado abrió la puerta justo a tiempo para ver cómo una docena de zombies rezagados cruzaba la puerta donde estaba el teclado numérico. Permaneció en silencio y —haciendo caso omiso de los gestos ansiosos de sus compañeros—, observó el paso de los cadáveres andantes. Mientras el último de ellos aún bloqueaba la puerta, Dante se lanzó hacia él, empujándolo y asestándole un golpe certero con el puñal, para luego clavárselo repetidas veces en la cuenca del ojo hasta perforarle el cerebro. Dejó que el cuerpo del zombie se desplomase justo en el vano de la puerta. Cuando se apartó, el cadáver impidió que la puerta se cerrase. Con esto, Mike y Jamie pudieron salir de la sala siguiendo los pasos del vampiro. A lo largo del pasillo que se abría ante ellos, se oía el rumor del avance de la manada. Dante les señaló el pasillo en dirección opuesta a la manada. Mike y Luther asintieron. No había ningún otro camino por el que escabullirse.

Tras varios minutos atravesando el largo pasillo, se encontraron con una zona rectangular mucho más ancha y de la que se ramificaban tres pasillos más. Del pasillo a su izquierda surgió un hombre de rasgos asiáticos, escoltado por cuatro soldados, que transportaba lo que parecía una pelota. Jamie sintió cómo sus rodillas flaqueaban al darse cuenta de que no se trataba de una pelota sino de la cabeza de Jane Clayface. —¡NOOOO! ¡Maldito bastardo! ¡Te mataré! —gritó al instante, lleno de dolor y rabia; para lanzar, de inmediato, disparos contra los desconocidos.

—¡Jamie, no lo hagas! —dijo Dante intentando detenerlo, pero no lo consiguió.

Luther esquivó a los soldados y los derribó con el mismo impulso de su carrera, flexionó sus rodillas y saltó con los puños levantados por encima de su cabeza arqueando su cuerpo con el fin de aplastar con ellos la cabeza de su oponente.

Nunca descendió, la mano libre de Kang logró cazarlo al vuelo agarrándolo por el cuello. Acto seguido, sonrió ante la mirada de perplejidad que se había formado en Jamie. Cerró los dedos y con un rápido movimiento lanzó a Luther contra la pared, quien se estrelló con un golpe seco y cayó temblando con incesantes convulsiones. Kang observó, curioso, cómo la laringe de Jamie seguía aferrada a su puño. La sangre del humano chorreaba por su mano. Sin perder el humor, Kang la lamió con satisfacción. Finalmente, devoró el resto que tenía en su mano ante los ojos atónitos de Mike y Dante.

La reacción de estos no se hizo esperar. Alzaron sus armas y la emprendieron a tiros contra Kang y sus soldados. Dos de ellos cayeron en la primera ráfaga de tiros. El *Nocturno* asiático ya se disponía a atacarlos cuando de súbito, del pasillo a su izquierda, apareció una manada de zombies que —en segundos— atrapó a los restantes soldados, quienes inútilmente intentaron zafarse de las descarnadas garras que los aprisionaban. Kang se dio la vuelta y emprendió la fuga por el único pasillo que tenía el camino despejado. Tras él se abalanzó parte de la manada, mientras otro grupo ya estaba dando buena cuenta de los restos de Jamie Luther. Un tercer grupo, mientras tanto, decidió avanzar en dirección a Dante y Mike, quienes a duras penas lograron escapar por el pasillo del que habían surgido Kang y los soldados.

\*\*\*

Mike y Dante empujaron con todas sus fuerzas la puerta de la sala donde se refugiaron, hasta que se oyó el chasquido de los cierres hidráulicos. Ambos vieron, a través del grueso cristal, cómo los zombies seguían embistiendo la puerta incansablemente. Ante esto, Mike retrocedió unos pasos, inseguro de que el cristal

resistiese. Era preciso buscar un modo de salir de aquel atolladero.

—¡Oh, joder! —exclamó Mike al prestar atención al lugar donde se habían metido.

En el centro de la sala, una mesa de metal exhibía el cuerpo desnudo y decapitado de una mujer. Salpicaduras de sangre se esparcían por la camilla metálica en donde se encontraba el cadáver, pero principalmente en las zonas del cuello y la vagina. Mike se aproximó sintiendo como si sus rodillas fueran de goma, incapaz de asimilar el horror de lo que estaba viendo.

Dante, alertado por la agitada respiración de su compañero, se volvió, descubriendo la espeluznante escena al mismo tiempo que era incapaz de apartar la mirada de la mesa. Temblando, tendió sus dedos en pos del cadáver. En cuanto estos entraron en contacto con la fría piel, su ser se hundió en una total tristeza. Su dolor no puso en duda que aquel cuerpo inerte pertenecía a su amiga *Nocturna*.

—¡Mike! ¿Qué le hicieron? —dijo con la voz entrecortada el vampiro, mientras señalaba las partes íntimas de la fallecida.

El aludido no reaccionó ante las palabras de su compañero. Su mirada no podía desviarse del cuello cercenado. El recuerdo de Kang llevándose la cabeza de Jane como un trofeo parecía atropellar su mirada.

—¡Maldita sea, Mike! ¡Tienes que ver esto! —le gritó Dante, logrando romper el trance catatónico al que se había visto arrastrado por su compañero.

Cuando por fin logró volver a la realidad, Mike observó a su alrededor y descubrió las evidencias dejadas por un parto.

—¿Jane estaba embarazada?

—Y no solo eso, sino que llegaron a extraerle el niño—incluso el propio Dante sintió que sus palabras habían sonado demasiado frías.

—¿Pero cómo es posible? No han pasado ni cuatro días desde que la secuestraron —dijo Mike conteniendo el llanto.

—Jane era una *Nocturna* no convertida. A diferencia de los humanos, la concepción se produce a un ritmo muy acelerado. Sus capacidades regenerativas superan incluso a las de un *Nocturno* primigenio —explicó el vampiro mientras hacía una pausa—. Imagino que el padre era Jamie... Su reacción ante el asesino de Jane lo dejó muy claro.

Mike asintió. Aunque en un principio creyó que Jane y él podrían tener una relación más allá de la de compañeros de supervivencia, todo eso se había esfumado el día en que curaron a Jamie Luther. Desde ese instante quedó claro cuáles eran los sentimientos de ella. A partir de entonces, Mike se tragó sus sentimientos, intentando no mostrarse incómodo ante la presencia de Jamie. Ahora, ambos estaban muertos y quién sabe si su hijo no lo estaría también.

Los golpes en la puerta iban disminuyendo a medida que el grupo que los había perseguido perdía interés por ellos y centraba su atención en los gritos de terror que procedían del otro lado del pasillo.

El *Nocturno* miró su entorno. No cabía ninguna duda de que se hallaban en el interior de un laboratorio. A su derecha había otra mesa con tubos de ensayo, cámaras frigoríficas, microscopios y varios ordenadores, uno de los cuales estaba en marcha mostrando una imagen ampliada. En esta se veía una incubadora en cuyo interior descansaba un bebé. Sobre la cubierta de la incubadora había una etiqueta impresa con la palabra “varón”. La imagen cambió, y un soldado ataviado con una máscara antigás empujó la incubadora por un largo pasillo. Dante comprendió que estaba viendo las imágenes de una cámara de seguridad. En la parte inferior se veía sobreimpreso: “Centro de Aislamiento”.

—¡El bebé está vivo! —exclamó Dante, volviéndose hacia Mike—. El hijo de Jane y Luther está vivo.

\*\*\*

La puerta del laboratorio había resistido los embates de los zombies, pero ninguno de los dos se atrevió a salir, aun cuando ya no se veía a ninguno de ellos rondando por el pasillo. En otras ocasiones ya habían visto la capacidad de las manadas para urdir una emboscada.

Dante se sentó frente al ordenador. Quizás desde allí podría activar el resto de las cámaras de seguridad y localizar a la manada, o incluso a Kang. Una a una fue activándolas. Una de ellas estaba marcada como “SALIDA TÚNEL ESTE”; pudo ver cómo el *Nocturno* huía al exterior de las instalaciones por un túnel que parecía conducir a la orilla de un río. Detrás, le seguía muy cerca un numeroso grupo de muertos vivientes. De vez en cuando el vampiro detenía su avance para encararse con los zombies a manos desnudas. Su fuerza y rapidez superaban a la de cualquier otro vampiro.

—¿Cómo es posible que sea tan fuerte y rápido? Ahora mismo tiene que estar expuesto al *Virus V* y ya debería de mostrar síntomas de agotamiento tal como Jane y tú habéis sufrido siempre—interrogó Mike tras cubrir el cuerpo de Jane con una sábana.

—Creo que la única explicación que puedo dar es que ha obtenido la “*Sangre de las Estrellas*” de otro *Nocturno* primigenio y se la ha bebido —afirmó Dante sin dudar.

Mike lo interrogó con la mirada. Por lo que él sabía, Vlad Draco había sido el primer vampiro.

—Hace miles de años cayeron del cielo tres rocas esféricas. En el interior de estas se custodiaba lo que llamamos “*Sangre de las Estrellas*”. La primera fue descubierta por Vlad en la época sumeria. Otra la encontró Pietro Stromfeld en una excavación arqueológica en Saqqara. Al final, descubrimos que había un tercero que había estado moviéndose en las sombras, enfrentándonos los unos contra los otros y creando las *Guerras Vampíricas*. En los registros de este ordenador he descubierto que ese tercer *Nocturno* primigenio es el mismísimo Genghis Kan, solo que ahora se hace llamar Kang —de pronto cesaron sus palabras.

—¿Te encuentras bien? —la pregunta de Mike era más bien retórica ya que sabía de sobra que tarde o temprano Dante necesitaría alimentarse de nuevo.

De súbito levantó la cabeza, sus ojos se clavaron en el texto del último registro que había leído. Su cansancio lo había llevado a leerlo sin atención, pero aún así su mente logró captar un párrafo que acabó por asimilar: “Cura Prueba X-00789, eficacia inicial en el 97 % de los casos”.

—¡Joder! ¡El muy hijo de puta tiene una cura para el *Virus Z*! —exclamó eufórico.

Como activado por un muelle, el vampiro se irguió hacia las anotaciones para memorizar el código y empezar a rebuscar en los tubos de ensayos de las cámaras frigoríficas correspondientes.

—¡X-00789! ¡Es la cura! —gritó animando a Mike para que mirase a las demás cámaras.

Tras varios minutos de búsqueda, finalmente Dante halló unos cincuenta tubos etiquetados con ese código. Mike y Dante saltaron de alegría. Por fin, después de todas las pérdidas sufridas, tenían en sus manos una cura para el *Virus Z*.

Dante continuó leyendo las anotaciones en el registro del ordenador, y toda la alegría inicial se esfumó al descubrir un pequeño detalle en cuanto a la cura universal:

—¡Mierda! Esta cura solo se puede administrar por inyección subcutánea —aclaró a Mike, quien al oír la noticia vio cómo la felicidad del vampiro se derrumbaba cual castillo de naipes.

—¡Joder! ¿Cómo vamos a suministrar la cura a más de trescientos millones de personas que hay tan solo en nuestro país? ¡No quiero ni pensar en el total de zombies que habrá en todo el mundo! ¡Nunca lograremos erradicarlo! —dijo Mike con

impotencia.

La respuesta por parte del vampiro fue el silencio. Cerró los ojos para después caer desplomado encima del teclado del ordenador.

## EL REFUGIO

En un principio el olor a sangre le llegó suavemente, luego se hizo más intenso. Dante abrió los ojos y vio ante sí un contenedor de plástico lleno de sangre. El depósito marcaba unos seis litros de aquel preciado líquido. Con pesadez, el vampiro introdujo uno de sus dedos en el depósito. Lentamente, acercó su extremidad teñida de color carmesí a sus labios. En todos los años que llevaba siendo un vampiro, nunca había bebido sangre como aquella. Su sabor era especialmente intenso. No necesitó pensar mucho para darse cuenta del origen del líquido vital.

—Estaba en esa máquina —explicó Mike—. Sin duda, Kang la extrajo para alguno de sus oscuros propósitos. Al parecer, la invasión de zombies lo obligó a huir dejando olvidado el recipiente.

Dante miró, indeciso, a su compañero. La idea de alimentarse de la sangre de la difunta Jane Clayface no le atraía demasiado. Mike se limitó a encogerse de hombros.

—A ella ya no le sirve de nada, y a ti te puede salvar la vida.

Tras esas palabras, Mike tendió al *Nocturno* las bolsas de transfusión vacías, que estaban abandonadas sobre una de las mesas.

—Llena todas las que puedas y bébete el resto. Al menos tendrás el suministro asegurado durante un tiempo.

El *Nocturno* no respondió, limitándose a seguir las indicaciones del humano. Mientras tanto, Mike volvió su atención hacia los contenedores refrigerantes en los que habían encontrado la cura al *Virus Z*. Al revisar uno de los estantes inferiores, descubrió un objeto semejante a una jeringuilla, salvo que en su parte posterior exhibía un plumero de hilos rojos. Abrió el contenedor, tomó el extraño utensilio entre sus dedos mientras lo observaba con curiosidad. Al segundo, en su mente se recreó la imagen de un veterinario usando una de esas jeringuillas con una cerbatana para anestésicar a un león.

—¡Bendito sea *National Geographic* y sus documentales! —exclamó Mike sonriente.

Cogió uno de los tubos de ensayo que contenía la cura e introdujo su contenido en la jeringuilla-dardo. Ahora, tan solo necesitaba un modo de lanzar el dardo a uno de los zombies que aún deambulaba por el complejo subterráneo. Volviendo hacia la máquina con la que Kang había extraído la sangre de Jane, en la parte superior Mike vio un tubo rígido que conectaba con una bomba de extracción. Aunque al principio las tuercas de sujeción se resistieron, finalmente, cedieron permitiéndole sacar el tubo. Deslizó el dardo en el interior del tubo a fin de comprobar que el diámetro era el adecuado. Satisfecho, miró a Dante mientras sonreía.

—Me voy de caza. No abras la puerta hasta mi vuelta —dijo, apretando el botón de apertura que llevaba al pasillo, sin hacer caso de las protestas de su compañero.

Ya fuera del laboratorio, Mike avanzó con cuidado, evitando hacer cualquier tipo de ruido que pudiera atraer a alguna manada. Al llegar de nuevo a la intersección de los pasillos, lugar en donde Kang había asesinado a Jamie, encontró a un zombie arrodillado sobre los restos de su amigo. Los ojos inexpresivos y sin vida de Jamie miraban en su dirección. Mike cerró los ojos unos segundos, intentando que la imagen que tenía enfrente no se grabara para siempre en su memoria.

Metió el dardo en la improvisada cerbatana y apuntó a la nuca del zombie para después soplar con todas sus fuerzas. La jeringuilla-dardo salió despedida clavándose en el cuello del muerto viviente. Alertado por el impacto, el zombie se volvió hacia Mike enseñando sus dientes ensangrentados, como un animal rabioso. Se levantó de un saltó y avanzó con inesperada rapidez hacia el asustado Mike quien, petrificado, era

incapaz de hacer otra cosa más que mirar cómo el zombie se le venía encima.

\*\*\*

Unos golpes en seco resonaron en el cristal de la puerta del laboratorio. Dante se volvió, y para sorpresa suya vio cómo Mike sostenía a un zombie. De inmediato, el vampiro corrió a abrirle la puerta.

—Se derrumbó a los segundos de inyectarle la cura, pero será mejor que nos aseguremos de tenerlo inmovilizado para el caso de que la cura no funcione —explicó Mike, mientras que vampiro lo ayudaba a arrastrar el fétido cuerpo.

Junto a la camilla de metal, donde yacía el cuerpo de Jane, ambos se quedaron mirando la mesa por un espacio de segundos. Sin embargo, por mucho que les doliera, nada podían hacer por ella. Soltaron las correas que aún sujetaban al cadáver y —entre los dos— lo tendieron en un rincón de la sala. Mike, sin embargo, se negó a sacarlo al exterior del laboratorio; al menos no aún.

Tendieron al zombie en la mesa y lo sujetaron con las correas justo a tiempo, ya que segundos después empezó a sufrir fuertes convulsiones. Sin perder de vista la reacción ocasionada por la cura, ambos supervivientes observaron cómo las células se iban regenerando y sustituían a las infectadas por el *Virus Z*. A Mike este proceso le recordó a una serpiente mudando la piel, ya que a los pies de la mesa se comenzó a acumular una masa gelatinosa en la que se podía distinguir los restos de los órganos infectados que, además, desprendían el olor de la materia orgánica en descomposición.

Dante recogió las bolsas de transfusión y las guardó en la mochila-nevera.

—Voy a salir. No podemos quedarnos encerrados en este laboratorio —sentenció Dante tras asegurarse de que la escopeta estaba cargada.

—Quizás sería buena idea intentar recuperar el control de estas instalaciones. Podría convertirse en una buena base de operaciones —argumentó Mike.

El vampiro pareció disentir y estuvo a punto de expresar su desacuerdo, sin embargo optó por callar. En el fondo, sabía que Mike tenía razón. Aquel lugar era sin duda la mejor opción.

—Iré inspeccionando y cerraré el acceso a cada zona que encuentre libre de zombies. Con suerte, si no podemos echarlos a todos, quizás podamos aislarlos en un área concreta del complejo subterráneo —convino Dante—. Eso puede incluso facilitarnos la tarea de curar a los que podamos.

El zombie se agitó intentando liberarse de las ataduras, aunque quizás *zombie* ya no fuera la mejor palabra para describir al sujeto amarrado a la mesa. Una parte de su cuerpo aún seguía bajo el dominio de la infección. Aunque su rostro todavía supuraba pus y sustancias negruzcas; sus manos y piernas, en cambio, parecían estar completamente regeneradas.

El *Nocturno* apretó el control de apertura de la puerta y tiró del cargador de la escopeta.

—¡Volveré! —afirmó, con el rostro serio, antes de salir al pasillo y perderse tras la esquina más cercana.

Mike no supo si reír o llorar ante la ocurrencia del vampiro de emular a Arnold Schwarzenegger en *Terminator*. Aunque se preguntó si realmente lo habría hecho intencionadamente.

De improviso, un grito desgarrador lo alarmó y se volvió hacia la mesa, a tiempo para ver cómo la piel de la cabeza del zombie se desprendía a jirones, dejando paso a la nueva piel y a los nuevos órganos. El grito se vio ahogado cuando de la boca, a borbotones, surgió materia en descomposición que el nuevo cuerpo rechazaba. Mike corrió a la mesa y aflojó las correas lo necesario como para girar al infectado y ponerlo sobre su costado, para evitar que se ahogase con la sustancia negra que vomitaba. No

era la primera vez que presenciaba aquel proceso regenerativo. Él mismo había pasado por algo similar cuando Jane lo curó. Sin embargo, esta nueva cura actuaba con más rapidez que la que había desarrollado Ellis.

\*\*\*

La zona de intersección de los pasillos estaba vacía, salvo por los restos medio devorados de Jamie Luther. Dante torció el gesto al ver las dentelladas en el cuerpo inerte. Los humanos que eran curados del *Virus Z* desarrollaban inmunidad al mismo, lo que les impedía contagiarse de nuevo, pero esto no evitaba que pudieran morir de las heridas causadas por los mordiscos de los zombies. A Jamie, Kang le arrancó la garganta, pero su cuerpo seguía vivo cuando los muertos vivientes se abalanzaron sobre él para devorarlo.

Dante examinó la boca del pasillo que conducía al laboratorio en donde Mike estaba probando la nueva cura. En la parte superior distinguió una ranura que podría ocultar una puerta de seguridad. En alguna parte tendría que verse algún dispositivo que activase la puerta. Para su suerte, a su derecha encontró un botón rojo cubierto por una tapa de plástico: la levantó y apretó la pieza. De un tirón descendió la gruesa puerta que bloqueaba el acceso al pasillo.

—Bueno, al menos el laboratorio está a salvo —murmuró para sí.

El *Nocturno* avanzó hasta el otro extremo del pasaje y se asomó en busca de zombies o algún soldado de Kang. A primera vista no parecía que hubiera ningún peligro inmediato. Se volvió de nuevo, para cerciorarse de que la puerta permaneciese cerrada, y se adentró en el pasillo. Un tenue sonido se oía a unos pocos metros de distancia. Era algo parecido a un rítmico golpeteo, que se repetía cada quince o veinte segundos. Dante avanzó sin bajar la guardia, dispuesto a apretar el gatillo de la escopeta al menor indicio de la presencia de zombies.

En la penumbra distinguió el origen del sonido. Una puerta se abría y cerraba de forma automática. Aparentemente no lograba cerrarse por completo al tropezar con un obstáculo. Se trataba de unas piernas embutidas en lo que parecía un uniforme militar. El resto del cuerpo, sin embargo, no estaba. Había sido arrancado de cuajo.

El vampiro inspeccionó la sala y una vez que se aseguró de que no existía ningún riesgo, entró en ella apartando las piernas de una patada. Luego de ingresar, la puerta se cerró a sus espaldas. Su rostro se mudó a una sonrisa de satisfacción. Aquel lugar era una armería completa, abastecida de todo tipo de armas y municiones. A su izquierda descubrió un soporte de color azul, que custodiaba dos rifles y cuatro pistolas. Estas armas eran distintas al resto. Dante se aproximó de inmediato a mirarlas de cerca. En el mismo anclaje había dispuestos varios pequeños depósitos de color plateado.

—¡No me jodas! —exclamó el vampiro, cogiendo una de las pistolas.

Deslizó la culata dejando a la vista un hueco en el que encajaba a la perfección uno de los depósitos plateados. Cogió uno y lo ajustó en la parte trasera del arma. La examinó y apuntó contra la pared, para después apretar del gatillo. La pistola dejó escapar el sonido hueco del CO<sub>2</sub> expulsado. En una mesa cercana, Dante vio un maletín color marrón. Al abrirlo, encontró la pieza faltante. Era la munición indicada para ese tipo de arma. Comprobó que estaban todas vacías, y cogió una de las jeringuillas-dardo: encajaba a la perfección en la pistola. Devolvió la jeringuilla al maletín, cogió otra pistola y varios depósitos, guardándolos en la mochila que llevaba a su espalda.

De pronto, una presión comenzó a apoderarse del tobillo de su pie izquierdo. De inmediato un escalofrío recorrió su espalda. Dante bajó la mirada justo a tiempo para descubrir cómo la parte superior del soldado-zombie surgía por debajo de la mesa con las fauces abiertas, dispuesto a pegarle un buen bocado a su pierna.

\*\*\*

De una rápida patada, Dante se libró de la esquelética garra de su atacante, dando un salto hacia atrás. *Ipsa facto*, inclinó el cañón de su escopeta dando un tiro certero directo a la cabeza del zombie, la cual estalló como un melón podrido esparciendo sangre y sesos por la sala.

Recuperando su compostura, el vampiro se dedicó a recoger varias cajas de municiones para la escopeta, guardándola en la mochila. Con un gesto de desagrado cogió las dos partes del soldado muerto, una por la pierna y la otra por el brazo, para luego arrastrarlo a las afueras de la armería. Si tenían que instalarse allí, convenía hacer una *limpieza* de zombies y cuerpos en descomposición. Regresó sobre sus pasos y dejó los restos junto al cadáver de Jamie.

De improviso, la soberbia figura del vampiro asiático Kang se interpuso en su camino. La primera reacción de Dante fue de completa sorpresa, pero al segundo, la inercia le hizo levantar el cañón de la escopeta dispuesto a dispararle a bocajarro. Su rapidez fue en vano. Su movimiento no se acercaba en lo más mínimo a la velocidad del vampiro Kang, quien de un zarpazo le arrebató el arma para después golpearlo con ella.

—Al instante en que te vi supe que tenías la “*Sangre de las Estrellas*” corriendo por tus venas. Por ese motivo he vuelto en busca de lo que me pertenece—dictaminó Kang, golpeándolo de nuevo con la culata de la escopeta.

Dante se desplomó sobre los restos humanos del soldado y Jamie. Kang, sin dar muestras de temer un contraataque de su contrincante, se inclinó sobre este y lo alzó, cogiéndolo por el cuello. Por unos segundos se sintió tentado de arrancarle la garganta como ya había hecho con Jamie; sin embargo logró controlar su ansiedad de muerte. Necesitaba que Dante siguiera vivo para cuando le extrajera la “*Sangre de las Estrellas*”. El vampiro, atrapado en la fuerte garra de Kang, intentó zafarse, pero la potente presión que ejercía su enemigo lo obligó a desistir. Acto seguido, decidió soltar rápidamente el cierre de las correas dejando que la mochila cayera al suelo. El vampiro asiático lo miró algo sorprendido y, sin darle importancia alguna a la acción de su enemigo, sacó del bolsillo de su pantalón una jeringuilla. De una sacudida, el cuerpo de Dante se estrelló contra la pared como si se tratase de un muñeco de trapo. Con una velocidad impresionante, Kang se aproximó al vampiro herido, quien todavía no se recuperaba del suceso, y alzando la jeringa se la clavó en la parte posterior del hueso de la cadera, aunque sin llegar a apretar el émbolo. De repente, el vampiro asiático sintió un pinchazo en la espalda. Aunque Kang actuó con rapidez, arrancándose la jeringuilla-dardo que se había clavado en su espalda, esta ya había vaciado su contenido. Aturdido ante el suceso, Dante aprovechó para retirar rápidamente la jeringuilla clavada en su cadera evitando que el suero entrara en su cuerpo.

Kang, ignorando al vampiro, avanzó desconcertado en dirección a la figura que se ocultaba en la penumbra del pasillo, a su izquierda. Lo primero que pudo observar fue una sonrisa, y luego un tubo de plástico sostenido por el sujeto. Era Mike. Kang no necesitó más pistas para comprender que el humano había sido el autor de dicho acto. De pronto, la temperatura corporal del aturdido vampiro aumentó. Kang apenas dio un paso, tambaleó, y cayó de bruces contra el suelo. Lo último que pudieron ver sus ojos fue la imagen del humano junto al *Nocturno* llamado Dante.

—¡Bienvenido de regreso a la humanidad! —rió Mike—. Tus días como *Nocturno* han llegado a su fin. No eres el único que tenía el suero de Ellis.

Kang, que antaño fue el guerrero más temido de toda Asia, yacía indefenso e incapaz de evitar que su cuerpo expulsara la “*Sangre de las Estrellas*”. Gimió y en vano intentó ponerse en pie, pues sus torpes rodillas parecían quebradas.

Mike y Dante lo arrastraron hasta el laboratorio, tenían que recoger la “*Sangre de las Estrellas*” y ponerla a buen recaudo.

\*\*\*

David, atónito, observaba cuanto ocurría frente a él. Apenas habían transcurrido unos días desde que le inyectasen la cura y aún tenía momentos en los que parecía que su cerebro entraba en un estado de aletargamiento. Veía a sus compañeros moviéndose frenéticamente de un lado a otro de la sala. En la mesa del laboratorio, el cuerpo de un zombie se agitaba convulsivamente. Entendía que si no había algún contratiempo, este se convertiría en el segundo humano recuperado con la nueva cura.

David agitó la cabeza en un intento por recuperar la claridad de su mente. No obstante, el efecto fue justamente el contrario. Sentía la podredumbre arrastrándose en el interior de su cabeza, intentando recuperar el control, extendiéndose como un tumor. Se irguió, manoteando en el aire. Su cuerpo, ocasionalmente, parecía reaccionar sin razón. El hombre se llevó las manos a la cabeza como si temiera que fuera a explotar. Un grito desgarrador se oyó por toda la habitación.

Mike y Dante se volvieron sorprendidos.

—¡Mierda! —exclamó Mike abalanzándose sobre el desfallecido David.

—¿Qué le ocurre? Creí que la cura era efectiva.

Mike examinó las pupilas de David. En ellas no observó ninguna reacción.

—En los registros estaba anotado que funcionó en un 97 % de las pruebas... —de pronto un chasquido interrumpió a Mike. Un borboteo de su propia sangre emergió repentinamente empapando de inmediato su camiseta. Producto de la consternación, su cuerpo cayó sobre el creciente charco que se había formado en el suelo.

Por unos instantes, Dante quedó petrificado ante el horror de ver a su amigo con la yugular arrancada de un mordisco. Detrás de él se alzaba su verdugo, con el reguero de sangre resbalando por sus labios a medida que masticaba el bocado de carne cercenado del cuello de Mike. David ya no era humano, ni tampoco un zombie, más bien parecía un híbrido de ambos. Solo sus ojos habían recuperado el color blancuzco de los zombies. Gruñó como un animal rabioso y saltó en dirección al vampiro, dispuesto a atacarlo. El *Nocturno* alzó la escopeta y apretó el gatillo dos veces. El impacto de los perdigones lanzó a David contra la pared, y este se agitó como una araña herida moviendo sus patas desesperadamente, tratando de darse la vuelta. El vampiro no lo dudó y aproximándose a él, le disparó dos veces más, directamente a la cabeza.

La escalofriante risa de Kang estalló, llenando el laboratorio:

—¡Di adiós a tu amigo! —exclamó entre risas.

El *Nocturno* se lanzó al rincón en el que tenía preso a Kang, y aprovechando el impulso estrelló su puño contra el rostro del prisionero. Una veta de sangre brotó de los labios de Kang que, con placer, se relamió esbozando de nuevo su desquiciada sonrisa.

—¡Nunca ganaréis! —sentenció Kang riendo de nuevo.

Dante le encañonó con la escopeta y con una mirada que desbordaba ira.

—¡Adelante! ¡Mátame!

El *Nocturno* sintió el deseo de arrancarle la vida con sus propias manos, sin embargo, también sabía que haciéndolo no iba a devolverle la vida a ninguno de sus amigos. Impotente, se alejó del prisionero, quien una vez más dejó oír su frenética risa.

En la mesa, el cuerpo infectado ya había iniciado el proceso de expulsar las células infectadas. Dante fue consciente de que en aquellos momentos Kang era el único ser humano vivo del que tenía constancia. Salvo los soldados, quienes lograron huir de la invasión zombie, todos los demás habían perecido o se habían convertido en zombies. Tampoco sabía si quedaban vivos otros *Nocturnos* aparte de sí mismo. Por lo que sabía, podía ser el último de su especie. Esos pensamientos le trajeron a la mente las palabras que Kang acaba de gritarle: “¡Nunca ganaréis!”.

Quizás tuviera razón. Tal vez no era posible exterminar al *Virus Z*. Quizás sería mejor

sentarse y esperar el fin. Los ojos del vampiro se posaron en Kang, quien no dejaba de disfrutar del espectáculo.

\*\*\*

Varios gemidos guturales desviaron la atención de Dante. Dirigiéndose hacia la mesa de acero observó cómo el proceso de regeneración del infectado había finalizado. El vampiro, esta vez, se aproximó con precaución, tras lo ocurrido con el último intento de curar a un zombie. Entre la sustancia pestilente que rezumaba por el borde de la mesa, se podía distinguir el cuerpo algo pálido de un hombre de unos treinta y cinco años. Un nuevo gemido brotó de los labios amoratados del personaje. El *Nocturno* comprobó el pulso en la muñeca. Su ritmo cardíaco era débil, aunque constante.

—¡Ten cuidado, no te vaya a morder! —gritó Kang estallando en risas.

Dando un giro inesperado, Dante saltó sobre el prisionero y lo golpeó repetidas veces en el rostro. Desde que lo había capturado y revertido a humano, Dante trató de controlar su deseo de arrancarle la vida, del mismo modo que Kang lo había hecho con Jane y Luther. Tan solo el pensamiento de que ejecutarlo era como brindarle una muerte rápida, lo desanimaba. Primero tenía que responder a preguntas clave.

—¿A dónde han llevado al hijo de Jane? ¿Qué es lo que quieres de él? —Dante era consciente de que probablemente no recibiría ninguna respuesta, sin embargo, quizás acabara por ceder.

Obligó a Kang a levantarse y —a empujones— lo llevó fuera del laboratorio. Lo condujo hasta la sala de las celdas y lo encerró en una de ellas, tras encadenarlo a unas argollas que sobresalían de la pared del fondo. A través de los barrotes de la puerta, escrutó el rostro asiático de Kang en busca de una muestra de miedo o arrepentimiento; sin embargo, lo único que vio fue una total falta de empatía por todo el dolor y el sufrimiento que había causado.

—Esta es tu última oportunidad. ¿Adónde han llevado el hijo de Jane?

En respuesta, el vampiro meneó la cabeza con un gesto de desaprobación.

—Si esto es lo que quieres, es lo que tendrás —dijo Dante y sacó la pistola de CO<sub>2</sub> del interior de su mochila. Introdujo en ella una de las jeringuillas-dardo y apuntó al prisionero—. Verás, entrar en los registros del laboratorio no fue muy difícil y del mismo modo que identificamos los viales que contenían la cura más efectiva, también identificamos los que contenían el *Virus Z*.

Sin dudar apretó el gatillo, y la jeringuilla salió despedida clavándose en el ojo de Kang. El dolor atropelló la integridad del asiático, De inmediato se sacó la incrustación del ojo a medida que lanzaba un grito. La jeringuilla estaba vacía para cuando cayó al suelo. En segundos la piel de su cara empezó a palidecer, expandiéndose como una explosión cuyo epicentro era el blancuzco globo ocular donde se clavó la mezcla.

—Quizá nunca logremos vencer este puto virus que tú creaste. Pero ten por seguro que tú nunca lo verás —dijo Dante.

El *Nocturno* no se quedó a contemplar el resto del proceso. El último vistazo que dio a través de los barrotes de la celda le permitió ver cómo la piel del rostro de Kang se cuarteaba y se le desprendía en jirones. De su boca brotaron babas negras y pestilentes. Kang ya no era humano y, por lo que a Dante le concernía, lo mantendría encerrado hasta que se cansara de oír sus gruñidos. Pero ese no sería aún el día final. Para Dante, el justo castigo que merecía Kang era que viviera en su propia carne lo que él mismo le había hecho a toda la humanidad. La diferencia estaba en que —para Kang— no habría ninguna dosis reservada de la cura. Kang nunca volvería a ser humano.

## BANGOR

Dante cerró la compuerta de la sala refrigerante. En su interior había guardado dos viales que contenían la “*Sangre de las Estrellas*” que había obtenido al transformar a Kang en humano.

“*Kang*”.

El nombre le sobrevino con un escalofrío, y con el recuerdo de que aún lo tenía encerrado en una celda, convertido en un zombie; doble razón para ser exterminado. Frente a eso, algunas veces el *Nocturno* se sentía tentado de acabar con la vida de su cautivo disparándole en la cabeza; sin embargo, al final siempre cambiaba de opinión. Encerrado y encadenado como estaba, el zombie-Kang ya no era una amenaza.

De regreso al laboratorio, Dante se cruzó con Jake, quien había sido uno de los primeros curados con la nueva fórmula. Verlo continuamente le recordaba a sus compañeros perdidos. Una nube de tristeza ocasionalmente ensombrecía sus ojos.

—Te estaba buscando: ¿te encuentras bien? —le preguntó Jake.

—Sí, solo pensaba en todo lo que ha pasado. Hemos perdido a muchos por el camino: Mike, Jamie, Jane...

—Referente a Jane, creo que deberías ver algo. Luke ha encontrado la posible ubicación de la otra base.

—¿Luke? Le dije que tenía que tomárselo con calma. Necesita descansar tras el proceso de cura —Dante no intentó ocultar su enfado—. ¡Joder! ¡No podemos arriesgarnos a perder a nadie más!

Jake se encogió de hombros, dando a entender que había hecho cuanto había podido para lograr persuadirlo.

—Por lo visto, Kang hizo construir un entramado de bases subterráneas en la que él y sus seguidores permanecerían hasta que hubiese muerto el último de los tuyos. Después de eso, seguro acabarían con los zombies a fin de instaurar un nuevo orden bajo el dominio de Kang —explicó Jake—. Tan solo pensaban curar al diez por ciento de los humanos, para convertirlos en una raza de esclavos.

Cruzaron la intersección principal de pasillos, llegando finalmente al laboratorio. Dentro de la habitación, Luke se encontraba sentado frente al monitor principal del ordenador, fingiendo no ver el enojo del vampiro.

—¡Tienes que ver esto! —apretó varias teclas y la imagen de la pantalla cambió, dando paso a una secuencia de vídeo. En ella se veía a un niño de unos tres años rodeado por dos hombres y una mujer. Todos vestían batas blancas y mascarillas de tela. La mujer clavaba una jeringuilla en el brazo del niño para extraerle sangre, al mismo tiempo que uno de los hombres exponía la piel del niño a una lámpara de rayos ultravioletas. Al principio, el chiquillo lucía imperturbable, pero poco a poco fue perdiendo la paciencia y de un puñetazo lanzó al hombre de la lámpara ultravioleta contra la pared, mientras que de una patada apartó a la mujer. Una vez liberado de ellos, se elevó unos metros por encima del suelo. Su dulce cara se había transformado en una mueca de rabia y dolor. Allí mismo, flotando por los aires, su cuerpo creció pasando a tener el aspecto de un niño de diez años.

—¿Ese es el hijo de Jane? —interrogó Dante, sin apartar la vista de la pantalla.

—Sí, y es un humano con las habilidades de un *Nocturno* —afirmó Jake—. No tiene colmillos, ni es sensible a la luz, pero tiene la misma fuerza que uno de los tuyos.

Nuevamente, en la pantalla se veía al niño lanzar a otro hombre contra la pared. A continuación, avanzó hasta el extremo de la sala en la que se hallaba la puerta blindada de la celda. Llevado por la rabia, el chico golpeó repetidas veces la gruesa

puerta de metal que se abollaba a cada puñetazo. Poco a poco la furia se fue apaciguando, hasta que cayó completamente dormido.

—Me imagino que llenaron la sala de gas somnífero —indicó Jake.

—¿Podemos averiguar dónde lo tienen preso? —consultó Dante.

—No estoy seguro, pero intentaré descubrir todo lo que pueda —convino Luke.

\*\*\*

Dante empujó la compuerta y salió al exterior de la estación de metro de la Calle 42 Oeste. Ya habían pasado tres semanas desde que Mike, Jamie y él se habían adentrado por aquel camino, en busca de la base oculta de Kang. Tras él venía Luke acompañándole. Antes de salir, se cercioraron de cerrar la compuerta principal. Sería una catástrofe si se colara alguno de los zombies.

No sabían si por la zona rondaba alguna manada, así que optaron para mantener un estricto silencio. Aparentemente todo estaba tranquilo, por lo cual emprendieron su camino. Ascendieron por las escaleras que comunicaban con la calle. Luke fue el primero en asomarse. Tal y como lo habían previsto, el sol ya ocultaba sus rayos por detrás de los rascacielos dando vía libre al *Nocturno*.

La calle estaba completamente desierta. En el suelo figuraban periódicos amarillentos y hojas de los árboles que revoloteaban en suaves remolinos de brisa. Avanzaron hasta el aparcamiento. El siguiente paso del plan era averiguar si alguno de los coches allí abandonados podría servirles como medio de transporte. Por lo que Luke había logrado averiguar acerca de la ubicación de la otra base, les esperaba un trayecto de unas siete horas en coche. Si estaba en lo cierto, la otra base se hallaría en las afueras de Bangor, en el estado de Maine.

Ya en el aparcamiento, a su izquierda vieron tres coches en las plataformas elevadas, y bajo ellas tres plataformas más. Luke señaló una camioneta Nissan de color blanco, junto a la salida del aparcamiento que conectaba con la Calle 43 Oeste. La elección no fue hecha al azar. Tras tratar de abrir la puerta, Luke se quitó la mochila y de su interior sacó un destornillador plano y una tira de brida. Se acercó a la puerta, insertó en la parte superior el destornillador haciendo palanca, lo suficiente como para permitir que pasara el lazo formado con la brida. Luego hizo descender el lazo hasta situarlo en el pitón del seguro, para después tirar de la brida estrangulando el pitón. Un tirón hacia arriba, y la puerta se abrió al instante.

A Dante le sorprendió la habilidad del humano. Luke sonrió, aunque aún quedaba trabajo por hacer. Sacó dos varillas, una de ellas dentada y la otra con un extremo doblado. Entró en el vehículo, colocó la varilla con el extremo doblado en la parte inferior de la cerradura de contacto y pasó la otra dentada por la parte superior. Después le dio la vuelta y repitió el mismo rastreado en la zona inferior de la cerradura. Una vez hecho eso, giró la varilla doblada y el motor rugió, al principio con pereza, para luego hacerlo a plena potencia.

El *Nocturno* rodeó el vehículo mientras Luke abría la puerta del acompañante. Dante se sentó sin ocultar su asombro por el muchacho.

—Todos teníamos aficiones, la mía era el *Lockpicking*. Tan solo necesité entrar en YouTube para refrescar mi memoria —explicó Luke sonriente.

—¿Aún hay internet?

—Bueno, quedan algunos servidores que funcionan con placas solares y los satélites mantienen el flujo de las comunicaciones. Pero es cuestión de tiempo; al final, si nadie las supervisa, las baterías acabarán por estropearse y adiós servidores...

El sonido de pasos errantes los alertó. Ambos callaron de golpe, manteniéndose a la expectativa. Luke paró el motor, no tendría ningún problema en repetir el proceso. Los pasos se aproximaban. Luke sacó la pistola por la ventanilla, dispuesto a abatir al zombie. Dante, sin embargo, negó con la cabeza. Ahora que tenían una cura universal,

no podían ir matando zombies alegremente. Salió del coche enarbolando la pistola de CO2. Al momento en que pudo divisar al muerto viviente, el vampiro le disparó. El dardo dio en el blanco haciendo que el zombie se derrumbase casi al instante.

—Ayúdame, lo meteremos en la parte posterior de la camioneta —dijo Dante.

Luke obedeció, aunque se mostraba reacio a tocar al zombie que ya estaba convulsionando.

—Si yo hubiese tenido los mismos reparos que tú, en este momento seguirías siendo uno de ellos —le dijo el vampiro con un tono de recriminación.

Ante aquella aseveración, Luke tuvo que ceder y ayudar a subir el cuerpo a la parte posterior de la furgoneta. Se aseguraron de inmovilizarlo bien antes de cubrirlo con la lona. No querían llevarse una sorpresa en el caso de que la cura fallase.

\*\*\*

Acercó la mano con indecisión. No podía explicar porqué sentía aquella extraña atracción hacia el zombie encarcelado. Finalmente, Jake apretó el botón y al abrirse la puerta accedió al área de las celdas.

Dante, desde un principio, se negó a dar explicación alguna en cuanto a su negativa de aplicar la cura a ese humano infectado. En realidad se negaba siquiera a hablar sobre el o los motivos para retenerlo allí. No se necesitaba ser muy listo para imaginar que tan solo podía tratarse de una persona.

“Kang”.

Como si hubiese sido capaz de leer sus pensamientos desde la celda central, se oyeron al instante gruñidos y babeos. Jake avanzó hasta allí. La reacción del zombie no se hizo esperar: se lanzó intentando alcanzar los barrotes, tensando las cadenas que lo sujetaban.

—Así que tú debes ser Kang, o debería llamarte por tu verdadero nombre: Gengis Khan —dijo el hombre, mientras los amarillentos ojos lo observaban como un depredador vigilando a una presa a la que no puede alcanzar—. ¿Sabes? Es muy instructiva toda la información que dejaste en los ordenadores de la base, como por ejemplo el dispositivo para controlar a los zombies, o al menos a algunos de ellos.

Jake extrajo la pistola de CO2 y la exhibió frente al zombie, quien de pronto dejó de gruñir.

—Veo que he captado tu atención —dijo Jake empezando a creer que el zombie tenía cierto nivel de inteligencia por encima del resto de los zombies. Sin duda, de estar suelto, este se convertiría en el líder de una manada—. Hay, sin embargo, un problema. Esta pistola no está cargada con la cura, sino con uno de tus chips de control. Creo que como esclavo podrías ser de gran ayuda. Contigo bajo control podría atraer a otros para que les aplicáramos la cura.

En respuesta, el zombie le dedicó un gruñido. Jake tragó saliva; quizás, después de todo, aquella no fuera una buena idea. Tratar de dominar al zombie podía resultar demasiado peligroso. Pero con Luke y Dante fuera de la base, la aplicación de la cura corría a cargo de él y de Annabel, aunque esta última aún estaba demasiado débil como para salir a capturar infectados.

—¿Jake? —resonó la voz resquebrajada de Annabel desde el otro lado de la sala.

La pálida mujer entró avanzando torpemente.

—¡Annabel, tienes que descansar! ¡Tu cura aún no se ha completado! —Jake corrió a sostenerla antes de que la mujer se desplomase contra el suelo.

De improviso un golpe sorprendió a Jake. Una llamarada de sangre brotó de su cuello. Annabel, mientras tanto, sonreía con los restos de la yugular de su compañero entre los dientes.

Mientras la vida se le escapaba a borbotones, Jake vio cómo Annabel pulsaba los controles para abrir la compuerta de la celda. La parte de la mujer que aun permanecía

zombie controlaba sus movimientos, y obedecía los mandatos del líder de la manada. Liberarlo de las cadenas fue un juego de niños. Las llaves colgaban en el cajetín de la pared frente a las celdas.

Con un gruñido triunfante, el Kang-zombie se abalanzó sobre el agonizante Jake y de un bocado le arrancó la piel del rostro. A dicho festín sangriento se unió Annabel. La parte humana de la mujer aullaba en su mente, intentado desesperadamente por recuperar el control de su cuerpo. Por desgracia, la otra parte era más dominante. La cura experimental había forzado a que el *Virus Z* presente en el cuerpo de Annabel mutara, volviéndose inmune a la misma, erradicando cualquier rastro de la consciencia en el infectado. Así, Annabel se convirtió en el paciente cero de la nueva cepa del *Virus Z*.

\*\*\*

La Calle Hammond, flanqueada por árboles y esporádicas casas en ambos lados, los condujo hasta el centro de la ciudad. Luke miraba con curiosidad el escenario abandonado de una ciudad que nada tenía que ver con Manhattan. Los edificios más altos contaban solo con dos plantas, en oposición a los grandes rascacielos a los que estaba acostumbrado. Nunca había salido de Nueva York, y en esos momentos lamentaba no haberlo hecho. Bangor tuvo que ser una hermosa ciudad antes del *Apocalipsis zombie*. Ahora se veían jardines descuidados y casas en mal estado.

En la parte posterior de la camioneta sonaron repetidos golpes. El conductor, de inmediato, giró el volante del coche aparcando frente a una casa de paredes blancas invadida por matorrales de hiedra.

Dante y Luke bajaron de la camioneta. El vampiro recogió la escopeta, tras lo cual avanzó con cautela hasta la parte posterior del vehículo. Luke lo seguía de cerca al tiempo que defundaba su pistola, en caso de alguna emergencia. Ya habían transcurrido unas siete horas desde que salieran de Nueva York, y no tardaría en amanecer, pero antes de preocuparse de encontrar un refugio, los viajeros querían verificar el estado en que se encontraba el pasajero inesperado que recogieron antes de iniciar el viaje.

Colocándose uno a cada lado de la camioneta, el vampiro retiró la lona que cubría la parte posterior. Tendido y atado, tal como lo habían dejado, el personaje los miraba aturdido. Su cuerpo delgado temblaba, cubierto de las células exudadas. Parpadeó e intentó articular algún sonido sin lograrlo. Luke y el vampiro lo observaron, esperando encontrar alguna pista que les revelara si la cura había resultado efectiva en el muchacho o si, por el contrario, se verían obligados a dispararle.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —murmuró el escuálido muchacho.

Dante asintió y entre los dos lo bajaron de la camioneta, aunque se negaron a desatar sus manos. Luke le indicó con un gesto la puerta de entrada de la casa. Entendido el mensaje, ambos subieron los escalones a medida que se adentraban en el inmueble, llevando consigo al desconcertado humano.

En el interior, una sala con dos butacas y un sofá se hallaba cubierta de un manto de polvo. Avanzaron con precaución a pesar de no haber visto ni un solo zombie desde su llegada a la ciudad. Frente a las butacas, una vieja chimenea aún conservaba algunos troncos chamuscados. Luke se acuclilló frente a ella y amontonó varias hojas de periódico debajo de los maderos. Hurgando en su bolsillo, asomó un gastado Zippo que llevaba siempre consigo, y prendió la chimenea. Mientras tanto, Dante ayudaba al muchacho a sentarse en una de las butacas.

—Como la mayoría de la humanidad, fuiste infectado con el *Virus Z*; pero eso ya pasó. En poco tiempo te habrás recuperado —señaló a Luke—. Él también pasó por lo mismo, pero ya está recuperado.

—¿Por qué estoy atado?

—No podemos correr el riesgo a que tengas una recaída. Créeme, no serías el primero. ¿Recuerdas cómo te llamas? —preguntó el *Nocturno*.

El aludido permaneció un rato en silencio, su rostro reflejaba el esfuerzo que le suponía rebuscar en su deteriorada memoria.

—Stephen. Mi nombre es Stephen Bachman.

—Bien, Stephen. El chico es Luke y yo me llamo Dante. Creo que soy el último *Nocturno* vivo —tras esto, el vampiro sacó de la mochila una de las bolsas de transfusiones y tomó un largo trago de sangre—. No tienes de qué preocuparte. Nos necesitamos mutuamente si queremos sobrevivir. Ahora trata de descansar, Luke se quedará vigilando.

Las llamas de la chimenea crecieron calentando el frío ambiental y reemplazándolo por un acogedor calor que acabó por envolverlos. Dante cerró los ojos. Necesitaba desconectarse de su alrededor y asimilar los últimos acontecimientos.

\*\*\*

Su cuerpo respondía a trompicones y a sacudidas. El aspecto putrefacto de sus manos no le producía desagrado ni repulsión. En realidad las sentía fuertes, aunque quizás “sentir” no era la palabra más adecuada para describir dicha sensación. Incluso era capaz de transformar sus uñas en afiladas garras. Sus sensaciones y las percepciones de su entorno no podían compararse a lo que estaba experimentando en esos momentos. Esto formaba parte de algo mayor, de una “colmena” global que amenazaba con engullirlo y convertirlo en uno más. Se irguió sobre los restos sangrientos de Jake y lanzó un gruñido desafiante que rebotó por las paredes del complejo subterráneo.

—¡Kaaaang! —farfulló entre babas negras—. ¡Yo... soy... Kaaaang!

Impuso su voluntad a Annabel, y no iba a permitir que nadie le doblegase. Su lugar estaba como líder de una manada, y no se detendría ante ningún rival. Con un gesto, obligó a la mujer zombie a obedecer sus órdenes. Esta, sin vacilar, se arrancó y devoró su propio pulgar. La nueva cepa del *Virus Z* convertía a los infectados en marionetas en manos de la voluntad de Kang. Si se expandía por todos los rincones del planeta, se convertiría en el gobernante absoluto del mundo.

Avanzaron por los pasillos de la base, hasta que finalmente accedieron al exterior en la Calle 42 Oeste. Su presencia captó el interés de una pequeña manada de zombies que, con rapidez, se lanzó contra ellos. La inteligencia colectiva percibía algo extraño en esa pareja de zombies. Eran distintos a ellos.

Kang ordenó a su compañera que se enfrentase a la manada. El enfrentamiento no duró demasiado: la mujer-zombie sucumbió a los ataques y constantes mordiscos a los que la sometían los componentes de la jauría. Como un animal acorralado, trató de defenderse atacando al que parecía ser el jefe de la manada; sin embargo, este la derribó de un golpe, momento que aprovecharon los demás para lanzarse sobre ella. Con cada mordisco, un trozo de carne era arrancado y devorado, y con ello el nuevo virus se extendía infectando a la manada.

Kang sonrió, exhibiendo sus ennegrecidos dientes y alzando su mano transformada en una afilada garra.

—¡Kaaang!

La manada trató de resistirse a la poderosa voluntad del zombie, pero finalmente cayeron presos del nuevo *Virus Z*. El sacrificio de la mujer-zombie llamada Annabel sirvió para iniciar la propagación del nuevo virus. Kang no tendría ningún reparo en repetir el mismo proceso con cada manada de zombies que se encontrara. Una nueva especie de zombies se alzaría por encima de los demás y, bajo el dominio de Kang, serían imparables.

—¡Kaaaang! —gritó de nuevo, y la manada se detuvo en seco, dejando caer los

trozos de carne que estaban devorando.

Uno a uno se fueron aproximando al nuevo líder de la manada, mostrándole su obediencia ciega a sus deseos.

\*\*\*

A la luz del día, la situación personal de cada uno suele tener un cariz distinto que en la oscuridad de la noche. Y a pesar del aspecto desolado de la calle Hammond, esta no parecía tan tenebrosa como cuando llegaron. El ir acompañando a un vampiro tenía esos inconvenientes, pero Luke sabía de sobra que las ventajas eran mayores que las desventajas. Solo bastaba con mencionar la fuerza sobrehumana que el vampiro poseía. Por esa razón, no dudó demasiado en salir a la calle a inspeccionar y buscar alimentos en cuanto asomaron los primeros rayos de sol. Se aseguró de trancar la puerta. Lo último que deseaba era que les sorprendiera un zombie mientras sus compañeros descansaban. Dante le había ordenado montar guardia, pero lo cierto es que ni tan siquiera lo intentó. En sus veinte años de vida, obedecer no había sido la mayor de sus cualidades. Por otro lado, durante su llegada a la ciudad no vieron ni un solo indicio de zombies.

Deambuló por la calle mirando en todas direcciones. A su izquierda descubrió un supermercado que exhibía un llamativo cartel triangular de color rojo donde se veía los logos de Pepsi a ambos lados. En el exterior, una máquina cuadrada, que algún día seguramente había ofrecido cubitos de hielo a los clientes, ahora era una maceta gigante de la que brotaban hojas de color verde.

Se aproximó a la puerta de entrada a la tienda. Al intentar abrirla, comprobó que las hojas de las puertas estaban bloqueadas desde dentro por una gruesa cadena. No se planteó la posibilidad de romper un cristal. La idea de que allí dentro le estuvieran esperando varios zombies, lo disuadió.

Minutos más tarde, a su derecha, encontró una estación de servicio. No tenía ni idea si con la falta de electricidad sería posible extraer combustible de los surtidores. Finalmente, optó por intentarlo más tarde en compañía de Dante y Stephen. De repente, se oyó un ruido en la lejanía. La primera impresión de Luke fue que se trataba de un pájaro o algo parecido; sin embargo, cuando volvió a repetirse, la duda lo poseyó. Esperó unos segundos; el sonido no volvió a repetirse.

Aún no había logrado encontrar provisiones, así que decidió seguir buscando al menos unos minutos más antes de regresar a la casa. El inesperado encuentro con Stephen lo obligaría a compartir las provisiones, y por ello no estaba de más encontrar nuevos suministros de comida. Miró su entorno, aquel lugar le parecía familiar aunque no era capaz de recordar el motivo. Algunas partes de sus recuerdos aún permanecían borrosas.

Siguió avanzando hasta llegar al cruce con la Calle Broadway Oeste. Más adelante, una nueva estación de servicio; esta vez con una pequeña tienda de comestibles. Quizás en ella tuviera más suerte. Ya se disponía a aproximarse al lugar cuando, de pronto, un destello en su memoria lo detuvo en seco. Recordó haber visto esa calle en alguna parte. Dio media vuelta y se adentró por la Calle Broadway Oeste. Aquella ciudad tuvo que ser una de las más idílicas de los Estados Unidos, sin aglomeraciones y rascacielos, casas no muy altas, rodeadas de frondosos árboles. Luke pensó que bien podrían establecerse allí para empezar de nuevo.

Se paró de golpe, sus ojos ahora se fijaban en una casa de ladrillos rojos. Del otro lado de una verja, dos murciélagos coronaban la cancela de entrada por los dos costados. Las puertas y ventanas del edificio eran extrañamente alargadas. Luke se preguntó si allí habría vivido un vampiro, como Dante. Quizás por eso le llamaba la atención aquel lugar.

Un nuevo destello en sus recuerdos le reveló la verdad. Estaba ante la casa de

Stephen King, el escritor de novelas de terror. Un escalofrío lo sacudió haciéndolo retroceder unos pasos. La idea de verlo convertido en zombie no le atraía en absoluto. No mientras Dante fuera el único responsable de las pocas dosis de la cura que habían traído consigo.

Un chasquido metálico sonó a sus espaldas. A su vez, el frío cañón de un arma se posaba sobre su nuca.

—No muevas ni un dedo —ordenó una voz atenuada como si hablara a través de una taza.

Una fuerte mano enguantada lo obligó a darse la vuelta. Frente a él vio a tres soldados ataviados con máscaras antigás.

\*\*\*

Un sonido se dejó oír en el exterior de la casa. Al instante, Dante abrió los ojos y se irguió sobre el sofá en donde había estado durmiendo durante las últimas horas. Frente a la chimenea, vio a Stephen con el rostro contraído en una mueca de dolor. El *Nocturno* se preguntó si la cura experimental que habían hallado en Manhattan era tan buena como indicaban los registros efectuados por los investigadores de la base. La respuesta de Luke a ella fue mucho más rápida y eficaz de lo que estaba siendo en Stephen, algo que no debía darse en un margen del 97 %, tal como señalaban los archivos.

—¿Te encuentras bien? —habló susurrando, sin darse cuenta.

Stephen no respondió. De su frente resbalaban gotas de sudor. Dante abrió el maletín que contenía los seis últimos viales de la cura que les quedaban. Aunque no tenía ni idea de lo que le había sucedido a Jake y Annabel en la base de Manhattan, sintió cierta aprensión cuando tomó uno de los viales. Acto seguido vació el contenido del mismo al interior de una jeringuilla y se acercó a Stephen, quien lo miraba con el rostro pálido y empapado en sudor.

El sonido en el exterior se repitió. Era el crujir de una vieja tabla de madera siendo pisada. Con la jeringuilla en la mano, Dante permaneció a la expectativa por si volvía a producirse el ruido.

Stephen se retorció entre temblores. Decidido, Dante le clavó la jeringuilla en la parte inferior del cuello.

—Lo siento, pero no hay tiempo de sutilezas —se disculpó mientras empujaba el émbolo de la jeringuilla.

Los temblores de Stephen remitieron casi al instante, pero fueron sustituidos por contracciones abdominales. El vampiro lo volteó obligándolo a ponerse sobre su costado izquierdo, un gesto acertado ya que el enfermo empezó a vomitar una sustancia negruzca y pestilente. Dante comprendió que el error en los registros no era acerca de su efectividad, sino que la dosis necesaria en cada caso podía variar hasta ser preciso el doble de la misma.

De pronto, la puerta de la casa salió disparada de su lugar. En segundos el salón fue invadido por soldados ataviados con máscaras antigás. El primero en entrar se lanzó contra el vampiro. Este se alzó dispuesto a defenderse. No obstante, el segundo soldado ya se había posicionado a su espalda y apretó el gatillo sin vacilar. La jeringuilla-dardo se clavó en la espalda de Dante quien, aturdido, trató inútilmente de quitársela. La temperatura de su cuerpo aumentó con rapidez antes de desplomarse sumido en la inconsciencia.

—Moveos, no podemos permitir que se pierda ni un solo gramo —ordenó el primer soldado.

El segundo soldado miró sonriente al vampiro, quien empezaba a sufrir las primeras convulsiones. Colgándose el fusil de CO<sub>2</sub> en la espalda, por un instante estuvo tentado a emprenderla a patadas con el indefenso Dante, sin embargo, la presencia del

primer soldado que lo vigilaba lo contuvo.

—Se acabaron los vampiros de una vez para siempre. Por fin los hemos exterminado a todos —dijo entre risas el repulsivo soldado.

El primer soldado no mostró interés en ello. Toda su atención estaba fija en el proceso de recogida de la “*Sangre de las Estrellas*” que llevaban a cabo los otros miembros del escuadrón. Hasta donde él sabía, Kang había caído, lo que lo convertía en el oficial al mando del último grupo de humanos vivos. Era preciso por ello encargarse de que la “*Sangre de las Estrellas*” se pusiera a buen recaudo y esa era la mayor de sus prioridades en esos momentos.

—Cuando hayáis terminado, llevadlos a la base —ordenó el primer soldado.

## EL HIJO DE JANE

Parpadeó varias veces antes de que sus ojos se acostumbraran al estrepitoso destello de la luz. Además de dolerle todo el cuerpo, tenía esa nauseabunda sensación de haber sido vuelto del revés como un calcetín. Al mismo tiempo sentía una suave sensación de calor en su brazo derecho. No era preciso fijarse en el estado de su extremidad, pues ya sabía de sobra la razón de esa sensación. El calor de la luz solar no había provocado dolor ni quemadura en su brazo, tan solo esa agradable y cálida sensación que invadía su piel.

Dante, aún perturbado por el dolor y las náuseas, decidió centrarse solo en el calor que le otorgaba el astro rey. Era una sensación que no había experimentado desde hacía años.

“*Humano de nuevo*”, se dijo.

Aquel pensamiento le produjo sentimientos encontrados. Por un lado, ya no tendría que alimentarse de sangre ni esconderse al abrigo de las sombras; pero por otro lado, esta reconversión implicaba la desaparición de su capacidad regenerativa, de su extraordinaria fuerza y rapidez, entre otras habilidades. Había, sin embargo, otra razón que le provocaba un sentimiento de melancolía. Al ser de nuevo humano, la desaparición de la raza de los *Nocturnos* era más que segura.

—Se siente bien experimentar el agradable sol de septiembre ¿verdad? —dijo una voz que surgió de unos altavoces empotrados en la pared de la celda.

Al instante, una placa de metal se deslizó por el techo, bloqueando la claraboya por la que se había filtrado la luz. De repente, varios tubos fluorescentes se encendieron, iluminando toda la habitación. Frente a él vio un cristal polarizado que le impedía descubrir lo que ocurría del otro lado del cuarto.

—¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho? —Dante lanzó las preguntas sin saber si le podían oír—. ¿Ya sabéis que Kang está muerto?

—Imagino que te refieres al hijo de Jane y Luther. El híbrido, ¿cierto? Tengo que reconocer que es un ejemplar muy interesante. Nuestros científicos están entusiasmados con sus capacidades regenerativas —dijo la voz, haciendo una pausa—. En cuanto a Kang, la palabra adecuada no es “muerto”. Aunque, por supuesto, tú aún no te has enterado que mató a tus amigos y luego escapó de la base. Se ha vuelto una de esas cosas: un zombie.

Dante se consternó ante la inesperada noticia. Por un momento se negó a creer en las palabras del desconocido; pero en alguna parte de su interior, después haber vivido lo que vivió, sabía que a esa altura todo era posible. Desde el principio supo que convertirlo en zombie y enjaularlo era demasiado peligroso.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres? —preguntó Dante.

Tras el cristal, se iluminaron varias luces que dibujaron una silueta. En ella Dante pudo reconocer a un hombre de unos cuarenta y cinco años, enfundado en un uniforme militar. Sus finos labios se curvaban en una mueca de superioridad, confiriéndole al estoico rostro un aire depredador.

—Soy el sargento Eastwood, y ahora que Kang no está en condiciones de mandar, he decidido ocupar su lugar; así que será mejor que me muestres algo de respeto pues tu vida y la de tus amigos dependen de lo que yo ordene —dijo el militar, aproximándose al cristal y dejando al descubierto su rostro—. En realidad no tengo nada en contra de los tuyos. O sea, siendo más preciso, contra los vampiros. Como te habrás dado cuenta tú ya no eres uno de ellos. La razón de mi preocupación, sin embargo, era que el número de convertidos estaba aumentando de forma alarmante, y en pocos años no

habría suficientes humanos para que se alimentaran de forma equilibrada...

—Y decidisteis exterminarnos —espetó Dante.

—En realidad no teníamos un plan de acción. Eso, hasta que apareció Kang. Muchos creímos que era algo arriesgado exponer toda la población al *Virus Z*; sin embargo, al final comprendimos que la mejor opción era privarles de alimento, y eso solo podía lograrse eliminando la población mundial durante un lapso de tiempo suficiente que nos permitiera matar de hambre a los vampiros. El error de Kang fue propagar el *Virus Z* antes de haber encontrado una cura efectiva; por no hablar de la creación del *Virus V*, que lograba acelerar el exterminio de los vampiros. Por otro lado, la buena noticia es que ya tenemos una cura viable que funciona en todos los infectados y esto es gracias a las células madre del híbrido —dijo el militar.

Las palabras de Eastwood le provocaron a Dante, nuevamente, una oleada de sentimientos encontrados.

\*\*\*

“Hheeyeee”.

La primera vez no comprendió el sonido en su mente. Hasta ese momento los sonidos se habían producido fuera de su cuerpo. Abrió los ojos, se encontraba postrado e inmovilizado en una camilla. Lo último que recordaba era el momento en que el gas inundó con violencia toda la habitación. Su cerebro intentaba asimilar todo ese extraño mundo que se desarrollaba a su alrededor.

“Bebe”.

En alguna parte de aquel lugar, *algo* lo estaba llamando. La mayor parte de sus conocimientos los había adquirido de los hombres de blanco que le extraían sangre constantemente. Sin embargo, de algún modo era capaz de acceder a información previamente almacenada en su interior. Sabía con seguridad que el nombre de su madre era Jane Clayface y el de su abuelo Vlad Draco. También entendía los conceptos de “prisión” y “cautiverio”.

“Bebe”.

Estaba seguro, además, de que lo que le estaba llamando estaba vinculado a su abuelo. Más que un presentimiento, era una sensación que recorría todo su ser.

Dobló los antebrazos, tensando las correas que lo sujetaban, y los sacudió con fuerza. De pronto, una punzada de dolor recorrió todo su cuerpo. Sus músculos se hincharon a medida que le invadía una dolorosa agonía que llegaba desde sus huesos. Apretó los labios con fuerza. No deseaba que sus gritos llamaran la atención de los hombres de blanco; no era la primera vez que sufría aquel cambio.

Un deslumbrante estallido de imágenes inundó su mente. De tiempo en tiempo, la memoria genética de su madre le transmitía nuevos conocimientos. Su cuerpo había cambiado del de un adolescente al de un hombre de unos veinte años. Su cerebro había mutado. Ya era consciente de todos sus conocimientos y podía comprender por entero toda esa información no vivida, aunque heredada.

—Sangre de las Estrellas — su voz sonó de manera grave, y en su rostro se formó una sonrisa.

Tiró con fuerza, partiendo las correas de cuero como si fuesen de papel. Se irguió en la camilla y contempló sus fuertes manos. Si bien su piel era oscura, no tenía el mismo tono que el de su padre, Jamie Luther.

Observó la puerta de la habitación: no era muy gruesa; apenas podría detener a un niño asustado, algo que él ya no era. Sabía que su madre había muerto a manos de Kang, y que los hombres de esa base obedecían las órdenes del asesino de su madre. Se levantó de la camilla, y de un tirón se desprendió de la ajustada bata blanca que entorpecía sus movimientos. Derribó la puerta de una sola patada, disparándola contra la pared del pasillo.

Giró a la izquierda y avanzó con rapidez. La insistente voz en su cabeza seguía llamándolo, guiándolo por los pasillos y recovecos de la base subterránea. El soldado Brian apareció de la nada por una de las intersecciones del pasillo. Al verlo con el aspecto de un hombre y completamente desnudo, el militar no fue capaz de reconocerlo.

—¿Quién coño eres? —le interrogó, amartillando su subfusil de asalto. Pero apenas logró terminar la frase porque su oponente se movió con la velocidad de un relámpago, golpeándole directo en la garganta. El soldado se desplomó de golpe, para morir producto de la asfixia.

El hijo de Jane Clayface no sintió pena por ese hombre. Él y todos los seguidores de Kang habían llevado el mundo a la situación en que se hallaba. Por lo que a él concernía, ese era el castigo que merecían.

\*\*\*

El hombre de la bata blanca se acercó a Dante con el escalpelo en alto. En su rostro se veía la indiferencia de la curiosidad analítica, incluso despiadada. Dante trató, sin éxito, de zafarse de las ataduras que lo mantenían inmovilizado.

—Al principio creí que el sargento Eastwood no accedería a mis peticiones. Algunas veces es difícil averiguar de qué bando es uno —dijo el hombre, aproximándose como una bailarina ejecutando su mejor número.

Depositó la punta del bisturí sobre el pecho de Dante y ejerció una ligera presión. La hoja penetró en el abdomen, mientras la sangre empezó a brotar de la herida. Dante cerró los ojos y apretó los dientes en un intento de contener el gemido de dolor que luchaba por salir al exterior.

—En realidad nunca había tenido la ocasión de examinar a uno de los tuyos, y menos a uno que vuelve a ser humano —sonrió, deslizando el bisturí como si cortase un papel—. Estoy ansioso por ver los cambios sufridos en tu anatomía.

Dejó el bisturí encima de la mesa del instrumental quirúrgico y metió los dedos enguantados en la herida, ensanchándola. El dolor que palpitaba desde la herida se triplicó, y un grito resonó, brotando como un torrente desde la garganta de Dante.

El cirujano tomó un bote de cristal, lo abrió, y con un cuentagotas tomó una muestra del líquido rojizo. Echó una única gota sobre la herida abierta. El líquido fue absorbido con rapidez. Tomó apenas unos segundos para que la herida se cerrara. Un nuevo estallido de dolor sacudió al paciente y se extinguió enseguida, como si Dante hubiese sufrido algún desmayo.

—¡Impresionante! —exclamó el cirujano.

En el mismo instante en que el líquido entró en contacto con su cuerpo, Dante supo que se trataba de la "*Sangre de las Estrellas*". La sentía ingresar a su cuerpo. Sus músculos se hincharon por unos segundos. El efecto no duraría mucho tiempo; era preciso actuar de inmediato. De un tirón, Dante arrancó la correa de su mano derecha. Segundos antes de que su fuerza volviera a los niveles humanos le arrebató el frasco al cirujano, tragándose su contenido sin dudar.

La fuerza y el vigor de su cuerpo se triplicaron. Las correas ya no fueron impedimento para escapar. Se deshizo de ellas y de un impulso se lanzó contra el hombre de la bata blanca, quien trataba de huir. Convertido de nuevo en vampiro, Dante no tuvo ninguna muestra de piedad con aquel humano. Le cogió la cabeza con ambas manos y se la giró con rapidez, desnucándolo de inmediato. Se detuvo frente al estante repleto de viales, donde vio un tubo de ensayo marcado con la letra Z.

—Veamos qué ocurre —dijo el *Nocturno*, cogiendo el vial para luego verter el contenido en la boca del difunto cirujano.

Salió del laboratorio, accediendo a un largo pasillo. El chillido estridente de una sirena inundó el lugar; por todas partes se oía el eco de botas militares corriendo

frenéticamente.

En el fondo del pasillo, un hombre desnudo se asomó. Sus manos ensangrentadas no dejaban dudas de que era el responsable de todo el revuelo. En cuanto vio a Dante, se detuvo en seco.

—¿Te la has bebido? —interrogó el desconocido al *Nocturno*.

Dante lo observaba perplejo. La piel oscura del hombre y la extraña conexión que parecía unirle a él lo llevaron a la única conclusión posible:

—¿Tú eres el hijo de Jane? ¿Cómo es posible, si tan solo eras un bebé?

El hombre desnudo no respondió. Se aproximó al *Nocturno* observándolo con cautela. Luego sonrió, al reconocer al vampiro que tenía frente a él. Algunas veces necesitaba concentrarse para acceder a su memoria genética.

—Tú eres Dante. Mi madre y tú erais amigos —pronunció, para después abrazarlo con fuerza, sin esperar la respuesta del vampiro. Era la primera vez que sentía algún tipo de afecto.

Dante no rechazó el abrazo: aquel hombre era el hijo de Jane. Él, además, había prometido a su padre que cuidaría de su hijo. Aunque quizás la palabra “cuidar” no fuese la más adecuada; Dante estaba dispuesto a dar su vida para salvarlo.

Cuando finalmente lo soltó, el *Nocturno* sonrió.

—Creo que deberíamos conseguirte algo de ropa.

\*\*\*

La sirena aullaba con estridencia, retumbando por todos los pasillos. El sargento Eastwood sostenía una escopeta mientras avanzaba a paso firme entre el frenético vaivén de sus hombres. En aquellos momentos no le importaba en lo más mínimo que vivieran o murieran. Su único objetivo real era apoderarse de la “*Sangre de las Estrellas*” que estaba custodiada en la sala de cirugía. Frente a esta, los cuerpos inertes de dos de sus soldados obstruían el paso. Esto solo podía significar que de algún modo, Dante se había liberado. Tirando del cargador, se detuvo en seco frente a la puerta de la sala.

Al entrar, el cuerpo inerte de Jack Naiper, cirujano especializado en vivisecciones, dejaba suponer que el preciado líquido escarlata había sido tomado por el enemigo. Cerca del cadáver, el bote de cristal confirmó su sospecha.

—¡Mierda! —exclamó furioso Eastwood. Su intención de convertirse en el sucesor de Kang se acababa de esfumar.

De pronto, una fuerte garra apresó su tobillo. En el instante en que intentó virar hacia su contrincante, el cuerpo de Eastwood fue a dar contra el suelo. Fue entonces cuando el sargento pudo reconocer el rostro del cirujano, lleno de secreciones negras y gusanos retorciéndose en su boca, quien —además— lo arrastraba hacia sí. Eastwood intentó librarse forcejeando, pero la fuerza que mostraba el médico zombificado no era la misma que habían desarrollado los demás zombies.

“*¡Si tan solo pudiera llegar hasta el puñal que llevo sujeto al tobillo!*”, susurraba en su cabeza.

En segundos, el rostro del zombie estuvo a la altura del suyo. Eastwood gritó, intentando reunir las fuerzas necesarias para librarse del muerto viviente, fue entonces cuando de la boca de este brotó un torrente de gusanos y mocos negros que entró a raudales en la boca del militar, inundando su garganta.

Al borde de la locura, producida por la desesperación y el deseo de sobrevivir, los dedos de Eastwood alcanzaron el broche a presión de la correa de sujeción del puñal. Abriendo la funda, pudo asir el mango del cuchillo para lograr sacarlo de un solo movimiento y clavarlo contra la sien de su atacante. El primer impacto no pareció afectar al zombie. El sargento arrancó el puñal, y a continuación lo clavó repetidas veces hasta que el zombie se desplomó sobre su costado.

Eastwood se apartó, encogido, entre retortijones. Las náuseas habían cesado, aunque no estaba seguro de haber escupido toda la porquería que había entrado por su garganta. Aspiró con fuerza y se metió los dedos en la boca tan profundamente como fue capaz. Una nueva arcada de náuseas lo sacudió, sin embargo no logró vomitar. Haciendo un esfuerzo mayor, consiguió que de su garganta brotara una mezcla de saliva, bilis, secreciones negras y larvas que se retorcieron en el espeso charco formado a sus pies.

—¡Joder! —gritó con desesperación, sin dejar de meterse los dedos hasta tocarse la campanilla.

En su evacuación, creyó ver unas finas vetas rojizas de posible sangre. Irguiéndose con nerviosismo, el soldado se recostó contra el apoyo más cercano, en espera de haber actuado con la rapidez necesaria.

Miró en el estante y sus labios se curvaron en una fina sonrisa. Cogió el vial marcado como *anti-Z*, cargó el contenido en una pistola-jeringuilla y se aplicó una dosis completa de la cura. Poco a poco su corazón se fue recuperando de la taquicardia. Recogió la escopeta y abandonó la sala. No iba a permitir que el vampiro se saliera con la suya; lo encontraría y le extraería de nuevo la “Sangre de las Estrellas”.

Rebuscó en sus bolsillos hasta que halló un ligero dispositivo del tamaño de un teléfono móvil. Deslizó su dedo por la superficie y el aparato se iluminó, mostrando un teclado táctil y un mensaje en la pantalla:

“INTRODUZCA LA CLAVE DE ACCESO”.

Pulsó las teclas correspondientes y la pantalla cambió a la imagen de un botón de color rojo rodeado por letras en color blanco.

“Protocolo de extinción”.

—¡No escaparás tan fácilmente! —gritó Eastwood, depositando el pulgar sobre el botón.

La pantalla se iluminó, parpadeando varias veces con una secuencia de colores. En respuesta, se oyó el eco de una detonación.

Repentinamente, un soldado entró tambaleándose. Tenía las manos crispadas sobre su pecho. Eastwood retrocedió, mientras dibujaba una sonrisa al ver que las nanobombas injertadas en los soldados estallaban y los infectaban con el *Virus Z*. Cargando su escopeta, disparó contra la cabeza del soldado. Era mejor eso que dejarlo convertirse. Según sus cálculos, la base tenía una dotación de quinientos soldados, que ahora serían quinientos zombies.

—A ver como te las apañas ahora, maldito vampiro —murmuró para sí.

\*\*\*

Luke y Stephen retrocedieron asustados ante el ruido sorpresivo de la puerta metálica. Ninguno de los dos confiaba en que los soldados, por muy *humanos* que fueran, resultaran menos peligrosos que los zombies. Por la hendidura, se coló la bulla de la sirena y de voces gritando. Ninguno logró imaginar lo que podía estar sucediendo a las afueras de su celda. El ver a Dante entrar en la sala de celdas, acompañado por un hombre ataviado con uniforme militar, los desconcertó aún más.

—¡Tenemos que marcharnos ahora! —les ordenó el vampiro.

No se lo pensaron ni un segundo y salieron deprisa hacia el pasillo.

—¿Quién es él? ¿Cómo has abierto la cerradura? —consultó Luke.

Mientras tanto, el hombre vestido de militar les enseñó una tarjeta magnética y sonrió.

—Es el hijo de Jane —respondió Dante, sin perder la agitación del escape.

—¡Eso es imposible! —replicó Luke—. Tú dijiste que se trataba solo de un bebé.

Stephen se limitaba a mirar de reojo al desconocido. Apenas habían transcurrido unos días desde que lo rescataron de su estado zombie, y ahora se veía huyendo de unas instalaciones militares.

Frente a ellos apareció un grupo de soldados tambaleándose; todos haciendo señas de un malestar que provenía de su pecho. Sus actitudes simulaban el deseo de querer extirparse algo del tórax. Entonces sucedió. Ante la incrédula mirada de los prófugos, de pronto la tropa comenzó a convertirse en zombies. Apenas sucedido esto, el hijo de Jane empujó a un lado a sus nuevos compañeros y antes de que los zombies saltaran sobre ellos, los encaró con una rapidez muy superior a la de un vampiro primigenio. Su puño derecho impactó de lleno en el pecho del primer zombie atravesándolo por completo, para luego girar sobre sí mismo y arrancarle la cabeza a otro zombie como si se tratara de un juguete viejo.

Dante no perdía ni uno solo de los movimientos del muchacho. Nunca había visto a nadie capaz de efectuar dichas proezas.

Sorpresivamente, uno de los zombies atacó al hijo de Jane por la espalda al tiempo que otro se lanzaba a sus pies. Mientras el híbrido intentaba zafarse de uno, el otro le arrancó de cuajo parte del cuello. El hijo de Jane gritó de dolor; con una sola mano cogió a su atacante y le retorció el cuello hasta separarlo de su cabeza. En tanto, de una patada destrozó la cabeza de un tercer zombie.

Sus rodillas flaquearon, obligándolo a caer sobre ellas. La herida en el cuello le palpitaba como un corazón extra. Sus compañeros se lanzaron a su ayuda. Para cuando Dante llegó junto a él, ya se ponía nuevamente de pie. Increíblemente, la mordedura había desaparecido por completo.

—¿Cómo es posible? —exclamó el vampiro.

Luke se aproximó, mirando sorprendido al muchacho. De repente, desde el fondo del pasillo resonaron frenéticos pasos.

—Deprisa, es hora de salir de aquí —urgió Stephen. En ese mismo instante, una nueva explosión retumbó en un pasillo cercano.

—¿Y qué hay de la cura? Aquí tenían una versión mejorada —exclamó Luke—. En los registros que hallé en la otra base así lo confirmaban.

Dante miró a sus compañeros, no había tiempo para discusiones ni explicaciones.

—Si mis sospechas son ciertas, la cura ya la tenemos —dijo señalando al hijo de Jane—. Y si me equivoco, ya pensaremos en cómo regresar, pero ahora es mejor salir de aquí.

Stephen recogió las armas de los cuerpos inertes de los soldados de inmediato, y las entregó a sus compañeros.

—Si es así, no conviene que se exponga demasiado. No importa lo rápido y fuerte que sea. Sin él no hay futuro.

A pesar del abastecimiento de armas, las municiones no eran suficientes en la situación en la que se encontraban. Avanzaron por el pasillo, extremando las precauciones. Nuevas explosiones se sucedieron simultáneamente y, de igual forma, varias jaurías de zombies aparecieron dispuestos a cazarlos.

\*\*\*

Avanzaban con rapidez por los pasillos, seguidos de cerca por los cada vez más numerosos zombies. Encontrar el camino de salida de la base les parecía similar a querer escapar del laberinto del Minotauro. Giraron a la izquierda, para encontrar que un nuevo pasillo se extendía frente a ellos.

—¡Qué sorpresa! Me alegra que me hayáis evitado la tarea de cazaros uno a uno —dijo una voz desde el fondo del pasillo. Era el sargento Eastwood, quien mostraba su rostro extremadamente pálido.

El grupo se detuvo en seco. A sus espaldas, el rumor del avance zombie no cesaba. Aunque se asomaba con una actitud intimidatoria, a cada paso que daba, Eastwood era víctima de espasmos que sacudían su cuerpo. En una de esas sacudidas, el cuerpo del sargento se dobló expulsando babas negras y larvas.

—¡No vais a salir con vida de aquí! —gritó amenazante el militar, con un sonido que llegaba desde su garganta y se asemejaba al chapoteo de una cloaca.

Dante tiró del cargador de la escopeta y apuntó directo a la cabeza del militar. Su dedo ya se deslizaba para tirar del gatillo cuando se vio interrumpido por el imprevisto salto del militar que logró derribarlo. Parapetado encima del vampiro, el sargento se arrastró hasta llegar a la altura de su cabeza, y entre convulsiones abrió su boca dispuesto a soltar una carga de babas negras y larvas.

El hijo de Jane de inmediato agarró por el hombro al sargento convertido en zombie y lo arrojó por los aires, hasta que colapsó contra una pared. Los huesos del zombie crujieron. Su brusca caída, sin embargo, no le impidió sobreponerse al instante. Intentando sorprenderle, Luke se acercó enarbolando una pistola y apretó el gatillo dos veces. Los proyectiles impactaron en el pecho del zombie quien no detuvo su avance.

Un pastoso gorgoteo brotaba de la garganta del militar zombificado.

—¡Ya están aquí! —exclamó Stephen, disparando a los primeros zombies que llegaban por el otro lado del pasillo.

Enfurecido consigo mismo por el modo en que fue derribado, Dante se puso en pie y recogió la escopeta, disparando al zombie militar. Este se ladeó en el último segundo, evitando que el impacto le alcanzase en el pecho, aunque perdió su brazo izquierdo con el disparo. Sin inmutarse, el zombie emprendió una vez más su ataque. Los zombies del fondo del pasillo se agitaron, nerviosos, moviéndose con rapidez.

—¡Mierda, se está formando una manada! —exclamó el vampiro.

Disparó de nuevo sin lograr acertarle. La conexión que permitía la inteligencia colectiva de la manada ya se había completado, y con ello se modificó por completo su comportamiento. Por detrás del sargento zombie apareció un nuevo grupo de soldados zombies. Aunque el hijo de Jane tenía una fuerza impresionante, su presencia no sería suficiente para enfrentarse a los centenares de zombies que ya los habían rodeado.

Luke disparó seis veces abatiendo a cuatro de ellos. Después de ello el chasquido metálico del percutor le anunció que no le quedaba munición.

—¡Hay que encontrar el modo de salir de aquí! —gritó Stephen sin perder de vista a los zombies. Luke, mientras tanto, inútilmente recorría con su mirada el pasillo en busca de alguna puerta o abertura que los ayudase a escabullirse.

A un gruñido del sargento zombie, la manada se lanzó contra el último grupo de sobrevivientes del *Holocausto zombie* que Kang y sus seguidores habían desatado sobre el mundo, en un afán por exterminar a los *Nocturnos* para después gobernar la Tierra.

Dante apretó el gatillo y con ello comprobó que él también se había quedado sin munición. Tirando el arma, su mente se preparó para lo que sería una lucha cuerpo a cuerpo contra los muertos vivos. Extendiendo sus dedos, sus afiladas garras se prepararon para la contienda.

## LA CURA UNIVERSAL.

Sin pensárselo ni un segundo, el hijo de Jane cogió a Luke de las axilas y lo alzó a medida que comenzaba a levitar. Dante tardó unos breves segundos en reponerse de la sorpresa, pero, acto seguido, imitó la proeza del híbrido cogiendo a Stephen. El vuelo de ambos pasó rozando el techo por encima del grupo de zombies opuesto a donde estaba el sargento zombie. A varios metros de la invasión, aterrizaron para después salir a la carrera hasta ponerse totalmente a salvo.

—¿Cómo puedes hacer eso? No eres un *Nocturno* —preguntó Dante sin dejar de correr.

—No olvides que mi madre sí lo era. Aquí me hicieron muchas pruebas, pero ya hablaremos de eso —respondió el vampiro mestizo.

Giraron por un pasillo a la derecha y llegaron a una intersección. Luke señaló una puerta de lo que sin duda parecía ser un ascensor. Stephen se abalanzó hacia allí y apretó el botón de llamada repetidas veces sin recibir respuesta alguna. La sirena de alarma seguía aullando obligándolos a hablarse a gritos.

—Debe de tratarse de un protocolo de seguridad que bloquea todas las salidas —argumentó Luke. Dándose la vuelta, el hombre avanzó hasta otra puerta dándoles libre acceso al grupo—. Probemos por aquí.

Entraron a tropel cerrando la puerta a sus espaldas. Pocos minutos después, oyeron llegar a la manada en ese instante se abrieron las puertas del ascensor provocando gruñidos de sorpresa de los zombies.

No habían tenido tiempo de buscar algún mueble con el bloquear la puerta, Luke y Stephen apoyaron la espalda contra ella. En realidad no serviría de mucho, pero quizás podría darles el tiempo necesario para encontrar el modo de salir de allí. En la sala no había ninguna puerta, tan solo un montón de cajas de cartón. Por suerte, Dante examinó uno de los conductos de aire, tiró con fuerza hasta lograr desencajarlo por completo.

—¿Tienes un nombre? —le preguntó al hijo de Jane mientras dejaba a un lado la rejilla. El muchacho permaneció en silencio, como esperando a que su memoria genética le ayudase a obtener respuesta alguna.

—Creo que mi madre deseaba llamarme como mi abuelo. Así que supongo que podéis llamarme Vladimir —respondió.

—Vlad Luther. Ese será tu nombre a partir de ahora- —dijo Dante haciendo señal de una sonrisa.

Varios golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Dante apoyó su espalda contra la puerta mientras Vlad ayudaba a Luke y a Stephen a colarse por el respiradero. Una vez a salvo, Vlad los siguió. En cuanto Dante vio cómo el pie de Vlad desaparecía por el interior del respiradero, echó a trepar. No tenía más que unos pocos segundos antes de que la manada lograra derribar la puerta. Repentinamente, justo en el momento en que se colaba por el respiradero, la puerta cedió abriéndose de golpe. El primero en irrumpir en la sala fue el sargento zombie quien de inmediato se lanzó enarbolando un hacha que descargó contra la abertura del respiradero. A duras penas, Dante logró esquivar el ataque, echó una mirada al enfurecido zombie y se lanzó a la carrera a cuatro gatas por el interior del conducto. Mientras huía, un pensamiento se repetía de forma incesante en su mente: *“Este no es como los demás”*

Fue en ese momento en que le asaltó el recuerdo del vial que había vaciado en la boca del cirujano muerto. Quería crear una distracción que les permitiera mantener ocupados a los soldados. No pensó, sin embargo, que en aquel laboratorio pudieran

estar creando variaciones del *Virus Z*. Pero, si eso era así, ¿cómo demonios se infectaron los soldados?

\*\*\*

El conducto de ventilación los llevó hasta el otro lado de las instalaciones subterráneas. El primero en salir fue Vlad Luther, que sin problemas arrancó de una patada la rejilla. Accedieron a una sala de grandes dimensiones en las que se veía un túnel con raíles. Los cuatro sobrevivientes inspeccionaron el lugar buscando cualquier indicio de presencia zombie o alguna pista que les indicara cuál era el mejor modo de salir del complejo.

Luke se acercó a un panel electrónico que parpadeaba incesantemente. En la pantalla del mismo, un indicador en rojo informaba que se habían activado los protocolos de contención. Tiró de la parte inferior del panel dejando al descubierto un teclado táctil transparente.

—Intentaré anular el bloqueo de contención. Quizás pueda reabrir las puertas —explicó Luke tecleando órdenes en el terminal.

Dante escrutaba el túnel en busca de cualquier señal que delatase a la manada. Ya habían comprobado las dos puertas con cierres hidráulicos de la sala y ambas se encontraban cerradas. El único modo de llegar hasta allí era por el conducto de ventilación o por el túnel.

—¿Adónde conducirá este? —preguntó Stephen uniéndose a Dante en el borde del andén—. Parece una parada de metro.

Dante permaneció en silencio, su mente seguía dándole vueltas al recuerdo de cuando vertió el vial en la boca del cirujano muerto.

—No podemos ganar, ¿verdad? —intervino Stephen con pesadumbre, como quien suelta un peso que lleva demasiado tiempo acarreándolo.

El *Nocturno* se volvió hacia él, aunque no respondió.

—Sé que tenemos la cura y es posible que podamos recuperar algunos humanos más. Pero ellos son millones. Por lo que sabemos, el mundo entero está infectado. La Tierra ya no pertenece a los humanos, ahora vivimos en *Mundo Zombie* —A pesar de la angustia reflejada en esas palabras el rostro de Stephen parecía relajado.

La sirena de alarma cesó de golpe. Los instantes de silencio fueron tan abrumadores que ninguno de ellos se atrevió a romperlo.

—He eliminado el protocolo de contención. La base volverá a estar operativa en segundos —explicó Luke con cierto optimismo en los labios.

Dante miró a Stephen y señaló a Vlad.

—Tú viste lo que ocurrió cuando uno de los zombies le mordió. La herida se curó con rapidez y no se ha infectado con el virus. Él es la clave de la supervivencia de nuestras especies. Es muy probable que no podamos salvar al mundo entero, pero al menos podemos intentar crear zonas libres de zombies —la respuesta del vampiro logró apaciguar la inquietud de Stephen, pero no la suya propia. Sus acciones podían haber desencadenado la propagación de una nueva cepa del virus y no había forma de saber si la cura sería efectiva contra la nueva versión del *Virus Z*.

El chasquido de los engranajes hidráulicos de las puertas anunció que se habían desbloqueado. Acto seguido, se oyó el golpeteo de un pesado metal en el interior del conducto de ventilación. Todos se volvieron hacia la abertura. El sonido parecía que se aproximaba cada vez más.

—¿Qué demonios? —exclamó Luke acercándose al agujero en la pared de donde procedían los ruidos.

—¡No! ¡Aléjate de ahí! —gritó Dante intentando advertirle.

La advertencia, sin embargo, no le llegó a tiempo. El hacha surgió por el conducto clavándose directo en la frente de Luke, quien se desplomó con la incredulidad

reflejada en su rostro y las manos aferrando al mango del hacha en un inútil gesto por arrancársela de la cabeza. Con un gorjeo de aguas pútridas, surgió del conducto el sargento zombie, que de un tirón recuperó el hacha dejando un reguero de sangre y materia gris. Esbozó una salvaje sonrisa mientras elegía a su próxima presa.

\*\*\*

Vlad y Dante reaccionaron saltando al mismo tiempo sobre el sargento zombie. En respuesta al ataque, el zombie sacudió el hacha intentando asestar un mortal golpe contra el vampiro. Aunque no le acertó con la hoja, el arma impactó encima de la cabeza del *Nocturno*, quien atontado retrocedió trastabillando y acabando por perder el equilibrio desmoronándose. El sargento zombie avanzó hacia él con la intención de repetir el golpe. Fue en ese momento en el que Vlad aprovechó para atravesarle la espalda con su mano convertida en una afilada garra. La extremidad del híbrido se abrió paso hasta emerger por el pecho. Luego, con la misma violencia que entró el brazo, este salió. El zombie avanzó sin detenerse ni dar muestras de derrumbarse a causa de las heridas infligidas. Su única preocupación era descargar el hacha en el cráneo del vampiro. Intempestivamente, Stephen, quien tras recuperarse del aturdimiento inicial, tras presenciar la muerte de Luke, se apoderó de la escopeta que yacía al lado de su difunto compañero, tiró del cargador y apretó el gatillo contra el sargento zombie. Un reguero de sesos bañó la habitación. De la cabeza del zombie no había quedado rastro alguno, sin embargo, el cuerpo no dejaba de dar pasos inciertos rumbo al vampiro. El zombie finalmente se desplomó.

Vlad y Stephen corrieron hacia donde yacía Dante, aun sumido en la inconsciencia. En la parte superior del cráneo del vampiro brotaba sangre copiosamente. Esta lucía una brecha de cuatro centímetros desde donde se podía ver la fractura del cráneo. Stephen apartó a Vlad, quien miraba la herida con curiosidad. Luego de observar la lesión, el hombre rebuscó entre los cajones de todos los muebles de la sala, hasta que encontró unos alicates finos, regresó junto al vampiro.

—Su capacidad regenerativa se hará cargo de la herida, pero antes debo retirar las astillas —dijo Stephen mientras arrancaba la manga de la camisa del vampiro que usaba para limpiar la zona alrededor de la herida—. No es el mejor modo de hacerlo, pero no tenemos tiempo para ser más cuidadosos.

Cogió las pinzas, e intentando no pensar demasiado en lo delicada que era la situación, retiró todas las astillas de hueso clavadas en la masa encefálica. A medida que transcurrían los segundos, el hueso craneal crecía decidido a sellar la herida. Cuando retiró el último trozo, Stephen apoyó la tela empapada en sangre intentando limpiar la herida con total delicadeza. Justo a tiempo, la piel de la cabeza empezó a regenerarse hasta que la herida se cerró por completo.

Con un gemido, Dante abrió los ojos. El preocupado rostro de Stephen fue lo primero que vio. Recuperando la lucidez, el vampiro logró tener conciencia de que sus dos compañeros seguían con vida, no obstante, su cara se ensombreció al ver el cuerpo sin vida de Luke. Stephen siguió la dirección de sus ojos y comprendió la reacción del vampiro.

—No pudimos hacer nada por él. Lo único que podemos hacer es llorar su muerte y seguir adelante —afirmó Stephen.

Vlad se aproximó y extendiendo su mano al vampiro le ayudó a incorporarse.

—Aún quedan los otros soldados zombies. Es preciso dejar de huir y enfrentarnos a ellos. Creo que este lugar será tan bueno como cualquier otro para empezar de nuevo —sonó la voz de Dante algo gangosa debido al aturdimiento que se negaba a abandonarlo—. Por lo que sabemos, la otra base ha sido asaltada, así que no tenemos motivos para regresar a Nueva York.

Stephen se aproximó al panel de control en el que había estado trasteando Luke antes

de morir. Sus ojos se desorbitaron de asombro al leer el texto de la pantalla.

—Según dice aquí, en estas instalaciones hay muestras de una nueva cura elaborada a partir de la sangre de Vlad, una cura universal que es efectiva contra el *Virus Z* y el *Virus V* —dijo mientras su rostro exhibía una amplia sonrisa.

Dante volvió su rostro hacia él y exclamó:

—¡Ha llegado la hora de reclamar esta base como nuestra!

Sus dos compañeros asintieron resueltos a acabar con los zombies que aun quedaban en la base subterránea de Bangor.

\*\*\*

Profiriendo maldiciones, Dante rebuscaba entre los utensilios de los armarios algún rastro de la nueva cura o por lo menos algo de munición. Se detuvo en seco sin dejar de maldecir.

—La "*Sangre de las Estrellas*" que extrajimos de Kang la guardé en una de las cámaras refrigerantes de la base en Manhattan —explicó a sus compañeros—. Si la queremos recuperar tendremos que regresar allí.

Vlad negó con la cabeza.

—De momento eso no es prioritario. Con un *Nocturno* primigenio tenemos más que suficiente —dijo con serenidad el híbrido. A medida que pasaban las horas, Vlad se comportaba cada vez más como un adulto—. Ahora lo que importa es hacernos con el control de esta base y asegurarnos de que los zombies no la puedan asaltar de nuevo.

Dante no insistió. Aunque no lo confesaría a sus compañeros, el sentimiento de culpabilidad por la muerte de Luke lo estaba persiguiendo desde la aparición del sargento zombie y, además, le atosigaba el convencimiento de que él era el responsable de propagar un nuevo tipo de zombies. Por ello estaba decidido a dejar de tomar decisiones y ceder el papel de líder a Vlad.

—No entiendo demasiado cómo funciona esto, pero creo que tengo acceso a las cámaras de seguridad —anunció Stephen.

Vlad y Dante se reunieron junto a él, frente al panel de control y, efectivamente, en la pantalla del terminal podían verse varios recuadros que mostraban imágenes de diferentes localizaciones de la base. Dante señaló una en la que se veía unos veinte zombies congregados frente a una puerta marcada con letras grandes: ANDÉN MERCANCÍAS.

—Creo que estamos al otro lado de esta puerta —señaló el vampiro.

Otra de las cámaras mostraba la sala por la que ellos habían accedido al conducto de ventilación. Allí el número de zombies superaba el centenar. Estos, al parecer, se apelotonaban intentando trepar hasta la abertura del conducto.

Stephen señaló unos indicadores en la pantalla.

—Creo que estos son los controles del tren. Parece que está aparcado en el exterior de la base. Quizás sería buena idea traerlo hasta aquí —sugirió el humano.

Vlad asintió y miró expectante a Dante. Este, sin embargo, retrocedió.

—No, no, no lo sé...

Vlad y Stephen miraron extrañados al vampiro sin comprender qué pasaba por su cabeza. Consciente de las miradas de sus compañeros, Dante se derrumbó sobre sus rodillas y entre sollozos explicó a estos que había vertido el contenido de un vial en la boca del médico muerto con la intención de crear una distracción. Lo seguro era que este había infectado al sargento con la nueva variante del *Virus Z*.

Vlad se le aproximó y lo ayudó a incorporarse.

—Luke murió porque actuó contra el sentido común al acercarse al conducto. A ninguno de los restantes se nos ocurrió acercarnos, pues intuíamos el peligro. Luke murió por su propia acción—argumentó el híbrido sin mostrar ni un ápice emotivo en su voz—. Ahora levántate y prepárate para pelear. Si tenemos que recuperar la base no

podemos vacilar ni un instante.

Vlad avanzó hasta la puerta del andén y examinó los controles de la puerta hasta localizar el mecanismo de abertura. Se dio la vuelta para comprobar si sus compañeros estaban preparados. Stephen accionó el cargador de la escopeta y asintió. Por su parte, Dante recogió el hacha y la sopesó intentando averiguar si resultaría ser un arma lo suficientemente rápida como para abatir a los zombies. Vlad accionó el control de abertura y el chasquido de los pistones hidráulicos anunció la proximidad de la batalla. Las dos hojas temblaron y finalmente retrocedieron desapareciendo en el interior de la pared. Al otro lado los zombies atraídos por el ruido fueron en su búsqueda.

\*\*\*

La sangre goteaba de sus manos, aunque más que sangre, era la sustancia negra que corría por las venas de los zombies. Vlad tenía los ojos desorbitados y emitía gruñidos como un animal salvaje. En cuestión de minutos había reducido el número de zombies que se encontraban en la base a menos de la mitad. Su fuerza y velocidad rivalizaban como las de cualquier *Nocturno*. En plena batalla se había comprobado además que era inmune al *Virus Z* y a los rayos ultravioletas. No tenía necesidad incluso de alimentarse de la sangre de otros seres vivos.

Dante lo observaba con preocupación. A medida que se enfrentaban a los zombies, Vlad reaccionaba más como un animal salvaje y, a medida que sucedía eso, le costaba cada vez más recuperar el control. De pronto, un zombie se abalanzó hacia Dante aprovechando su distracción. Los dientes del muerto viviente casi lograron arrancarle de un bocado el antebrazo, sin embargo, Dante logró evitarlo aunque tropezó con el cuerpo inerte de otro zombie cayendo de espaldas. Esto permitió a su atacante lanzarse sobre el vampiro a fin de clavar sus dientes en la yugular.

De repente, una explosión de sangre negra roció el rostro de Dante. La mano de Vlad atravesaba la cabeza del zombie. Este la retiró apartando el cuerpo inerte de un zarpazo, para después encararse lleno de ira contra el vampiro.

—¡Vlad! ¡Soy yo, Dante! —gritó el *Nocturno*, temiendo que le clavase sus afiladas garras.

Durante unos largos segundos, Vlad se limitó a gruñir con la mano derecha levantada y los dedos juntos formando una mortal cuña que podía descargar contra él en cualquier momento.

—Vlad, soy Dante. Tu madre era mi amiga. Su nombre era Jane Clayface —susurró el vampiro intentando apartar el miedo de su mente.

Por el otro extremo de la sala, mientras tanto, entraron tres zombies que con pasos rápidos se lanzaron hacia ellos.

Dante no tuvo ni tiempo de parpadear. Un instante antes, Vlad estaba sobre él con intenciones asesinas y al siguiente había arrancado las cabezas de los zombies. El cuadro de la matanza fue tétrico. Vlad se ensañó con los cuerpos inertes de los zombies, sus ojos inyectados en sangre reflejaban una furia y ansia asesina que lo convertía en el ser más peligroso que Dante había visto. Tras la carnicería, Vlad se irguió para después perder la consciencia.

El vampiro sintió verdadero alivio al verlo caer. De haber tenido que enfrentar a Vlad, él no habría tenido ninguna oportunidad de ganar. Acercándose al híbrido, comprobó su pulso. El ritmo cardíaco parecía normal. Lo cogió por la cintura y lo cargó por encima de su hombro. Trató de alejarse de allí tan rápido como fue capaz. Si aparecían zombies, su situación se complicaría. Si Vlad no encontraba el modo de controlar esa rabia asesina, acabaría por matar a él o a Stephen. Al final del pasillo estaba la sala del andén. A sus espaldas sonaron los pasos de varios zombies. Esto lo impulsó a apretar el paso. Por el ruido, tenían que ser más de diez.

Cuando por fin alcanzó la puerta, los zombies le pisaban los talones. Apretó el control

de abertura y como un relámpago entró en la sala.

—¡Cierra la puerta! —gritó Dante.

Stephen saltó desde el panel de control del andén y logró cerrar la puerta. Esto, sin embargo, no fue suficiente para evitar que uno de los zombies se colase en la sala. Stephen se apoderó de la escopeta y descargó un disparo a bocajarro a la cabeza del zombie. Luego, cogiendo el cuerpo, lo arrastró hasta las vías en donde lo arrojó sin contemplaciones. Después centró su atención en sus compañeros.

—¿Otra vez? —fue la pregunta que Stephen formuló sin mostrar sorpresa.

Dante asintió depositando el cuerpo inconsciente de Vlad al suelo.

\*\*\*

Los fluorescentes del laboratorio parpadearon varias veces antes de iluminarse por completo. La sala era una de las más espaciosas de la toda la base subterránea. En el centro se hallaban varias mesas de trabajo entorno a las centrifugadoras, microscopios, cámaras refrigerantes y de cultivo. Stephen examinó los utensilios y libros de anotaciones esparcidos sobre las mesas.

—¿Crees que podrás aprender a fabricar la nueva cura? —le interrogó Dante desde el umbral de la puerta.

Stephen se volvió y permaneció en silencio como si buscara una respuesta realista.

—Es posible. La medicina no es ni de lejos mi campo, aunque parece que registraron los pasos a seguir con bastante detalle —dijo desviando su mirada a una de las libretas para después revisar el texto que estaba escrito—. No hay duda de que eran conscientes de la necesidad de no limitar el conocimiento sobre cómo elaborar la vacuna a unos pocos.

Dejó la libreta en la mesa y se aproximó a uno de los ordenadores en una mesa cercana. De inmediato, apretó el botón de inicio. La pantalla del ordenador parpadeó y en ella apareció la secuencia de inicio del sistema operativo.

—Pero esto no voy a poder manejarlo yo solo —añadió Stephen. Dante ante esto asintió

—Lo sé. Está noche subiré a la superficie en busca de algún zombie solitario al que pueda inyectar una de las muestras que quedan de la nueva cura —tras una pausa iba a añadir algo más, sin embargo, cambió de idea.

Stephen no necesitó que hablara. Sabía perfectamente cuál era la inquietud del *Nocturno*.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó finalmente—. No podemos tenerlo encerrado para siempre como si fuera un animal rabioso.

El vampiro bajó la mirada con el rostro entristecido. Desde su salida de Manhattan, las cosas no habían ido como creyó. Ya eran demasiadas vidas perdidas.

—¡Tú viste lo que hizo con todos esos zombies! ¡Estuvo a punto de matarme! —dijo con frustración el vampiro pues no estaba orgulloso de la decisión tomada—. Ahora mismo es imposible razonar con él. Es como si hubiese enloquecido.

—Quizás si le inyectásemos un dardo tranquilizante recuperaría el control de sí mismo —aventuró Stephen.

Dante negó con la cabeza, cada vez más entristecido.

—Lleva tres días en ese estado. Ayer le disparé un dardo anestésico y durmió durante unos quince minutos. El tiempo justo para extraerle varias muestras de sangre. Al despertar, seguía sumido en ese estado salvaje—explicó el vampiro entregándole los viales con la sangre—. Tendría que haber permanecido inconsciente durante al menos unas tres horas. Es como si su capacidad regenerativa lo protegiera de los efectos del anestésico.

Stephen depositó los tubos de ensayo en un soporte de la mesa, cogió un rotulador que usó para marcar cada una de las muestras que le había entregado.

—Sabes que si lo dejamos en la celda tendremos que alimentarlo. ¿Qué le vamos a dar?

—No te preocupes por eso —Dante no estaba dispuesto a cambiar de opinión—. De eso me encargaré yo. En la zona Este de la base hay un almacén, no nos faltará comida en meses.

—Salvo para ti. ¿De dónde sacaremos sangre? —excusó Stephen.

La pregunta hizo recordar al vampiro la realidad de la situación. Llevaba unos días sin beber sangre y aunque su condición de *Nocturno* primigenio le permitía sobrevivir más tiempo sin alimentarse, no podría seguir durante mucho más tiempo.

—Es por eso por lo que esta misma noche saldré en busca de un zombie al que curar. Tú necesitarás ayuda con la cura mientras que yo necesitaré de sangre de la que alimentarme. Necesitamos recuperar a más personas, de lo contrario, todo habrá sido en vano.

Sin añadir nada más, Dante abandonó el laboratorio.

\*\*\*

El zombie gruñía y lanzaba dentelladas al aire en un intento de atrapar la mano que revoloteaba entorno a él. Antes de iniciar la intervención, Stephen tuvo la precaución de ponerse los guantes de malla metálica. Por muy inmobilizado que estuviera, no deseaba exponerse más de lo debido. Las anotaciones y registros de las investigaciones que los médicos de la base habían hecho con la sangre de Vlad, lo ayudó a comprender los pasos que habían seguido para elaborar la nueva versión de la cura.

Sus temblorosas manos se aproximaron con precaución al momento de clavarle la jeringuilla al cuello del zombie. Apenas realizada la inyección, el hombre se retiró unos metros atrás. En realidad no tenía ni idea de cual iba a ser el resultado. Al exponerlo a la sangre de Vlad, si bien el zombie pudiera recuperarse del *Virus Z*, había una posibilidad que también fuera poseído por la furia asesina que padecía el híbrido.

De súbito, el zombie dejó de morder al aire. Su cuello palpitó tensando sus pútridos músculos obligándolo a alzar la barbilla. De la comisura de la boca empezó a brotar el líquido negro del que había leído en las anotaciones. La piel muerta se desprendió dejando a la vista los músculos y los nervios del paciente como si se tratasen de una vieja capa de pintura reseca, dando paso a nuevo tejido muscular y luego epidérmico. La regeneración se completó tras varios minutos. Tras la capa de células muertas, emergió una mujer de unos cincuenta años que ante los propios ojos de Stephen rejuveneció.

—¿Qué demonios? —Stephen no daba crédito a lo que veía. Al instante, pulsó el botón del intercomunicador—. Dante, será mejor que vengas al laboratorio.

A los pocos minutos, el vampiro se asomaba por el umbral. Su rostro de preocupación se alertó ante posibles malas noticias. El vampiro llegó para cuando Stephen estaba terminando de recoger los restos pestilentes de los pellejos que iban a parar a un horno incinerador situado al fondo del laboratorio.

—Creo que la cura está teniendo unos efectos secundarios realmente inesperados —anunció el humano tras cerrar el horno y pulsar el botón de encendido.

El cristal opaco de la puerta del horno se iluminó durante unos breves minutos.

Dante seguía con expectación cada uno de los movimientos de Stephen. Su mirada, sin embargo, ya se había percatado de la presencia de la mujer para cuando la escuchó gemir débilmente. Stephen arqueó las cejas asombrado. La rapidez con que estaba actuando la nueva cura, iba más allá de lo registrado por las investigaciones previas. Obviando el motivo por el cual había llamado al *Nocturno*, se aproximó a la mujer y cogió su muñeca en busca de pulso. El ritmo cardiaco levemente descendía a un ritmo normal. Se dio la vuelta y de la mesa recogió un pequeño tubo de plástico, lo

partió acercándolo a la nariz de la mujer, quien enseguida reaccionó al inhalar las sales amoniacales. Esto le produjo tos y ganas de expectorar saliva con ciertos restos de la sustancia negra.

—¿Cómo te encuentras? ¿Puedes hablar? —preguntó Stephen.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —fueron las primeras palabras que pronunció la mujer.

Dante y Stephen relajaron sus rostros.

—Digamos que estuviste enferma, pero ahora ya estás curada. ¿Recuerdas tu nombre y edad?

La mujer parpadeó. Su piel tersa lucía sus mejillas enrojecidas. Algunas turbulentas imágenes de extraños recuerdos parpadearon en su memoria. Sus azules ojos escrutaron a los dos individuos que la miraban con intriga.

—Amanda Hockings. Tengo cincuenta y tres años de edad —afirmó sin vacilar, hasta que sus ojos se posaron en sus manos.

Intentó levantarlas, pero estaban sujetas por correas de cuero. Su sorpresa, sin embargo, no fue por razón de las cuerdas, sino por el aspecto de sus manos. Estas no presentaban ninguna arruga o mancha. De hecho, parecían las manos de una muchacha de no más de treinta años.

\*\*\*

La fiera en que se había convertido Vlad era intimidante. Este embestía contra los barrotes de la celda mientras intentaba alcanzar a Stephen, quien lo miraba sorprendido. Si no hubiese sido por él, nunca habrían logrado derrotar a los zombies de la base, sin embargo, el precio pagado por esa victoria resultó más caro de lo que habían previsto. Desde entonces, Vlad había permanecido sumido en ese permanente estado salvaje y de rabia asesina. Mediante un gesto lento, el hombre levantó la improvisada cerbatana e introdujo en ella un dardo. En más de una ocasión había pensado con acabar el sufrimiento del híbrido. Aunque, a veces no estaba seguro si esa tentación era signo de compasión o simple protección a sí mismo. Un suspiro huyó de su boca. En realidad, en el fondo, era consciente de que no tendría el coraje suficiente para hacerlo. Lo curioso era también que realmente no estaba seguro hasta qué punto era posible matar a Vlad. Ya antes, su capacidad regenerativa había curado las heridas provocadas por los zombies y el *Virus Z*. Aparte, había una gran razón que exigía que el híbrido continuase vivo; su sangre era el único medio para crear nuevas dosis de la nueva cura. Aunque al principio creyó que podrían existir efectos secundarios parecidos a esa locura que sufría el donante, ninguno de los recuperados hasta el momento había dado muestras de sufrir ninguna reacción adversa a la cura. Eso sin contar el extraordinario rejuvenecimiento que se había producido en todos los casos.

Sopló con fuerza por la cerbatana. El dardo con el anestésico salió disparado impactando directo al pecho de Vlad, quien se lo arrancó luego de soltar un aullido penetrante. Al siguiente minuto, se desplomó rendido a los efectos de la droga. Stephen apretó el pulsador rojo de la pared para abrir la puerta de la celda. No tenía más que unos escasos diez minutos antes de que el anestésico perdiera su efecto. Avanzó con rapidez, clavó la aguja en el antebrazo de Vlad y conectó a ella una bolsa de transfusiones. Extrajo tanta sangre como pudo sin perder de vista el reloj de su muñeca. A los pocos minutos retiró la aguja y salió de inmediato de la celda. Una vez fuera, pulsó de nuevo el botón de cierre y la puerta se deslizó con un chirrido.

En ese mismo instante, entró una mujer en la habitación llevando consigo una olla de la que emanaba un delicioso aroma.

—Dante le ha preparado algo de comida. Por lo visto, cerca de la base hay un bosque donde han sobrevivido algunos animales en estado salvaje —dijo Amanda.

Depositó la olla frente a la trampa de la puerta, quitó el cerrojo y levantó la portezuela, empujó la olla al interior de la celda y a continuación cerró nuevamente la portezuela. El aroma a comida terminó por despertar a Vlad que se abalanzó sobre la olla devorando con ansiedad su contenido. Solo se detenía de vez en cuando para gruñir intentando alejar de su comida a los extraños que lo observaban desde el otro lado de los barrotes.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has notado algo extraño? —preguntó Stephen desviando su mirada hacia su compañera—. ¿Sabes si Jack ha tenido hasta el momento alguna reacción adversa?

—Si por adversos te refieres a haber rejuvenecido veinte años; así es. Jack tiene el aspecto de un muchacho de diecinueve años —dijo Amanda con un tono de voz cautivador—. Aunque, según dice, antes de la epidemia estaba por cumplir cuarenta años.

—De hecho, no me refería a eso... —y haciendo una pausa hizo un gesto señalando la celda.

A decir verdad Amanda sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo Stephen.

—No. Ni Jack ni yo hemos sentido ansias asesinas. Y ya han transcurrido cuatro días desde que me inyectasteis la nueva cura —dijo encogiéndose de hombros sin perder la sonrisa—. Dante ha dicho que esta noche saldrá en busca de otro al que recuperar.

Tras aquellas palabras abandonó la sala. Stephen se volvió de nuevo para mirar una vez más a Vlad. No se sentía muy a gusto dejándolo en ese estado. Su nueva obsesión era intentar hallar la razón y cura de esa transformación que padecía el híbrido. Una vez más, el hombre abandonó la sala con una actitud frustrada. En unos días tendría que regresar por más muestras de sangre, pero mientras tanto prefería que Amanda se encargase de llevarle la comida.

## EPÍLOGO

La Columbus Circle permanecía silenciosa como de costumbre. De pronto, el ruido de golpes avanzando por la Octava Avenida rompió dicha quietud. Al principio, desde que emergieron de la terminal del metro de la Calle 42 Oeste, no eran más que dos. Sin embargo, con cada nuevo enfrentamiento a las manadas, uno de ellos era sacrificado con el fin de re-infectar a los demás con la nueva cepa del *Virus Z*. Para cuando llegaron a la plaza, su número había alcanzado cotas desproporcionadas y, como si fueran la versión zombie de la marabunta, iban avanzando en busca de nuevas presas a las que contagiar.

Al frente de ellos abría la marcha un líder. El que una vez fuera el mayor conquistador de la historia, se alzaba con un nuevo ejército. El mundo estaba dominado por los zombies y la versión zombificada de Kang se había alzado como un nuevo rey; un rey con un claro objetivo: eliminar de la faz de la tierra a todos los no-infectados por el *Virus Z*.

Sus procesos mentales no guardaban ninguna similitud a como se producían antes de convertirse en zombie, sin embargo, algo semejante a recuerdos le facilitó los datos necesarios para elegir el lugar en dónde buscar a los últimos supervivientes, además del mestizo. Se volvió hacia su ejército de muertos vivientes y alzando su fétido brazo —Baaan goor. ¡Baaangor!

La respuesta fue unánime. Todos ellos repitieron esa palabra escupiéndolas entre gruñidos guturales. Si en la primera versión del *Virus Z* los infectados habían llegado a desarrollar una suerte de inteligencia colectiva en las manadas, aquella nueva cepa les había dotado de un nuevo nivel de inteligencia. Algunos de ellos incluso llevaban palos y hachas para usarlos como armas.

El griterío retumbó por toda la avenida atrayendo a más zombies a los que re-infectarían y se sumarían al nuevo ejército de muertos vivientes. Todos ellos con el único objetivo grabado en sus pútridos cerebros: cazar a Dante, al híbrido y a cualquiera al que hubiesen curado.

—¡Baannngor! —repitió Kang iniciando nuevamente la marcha.

Les separaban unas cuatrocientas cuarenta millas hasta su objetivo, pero eso no importaba. Estos seguirían avanzando y por el camino la marea zombie crecería como un *tsunami* de muerte y destrucción.

Adéntrate más en el Mundo Zombie.  
Consigue GRATIS el relato corto ESTALLIDO Z - ORIGENES I



Pincha en el link y consigue tu ejemplar en formato mobi que podrás leer en tu Kindle o con la app Kindle para Android, iOS, Windows y OSX.

<http://jonascobos.wix.com/jonascobos>

Muchas gracias por haber leído este libro.

Para un autor es muy importante conocer la opinión de sus lectores, por favor piensa en la posibilidad de dejar una reseña en Amazon, aunque sólo sea una línea o dos; te lo agradecería mucho.

<http://mybook.to/lacura>

A Shinji Mikami, creador de la saga Resident Evil.  
A Audiomachine sin su música esta historia no existiría.

Jonas Cobos es un escritor español afincado en las Islas Baleares. Ha quedado finalista en varios concursos de relatos cortos, también ha colaborado en revistas literarias tanto en papel como en digital. Cursó Literatura Creativa con la escritora norteamericana Holly Lisle. Y ha pasado a formar parte de la nueva generación de autores digitales.

En español ha publicado:

[Susurros En La Oscuridad](#)

(Relatos de Misterio Paranormal)

[El Retorno De La Magia](#)

(Ciencia-Ficción y Fantasía Épica)

Mundo Zombi:

[Estallido Z \(Tomo 1\)](#)

[Estallido Z : La Cura \(Tomo 2\)](#)

Los Archivos De Melville (Aventura Steampunk):

[La Caracola de Neptuno \(Tomo 1\)](#)

[Los Perdidos en el Tiempo \(Tomo 2\)](#)

[Agartha. El Reino Subterráneo](#)

(Tomo 3)

En Inglés:

The Melville Files (Steampunk Series):

[The Kraken](#)